TRIXIE BELDEN

20

EL MISTERIO DE LA TIENDA INCENDIADA

Los Bob-Whites esperan con ilusión un memorable desfile en el Día de la Memoria, pero lo que no esperan es la explosión que destruye el entusiasmo y amenaza con arruinar la vida de uno de sus amigos de la escuela, Nick Roberts. La tienda del padre de Nick queda en ruinas tras la explosión y su padre se convierte en el principal sospechoso del incendio provocado. Trixie está decidido a encontrar al incendiario y su sospecha se vuelve hacia Jane Dix-Strauss, un periodista al que Trixie ha tomado una aversión inmediata. Cuando los Bob-Whites intentan ayudar al señor Roberts y ganar algo de dinero para reparar la casa del club, quedan frustrados por otro incendio y el dedo se señala de nuevo al Sr. Roberts. ¿Quién es el verdadero pirómano?

Kathryn Kenny

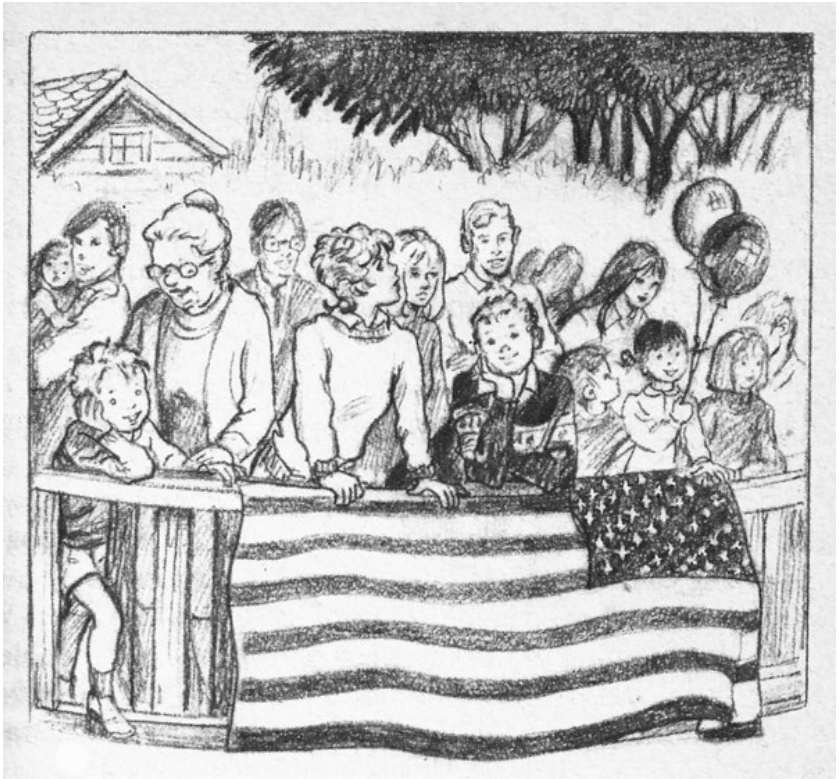
El Misterio de la Tienda Incendiada

Trixie Belden 20

ePub r1.0
Titivillus 03.06.15

Título original: *The Mystery of the Memorial Day Fire*
Kathryn Kenny, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



La procesión de las antorchas • 1

—Ay, Honey, ¿no te parece que los desfiles son maravillosos?

Trixie no esperó la respuesta; bien sabía ella que su amiga estaría de acuerdo.

—A mí —dijo—, me vuelven loca los payasos, y los caballos, y las bandas de música.

A Trixie le brillaban sus ojos azules, y las mejillas las tenía casi tan coloradas como las pecas que le llenaban la cara. Sus rizos de color pajizo, que solían balancearse cuando se emocionaba, ahora

no paraban de moverse.

—Mi consanguínea hermana se refiere a una procesión que todavía está por ver —dijo Mart Belden, mientras contemplaba el cielo con sus pupilas azules, casi idénticas a las de Trixie, en un gesto de incredulidad y burla.

Mart era el hermano «casi gemelo» de Trixie. Tenía sólo once meses más que ella, y también era pelirrojo como ella, y tan pecoso o más. Siempre estaba tomándole el pelo a su hermana, pero esto lo hacía para disimular el cariño que le tenía.

—Me parece que lo que quiere decir es que has descrito la procesión antes de que empiece —dijo Honey Wheeler a Trixie.

Las dos disfrutaban descifrando las palabras rebuscadas de Mart, para quitarle los aires de grandeza que se daba.

—Pues yo no veo qué tiene de raro… la procesión de las antorchas siempre es igual, año tras año, en Sleepyside. Y eso es lo que más me gusta… eso y ver a todo el pueblo en las dos aceras de Main Street para verla —dijo Honey, a la que también le brillaban los ojos, que los tenía castaños, y la brisa fresca acariciaba sus largos cabellos.

Jim dio un abrazo a Honey, su hermana adoptiva.

—Si alguien me dijese que algún año voy a perderme esta procesión en Main Street, en el Día de los Caídos[1], no me lo creería —dijo.

—Ni yo —añadió Dan Mangan.

—Yo la he visto siempre —apuntó Di Lynch—. Lo que me parece increíble es que casi nunca la hayamos visto juntos todos los Bob-Whites de Glen.

—Bueno, al menos este año sí que estamos todos juntos —observó Brian Belden, siempre tan lógico—. Y eso es lo que importa.

Brian, el mayor de los Belden, era también el más tranquilo y, sobre todo, el más prudente.

Trixie, contentísima, asintió. Los siete jóvenes, que esperaban en el bordillo aquel atardecer, eran algo más que buenos amigos. Habían formado un club semisecreto, llamado los «Bob-Whites de Glen», cuyo propósito consistía en ayudar a los demás y divertirse.

Y la diversión incluía cosas como ésta de esperar juntos en Main Street a que empezara la procesión del Día de los Caídos. Claro que

el éxito del club se basaba en la constante ayuda que se proporcionaban entre sí y a toda la comunidad.

No hacía mucho tiempo que Jim Frayne se había escapado, huyendo de su cruel padrastro, sin tener ningún sitio adonde ir después de la muerte de su tío abuelo. Entonces fue cuando Jim conoció a Trixie y a Honey, y los padres de Honey lo adoptaron.

Tampoco Dan Mangan tuvo un verdadero hogar por una temporada. En vez de salir huyendo, Dan se había visto metido en una pandilla callejera en la ciudad de Nueva York, donde vivía. Su tío Regan, el mozo de cuadras de los Wheeler, se trajo a Dan a Sleepyside para apartarlo de las malas compañías.

Di Lynch siempre había vivido en Sleepyside. Su vida había cambiado, sin embargo, cuando su padre ganó una fortuna y se mudaron a una mansión llena de lujos. El cambio había dejado a Di asustada, confundida, pero su amistad con Trixie y Honey le ayudó a adaptarse.

También Honey había pasado lo suyo antes de este Día de los Caídos. A todos les resultaba casi imposible recordar a aquella Honey Wheeler delgadísima, pálida y asustadiza que había llegado hacía tiempo a Sleepyside.

Los padres de Honey siempre habían sido ricos. Su padre era un hombre de negocios muy trabajador, que no paraba de viajar. Su madre era encantadora, pero algo débil. Como resultado, Honey había pasado parte de su vida en internados y en campamentos de verano. Esas experiencias habían hecho de ella una persona insegura en la que se podía apreciar claramente una falta de cariño.

Los Wheeler compraron Manor House, una mansión al oeste de la granja en la que Trixie vivía, para dar a Honey un hogar más estable. Y el éxito de esto había desbordado las previsiones más optimistas.

Y todo «por culpa» del «chicote» de la granja de al lado. De hecho, los padres de Honey se preguntaban a menudo si no habrían llegado demasiado lejos, especialmente cuando Honey se veía envuelta en los misterios que el «chicote» (se trataba de Trixie) intentaba resolver.

—La noche está hermosísima, toda llena de estrellas —señaló Trixie—. La procesión será más bonita aún.

—Ay, sí —dijo Honey—. No hay nada tan triste como ver a todo

el mundo apretado en la acera bajo los paraguas. Nadie habla ni se ríe, y se pone la gente de un humor…

—Al menos las condiciones atmosféricas negativas permiten que las inhalaciones sean intensas —dijo Mart frunciendo el ceño—. La magnitud de esta asamblea es abrumadora.

—El follón de gente es lo que añade salsa a la cosa, Mart Belden, y tú lo sabes —dijo Trixie—. Es lo que decía Honey… hoy se encuentra una con casi todo el pueblo.

—Pues yo no veo ni a mamá, ni a papá, ni a Bobby —dijo Brian mirando a su alrededor—. Espero que consigan ponerse en un buen sitio, para que Bobby pueda ver algo.

—Bah, no te preocupes —dijo Honey—. Puede que tus padres no vean nada, pero Bobby se apañará para estar en primera fila, de un modo u otro.

Bobby era el «benjamín» de los Belden. A Honey Wheeler, que era hija única, se le caía la baba cuando estaba con el pequeño salvaje de seis años. Trixie también le quería, pero su hermanito la sacaba de sus casillas con mucha frecuencia.

—¡Eh, mirad! —dijo Di Lynch—. Ahí están el viejo Brom y la señora Vanderpoel.

Los Bob-Whites miraron hacia donde Di señalaba. Sí, los dos ancianos estaban esperando que la procesión comenzara, con tanto entusiasmo como los chavales de la acera de enfrente. El viejo Brom y la señora Vanderpoel habían vivido siempre en el campo, cerca de Sleepyside.

—¿Os imagináis la cantidad de procesiones del Día de los Caídos que habrán visto en su vida? —dijo Trixie abriendo los ojos desmesuradamente—. Lo más probable es que en su época fueran las antorchas las que iluminasen las calles, y no las luces de neón.

—¿Y aquél no es Nick Roberts? —preguntó Jim.

—Sí, es Nick —dijo Trixie, y le saludó con la mano, saludo que él respondió.

—Ahora está más simpático que cuando lo conocimos —dijo Honey—. ¿Os acordáis del día de la feria del arte?

—Y tanto —dijo Trixie arrugando la nariz—. Y también de lo antipático que estuvo cuando le dije que íbamos a organizar un bicitón para sacar dinero para el Departamento de Arte del instituto de Sleepyside. Yo creía que se iba a poner muy contento, después de

explicarnos lo mal que andaban de dinero en su departamento y lo que echaba en falta el tener unos buenos materiales. ¡En lugar de eso, no me dio una bofetada de milagro!

—No voy a disculparle, pero hay que reconocer que Nick Roberts estaba metido en un buen lío en ese momento —dijo Brian —. Con su madre tan enferma, y su padre medio arruinado, y sin contar con que Nick quería estudiar Arte en la Universidad y en Sleepyside no podía practicar lo suficiente, por falta de materiales.

—Bueno, ahora el Departamento ya tiene materiales de sobra — dijo Jim.

—Ojalá Nick no deje de hacer esos dibujos a plumilla tan fantásticos —dijo Honey—. Admitió haber elegido ese método por ser el más barato: sólo necesitaba una pluma y un papel. Sin embargo, no puedo imaginar nada más bonito que el dibujo que Nick hizo de Manor House. Así es como lo conocimos… cuando vi el dibujo en la feria del arte.

—El dibujo de Crabapple Farm también es precioso —observó Trixie.

La vieja granja de los Belden no tenía, ni mucho menos, los lujos de la mansión de los Wheeler, pero tenía algo que a todos dejaba hechizados.

—Es el mejor regalo del Día de la Madre que he hecho a mamá. Me alegro de no habérmelo quedado yo, como quería… menos mal que me diste la idea al decirme que pensabas regalarle el tuyo a tu madre —dijo Trixie dando un suspiro—. Yo nunca seré tan generosa como tú, Honey.

—Y si no eres generosa, ¿cómo es que se te ocurrió montar un bicitón para ayudar al Departamento de Arte? —dijo Jim—. Si no llega a ser por ti, Trixie, Nick todavía estaría haciendo dibujos a plumilla… y no porque fuera su técnica favorita.

Trixie notó que se iba a ruborizar; siempre le pasaba, en cuanto alguien le decía un piropo. Y si el autor del piropo era Jim, el sonrojo era todavía mayor. Todos los Bob-Whites intuían el «afecto especial» que se tenían Jim y Trixie, por mucho que ella lo negara y los dos tratasen de ocultarlo.

—Bah, yo no soy la que ha acabado con los problemas de Nick —se apresuró a decir Trixie—. ¿Veis?, la mujer que hay a su lado debe ser su madre. Seguramente, ya se encuentra mucho mejor. Y

eso habrá sido un alivio para Nick, ¿no?

—Sí, y yo he oído decir que a su padre le va mucho mejor el negocio —dijo Jim—. El señor Roberts hace grabados, ya sabéis, y hasta ahora todo lo que hacía era grabar cosas en trofeos, placas y demás. Ahora se ocupa también de gorras y camisetas, que están de moda.

—Ahí está el señor Roberts —dijo Di mientras veía cómo un señor muy serio se había unido a Nick y a su madre—. Supongo que los habrá dejado y luego habrá ido a aparcar el coche.

—Puede que se haya quedado trabajando hasta tarde, si el negocio le va tan bien como dices, Jim. Tiene la tienda a sólo dos manzanas de aquí —dijo Trixie—. Yo fui una vez, ¿os acordáis?

—¿Y tú? ¿Te acuerdas de quién te salvó la epidermis antes del bicitón? —preguntó Mart, metiéndose con ella.

—Eso sí que vale la pena tenerlo presente —dijo Jim a Trixie—. Estoy orgulloso de que ayudaras a Nick y a su familia, pero me hubiera gustado que no te hubieras visto metida en un misterio (y en una situación muy peligrosa) para hacerlo.

—Resolver el misterio fue tan importante para el futuro de Nick como el mismísimo bicitón —dijo Honey, que solía intervenir en defensa de su amiga y socia.

A Honey le gustaban los misterios tanto como a Trixie, y las dos habían planeado fundar la Agencia de Detectives Belden-Wheeler en cuanto se licenciaran en la Universidad.

—Bien dicho, Honey —dijo Trixie—. Aunque supongo que Jim y Mart también tienen algo de razón. Pero vamos a dejarnos de misterios ahora, ya que no hay ninguno a la vista. Lo que sí tenemos a la vista es la procesión. ¡Mirad!

Trixie señaló un punto, y los Bob-Whites pudieron ver, a varias manzanas de distancia, el estandarte de satén de la primera banda de la procesión.

—¡Oh! —exclamó Di Lynch, al mismo tiempo que aplaudía y daba saltos, más contenta que unas pascuas.

El entusiasmo le hacía más linda de lo que era, y eso que su figura, sus ojos violeta y su pelo negro ya provocaban la envidia (sana) de Trixie y Honey.

—¡Trixie tiene razón… ya ha empezado! ¡Ay, ay, qué bien, qué maravilla! —añadió.

Y los siete quedaron en silencio y se concentraron en el principio de la procesión, que requería toda su atención. Tampoco hacía falta que hablaran, porque en la cara se les veía lo emocionados y contentos que estaban.

Un estallido de luz hizo que Trixie echara la cabeza hacia atrás y cerrara los ojos. Al volver a abrirlos, notó que una gran mancha azul flotaba en ellos.

—¡Eh! —dijo algo enfadada—. ¿Qué ha sido eso?

—Se llama flash —respondió una voz femenina con sarcasmo—. Se utiliza para hacer fotos en la oscuridad.

A través de la nube azul que la cegaba, Trixie entrevió a una joven, con una cámara bastante sofisticada en la mano, y un flash.

—Soy Jane Dix-Strauss —dijo la mujer—, reportera del Sleepyside Sun. ¿Me decís vuestros nombres?

Trixie montó en cólera. Primero la periodista la dejaba aturdida, y luego se burlaba de ella por actuar de esa forma. Y encima ahora hacía como si no hubiera pasado nada.

—¿Y para qué quiere nuestros nombres? —preguntó Trixie.

—Para anotarlos a pie de foto. «La juventud de Sleepyside acude a la procesión»… ya sabéis, esas cosas que se suelen poner.

Esta vez Jane Dix-Strauss pareció aburrida, como si cubrir el reportaje de una simple procesión en una ciudad pequeña no estuviese en la línea de lo que ella consideraba un periodismo interesante.

Cuando el borrón azul que le nublaba la vista a Trixie desapareció, la reportera dejó de ser una figura espectral y apareció como una persona normal y corriente. Jane Dix-Strauss no era mucho más alta que Trixie, y era casi tan delgada como Honey. Tenía el pelo castaño oscuro, y rizado. Llevaba puestas unas gafas de montura gruesa, una chaqueta deportiva azul marino con botones dorados y una falda de algodón color tabaco. Toda ella parecía sacada de un anuncio que quisiera dar la imagen de una mujer eficiente… una triunfadora, para ser exactos.

Un poco acomplejada, Trixie se llevó la mano a donde debería tener cosido un botón en su chaqueta roja del club. Honey había bordado las letras de B.W.G. en la espalda de todas las chaquetas (Bob-Whites de Glen, o de la Cañada), y una de las reglas del club exigía que todas estuviesen en perfecto estado. De alguna manera,

Trixie nunca lo lograba.

Apuesto a que a Jane Dix-Strauss jamás le falta un botón —pensó Trixie, todavía enojada.

—Yo soy Di… Diana Lynch —dijo su amiga, que iba tan bien vestida como Jane Dix-Strauss—. Éste es Mart Belden —añadió, presentándole a su Bob-White favorito—, y Brian es el hermano mayor de Mart, y ésta es su hermana, Trixie. ¿O debería decir Beatrix?

—Trixie —subrayó Trixie, que creía que el hecho de que fuese a aparecer en un diario no era razón para que toda la ciudad conociese su odiado nombre.

—Yo soy Honey Wheeler, y éste es mi hermano, Jim Frayne.

—Gracias —dijo Jane Dix-Strauss, metiéndose la nota y el lápiz en el bolsillo de su chaqueta—. Os veré en el periódico.

—¡Vamos a salir en el periódico! —exclamó Di en cuanto la reportera se fue—. ¿Estaría guapa cuando hizo la foto?

—¿Y cómo no ibas a estarlo, Di? —dijo Trixie rabiosa—. Seguro que yo salgo con la boca abierta y los ojos medio cerrados. Aunque —añadió— esta vez debo de haber tenido los ojos muy abiertos, porque esa estupidez de flash casi me deja ciega.

—Oye, Trixie —dijo Honey tratando de calmarla—. Sé que es un engorro eso del flash, pero un buen periodista ha de pillar por sorpresa a la gente para que salga natural.

—Entonces esta foto será fabulosa —dijo Trixie, resistiéndose a olvidar el enfado tal y como su amiga, que no se enfadaba nunca por nada, estaba proponiendo—. Sólo espero que valga la pena, a pesar de la mala educación de la periodista.

—Tu perspicacia en asuntos que te son extraños es sólo comparable a tu predilección por el prejuicio, Beatrix —dijo Mart, ahondando en la herida abierta por Di al recordarle de nuevo el dichoso nombrecito, que había intentado olvidar desde su primer día de colegio.

—No estoy prejuzgando a Jane Dix-Strauss —protestó Trixie—. El prejuicio se aplica cuando juzgas a alguien sin haberlo visto. Y a ella ya la he visto.

—Pero reconoces que te precipitas al sacar conclusiones sobre las personas, Trix —dijo Brian—. Enseguida pensaste que el primo de Honey, Ben Riker, estaba tratando de boicotear el bicitón, por

ejemplo. ¿O no?

Trixie bajó la cabeza y se sonrojó, porque era verdad.

—Bueno, pues eso de juzgar a la gente nada más conocerla no está nada bien —dijo Brian—. No condenes a Jane Dix-Strauss al infierno todavía, ¿vale? Sólo estaba haciendo su trabajo. Cuando veas nuestra foto en el diario, mañana, lo más seguro es que se te pase el enfado y que se lo agradezcas. ¿Sabes? Sería la primera foto en que estemos todos juntos. Ojalá podamos sacar copias.

—¡Sí! ¡Qué idea! —dijo Honey—. ¡Y hasta podríamos enmarcar una, ampliada, y colgarla en el cobertizo!

Hasta Trixie se vio obligada a aplaudir la idea. El cobertizo era el orgullo y la alegría de todos los Bob-Whites.

—Tenéis toda la razón, Honey… Brian. Lo siento —fue todo lo que pudo decir porque en ese momento un tronar de tambores y cornetas apagaron sus voces.

La primera banda de música se acercaba adonde los Bob-Whites estaban. ¡Ahora sí que había empezado la procesión del Día de los Caídos! La banda se detuvo justo enfrente de Trixie y de sus amigos, y allí les obsequiaron con un breve concierto que les hizo aplaudir hasta rabiar. La banda siguió, y acto seguido vino una exhibición de motoristas que se la jugaron a base de trenzar ochos, levantar sus maquinas sobre la rueda trasera y de otras arriesgadas piruetas.

C Fuerca

Luego llegaron los payasos, con sus trajes de colores y sus caras pintadas, arrojando caramelos a los espectadores. Olvidando su condición de adolescentes, los Bob-Whites saltaron y forcejearon por pillar al vuelo algún dulce. Trixie consiguió hacerse con un caramelo de fresa que inmediatamente se metió en la boca, justo a tiempo de ver que Honey regalaba el caramelo que había cogido a un pequeño que había por allí.

Ay, ay —pensó—. *Primero Honey le perdona sus malos modos a Jane Dix-Strauss y ahora se muestra menos egoísta que yo. ¿Cuándo aprenderé?*

La pena de Trixie duró poco, no obstante, porque quién iba a estar triste con unos caballos árabes delante. Los caballos (verlos, montarlos, quererlos) eran la segunda pasión de Trixie y de Honey, que le disputaba el primer puesto a lo de resolver misterios.

Los corceles (alazanes, zainos, tordos) desfilaron haciendo alarde de su maestría… y todo con una elegancia inigualable. Sus jinetes saludaban a la gente con orgullo, desde sus monturas.

Trixie contempló ensimismada las evoluciones de caballos y jinetes hasta que se perdieron de vista. Si este año era como los anteriores, todavía faltaba procesión.

De pronto otra explosión de luz cegó a Trixie. Aturdida, pensó que probablemente se debía a otro flash.

Pero enseguida cambió de opinión. La llamarada era demasiado alta, y el estrépito ensordecedor que la acompañó terminó de convencerla.

Muy cerca de Main Street, ¡algo acababa de explotar!

¡Retirada a Crabapple Farm! • 2

DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN, y durante uno o dos segundos, hubo el silencio más impresionante que Trixie había vivido… como si hasta su propio corazón hubiera dejado de latir.

Luego se armó un follón de mil diablos. El llanto de un pequeño por aquí, el chillido de una señora por allá, ladridos… «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido ese ruido?», se preguntaban unos a otros, y sus voces se fundían con la desafinada orquesta.

Trixie oyó los relinchos de terror de los caballos, calle abajo. Sintió una cierta tranquilidad al pensar que los caballos se encontraban tan lejos como ellos de la explosión y llevaban el rumbo contrario.

En medio de la conmoción, Trixie se dio cuenta de que todavía le llegaba la música de una banda. Un grupo de valientes músicos trataba de seguir adelante, a pesar del alboroto. Pero entonces observó cómo, uno a uno, los músicos dejaban de tocar, rindiéndose al pánico generalizado.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado? —preguntó Honey con un susurro, como si temiese añadir más ruido a la escena.

Trixie había estado tan ocupada observando las reacciones de la multitud que casi se había olvidado de la explosión en sí. Al preguntar Honey, miró de nuevo en dirección al punto donde había visto la bola de fuego y oído la explosión. Entonces le pareció que seguía viendo un resplandor rojizo en el cielo de la noche. Parpadeó para comprobar si el estallido habría dejado una mancha ante sus ojos, lo mismo que le había ocurrido con el flash de Jane Dix-Strauss.

Luego abrió los ojos; volvió a mirar. No cabía ninguna duda… el resplandor estaba allí.

—Ha habido una explosión, Honey —explicó Trixie—. Y ahora se ha incendiado algo.

Naturalmente, Honey sabía lo que había sucedido, pero oírlo en boca de Trixie lo hizo más real.

—¡Oh, no! —exclamó.

Trixie cogió a Honey de la mano y se arrimó a ella, conteniendo la respiración mientras observaba cómo iba aumentando el resplandor y la histeria de la gente.

Entonces oyó algo más… la sirena del camión de los bomberos. Trixie dio un suspiro de alivio al reconocer el sonido, pues esto significaba que pronto se solucionaría todo. Pero poco le duró la tranquilidad pues se percató de que el aullido de la sirena no se acercaba.

—¡Oh, no! —repitió Trixie, como un eco, el lamento de Honey.

La única estación de bomberos de Sleepyside quedaba en el lado opuesto de Main Street. Procesionarios y público, todos asustados, todos perplejos, se interponían entre el fuego y aquellos que debían apagarlo. ¡El camión no conseguiría llegar hasta el incendio!

Trixie se quedó paralizada, mirando primero el resplandor rojo que subía hacia el cielo, luego la luz roja de la sirena de los bomberos, que sobresalía por encima de las cabezas de la multitud. Volvió a mirar alternativamente el camión y el fuego, como si, por la mera fuerza de su voluntad, pudiese acercarlos.

Un golpe en el hombro la despertó de estos inútiles pensamientos.

—Ve hacia el coche, Trixie —le dijo Brian. Al ver que su hermana le miraba sin entender, Brian repitió—: ¡Al coche, Trixie! ¡Ahora! ¡Muévete!

Trixie hizo lo que pudo para que sus piernas la obedecieran. Honey, cogida aún de su mano, se dejó arrastrar por ella.

Al echar a correr, Trixie pareció despertar también su cerebro, y por primera vez se percató de la situación. Había miedo en los rostros, a su alrededor, pero también nerviosismo, curiosidad, y la mayoría de la gente que veía se dirigía hacia el fuego. Eso sólo iba a estropear aún más las cosas, según entendió… y según había entendido antes que ella su hermano Brian.

—Vamos —dijo Dan, agarrando a Di con fuerza, del brazo, y llevándola hacia la furgoneta de los Bob-Whites, que estaba aparcada a varias manzanas de Main Street.

Los cuatro chicos caminaron deprisa, con la cabeza gacha. Sólo

cuando ya habían recorrido una manzana vio Trixie que los demás no les habían seguido.

Volvió la vista y vio que Jim, Mart, y Brian venían detrás y que trataban de abrirse paso con grandes dificultades, pidiendo a la vez que la gente despejara el camino. Sólo unos pocos comprendieron que los chicos tenían razón.

Trixie no supo si regresar para ayudar a Jim y a sus hermanos, pero decidió que eso sólo agravaría las cosas, porque tendría que empujar a la gente hacia el fuego, en lugar de en dirección opuesta. Reemprendió su rumbo hacia la furgoneta, apretando el paso.

A Trixie nunca le había puesto tan contenta ver la furgoneta con el letrero «Bob-Whites de Glen» en un lado. Después de haber dejado atrás Main Street, había sentido más miedo. Cuando por fin alcanzó el vehículo, las piernas le temblaban, y tuvo que sentarse en el bordillo de la acera.

Di Lynch rompió a llorar de pronto, y escondió el rostro en el hombro de Dan Mangan. Honey subió a la furgoneta y se sentó, dando la espalda al incendio de Main Street, como intentando apartar de su mente el desastre.

Jim y los Belden no tardaron en llegar al vehículo. Jim se puso al volante y puso en marcha el motor. Mart, Brian, Dan, Di y Trixie se metieron, y fueron en silencio hasta Crabapple Farm.

Jim dejó la furgoneta aparcada frente a la casa; nadie se había atrevido a pronunciar ni una palabra todavía. Finalmente, Mart rompió el silencio, dando un tremendo puñetazo contra la portezuela y exclamando:

—¡Pirómanos! ¡Pandilla de imbéciles!

—Sí, y que lo digas —añadió Jim, quitando la marcha atrás y dejando la furgoneta en punto muerto. Luego apretó el volante con furia, y gritó—: ¿Por qué la gente no se irá en ocasiones como ésa?

—¿Irse? —preguntó Brian—. La gente ha ido a la procesión en busca de acción, y si se le regala un espectáculo tan «divertido» como un incendio, ¿tú crees que se lo van a perder?

A Trixie la confundieron tanto estas explosiones de rabia contenida como las llamaradas de antes. No era raro que Mart se enfureciera, desde luego. Pero Brian Belden era la tranquilidad en persona, frío como el hielo. Jim tenía un temperamento acorde con sus cabellos rojos, pero hacia falta algo muy grave para sacarle de

quicio.

Algo la distrajo de la furia de los muchachos; al bajar de la furgoneta, vio que era el único vehículo que había llegado.

—¡Mis padres y Bobby todavía no están en casa! —exclamó, sintiendo un nudo en la garganta.

Sabía que no había nada que temer. Sus padres y su hermanito habrían estado en Main Street, viendo la procesión, y el incendio había ocurrido fuera de Main Street. Pero de todos modos…

—Por allí vienen —dijo Brian, señalando el sedán que bajaba por Glen Road.

En su voz se notaba más alivio que intención de consolar a su hermana, como si también él hubiera sentido miedo.

Los tres hermanos Belden entraron en la vieja casa, seguidos de sus amigos. Nadie invitó a nadie, y nadie esperó a que le invitaran. Todos preferían estar juntos.

Trixie fue a la cocina, abrió la nevera y sacó un cartón de leche.

—Me da igual que sea primavera —dijo—. Este asunto me ha dejado helada y el frío se me ha metido hasta los huesos. Voy a preparar chocolate caliente y a derretir medio millón de melcochas dentro, más o menos.

—Mmm, eso suena estupendo —dijo Honey entusiasmada—. Déjame que te ayude.

—Y a mí también —añadió Di.

—Antes deberíamos llamar a nuestros padres —dijo Jim—. La noticia de la explosión ya debe de haberla dado la radio. Estarán preocupados.

—Hablando de la radio —dijo Brian—, voy a ponerla, a ver si dicen lo que ha pasado.

—Yo te ayudo con el chocolate, Trixie —dijo Dan—. Honey y Jim se encargarán de decirle a mi tío que estoy bien, y el señor Maypenny no se enterará de lo del fuego a menos que hablen de él en el «Almanaque del Granjero» del año que viene.

Trixie no pudo evitarlo; se echó a reír. El señor Maypenny era el guardabosques de la reserva forestal de los Wheeler. Dan vivía con él, y trabajaba para él; en la pequeña y rústica cabaña del viejo no había ni radio ni televisión. El señor Maypenny opinaba que los periódicos y las revistas sólo proporcionaban dolores de cabeza, así que no era probable que se enterase de lo del incendio hasta que no

le informase Dan en persona.

—Antes de que pudiera contestar a Dan, la puerta de atrás se abrió de golpe y Bobby Belden irrumpió en la cocina.

—Hubo una explosión, Trixie. ¿La has oído, la has oído? —gritó, y, sin aguardar la respuesta de su hermana, Bobby les ofreció su impresión del ruido—: ¡Cabuuum! Sonaba así, Trixie. ¡Cabuuum! Y subió una luz roja hasta el cielo, y yo le dije a mamá: «tú me dijiste que hoy era el Día de los Caídos, pero en el Día de los Caídos no hay luces en el cielo». ¡Eso es el cuatro de julio! ¿Verdad, Trixie?

Trixie y Dan se miraron, perplejos. Como de costumbre, las ideas de Bobby seguían una línea lógica, pero incomprensible. No era fácil saber por dónde deberían empezar a explicarle a Bobby lo ocurrido.

Dan cogió al pequeño en brazos.

—Tienes razón, Bobby —le dijo con ternura—. Hay luces en el cielo, el cuatro de julio. Esas luces se llaman fuegos artificiales, y las hacen subir al cielo a propósito. La luz que viste esta noche fue un accidente. No era parte del Día de los Caídos. Pasó, y nadie pudo evitarlo.

Bobby atendió a la explicación con cierta solemnidad.

—Ah —dijo—. Gracias por explicármelo. Se bajó al suelo y entró corriendo en el salón mientras gritaba «Hubo una explosión, Brian. ¿La has oído, la has oído?»

Peter y Helen Belden se quedaron boquiabiertos al entrar en la cocina y ver a su hija Trixie y a Dan partiéndose de risa.

Bien —dijo Peter Belden—. Me alegra ver que no os afectó demasiado la explosión.

—Ay, papá, pues claro que nos asustó —balbuceó Trixie entre carcajada y carcajada—. De verdad. Va en serio… no es broma. Supongo que por eso… por eso me estoy riendo ahora así.

—Deja que lo adivine —dijo Helen Belden—. Bobby entró corriendo y dio su discurso del cuatro de julio.

El que su madre adivinase lo de Bobby hizo reír más todavía a Trixie.

—Y no… no sólo eso, mamá. Después de que Dan le explicó todo el rollo pacientemente, Bobby se fue al salón y volvió a decirle lo mismo a Brian.

La señora Belden asintió sonriendo.

—Así es como aprenden los niños —dijo—. Cuanto más difícil les resulta entender algo, más repeticiones necesitan antes de cogerlo.

Peter Belden sacudió la cabeza; estaba serio.

—Lo que ha ocurrido esta noche resulta difícil de comprender hasta para mí. No me extraña que a Bobby le cueste lo suyo entenderlo —dijo con una expresión idéntica a la de su hijo mayor, unos minutos antes.

Trixie observó una vez más lo mucho que se parecían Brian y su padre. Ambos tenían ojos negros y pelo rizado, castaño oscuro, y los dos tenían la misma calma.

—Fue algo terrible —dijo la señora Belden—. Es la primera procesión del Día de los Caídos que he visto interrumpirse.

Automáticamente, Helen Belden sacó un plato y lo llenó de galletas que cogió de un bote. Después sacó una bandeja y tazas para el chocolate. Trixie vio que su madre había preparado el número exacto de tazas, sin preguntar cuántos invitados tenían.

Trixie sirvió el chocolate y Dan llevó la bandeja al salón; luego Trixie llevó el plato de galletas.

Mart Belden se lanzó sobre la comida con la avidez de siempre.

—¡Ah, el sustento! —exclamó—. ¡Socorro!

—No son sustentos, Mart. Son galletas —dijo Bobby.

—Y están deliciosas, señora Belden —dijo Jim, que había cogido una y una taza de chocolate, al volver del teléfono—. Sin embargo, no sé si bastarán para hacernos olvidar lo idiotas que pueden llegar a ser las personas.

Helen Belden, que era un ángel, arrugó la nariz.

—Sé exactamente lo que quieres decir, Jim —dijo—. Nosotros estábamos en la curva cuando se produjo la explosión y tuvimos que abrirnos paso a codazos. ¡Todo el mundo iba hacia el incendio!

—¡Es macabro! —exclamó Trixie estremeciéndose.

—No del todo —dijo el señor Belden—. Estoy de acuerdo contigo en que el no dejar pasar a los bomberos no fue nada inteligente. Y ni siquiera creo que la gente fuera hacia el incendio porque le guste el fuego. Yo diría que trataban simplemente de saber de qué iba la cosa, de entender el asunto. Hay algunos —dijo señalando a Bobby— que aprenden a base de preguntar lo mismo una y otra vez. Otros —continuó— lo hacen quedándose donde no

debieran, confiando en ver y escuchar durante el tiempo necesario para enterarse de todo.

Hubo un momento de silencio cuando el señor Belden terminó de hablar. El silencio lo rompió Brian al decir:

—Gracias, papá. Estaba muy furioso hasta que has dicho eso. Me alegro de que tú…

Brian se interrumpió cuando Mart, que estaba buscando una emisora en la radio, se llevó un dedo a los labios y subió el volumen.

—«… Últimas noticias concernientes a la explosión ocurrida esta noche en Sleepyside, durante la procesión del Día de los Caídos» —decía el locutor—. «… La explosión tuvo lugar a las ocho en punto, justo cuando la procesión de las antorchas llegaba a la mitad de su

recorrido. El desfile se ha llevado a cabo durante ciento diecisiete años seguidos, y ha sido el primero en no llegar a su fin».

—¡Bah! ¿Y a quién le importa eso? —dijo Trixie impaciente—. Dinos dónde estaba el fuego, y cuál fue la causa, y si hay algún herido.

—«… Se ignora aún la causa de la explosión, que se originó en el número 431 de West Second Street, a dos manzanas de la ruta de la procesión. Todavía no se sabe si los edificios afectados por el incendio que siguió a la explosión estaban ocupados… Se sabe, sin embargo, que los dos edificios eran una tienda y un almacén, en los cuales no solía haber nadie por la noche… Los esfuerzos de las brigadas de incendios resultaron inútiles ante el empuje de la multitud que…».

El relato del locutor cesó abruptamente; Mart apagó la radio y dijo:

—Ya no necesitamos oír nada más del mal comportamiento de la gente. Lo vimos con nuestros propios ojos.

—Es una suerte que la explosión haya sido hoy —dijo Honey—. No quiero decir con esto que sea una suerte que haya habido una explosión ni tampoco que toda esa gente estuviera en Main Street. Pero por otro lado hay que alegrarse de que todos estuvieran en Main Street, porque así no podían estar en ninguna otra parte. ¿Entendéis? Así todos estaban lejos de la explosión. Ya me entendéis, ¿no? —concluyó, agachando la cabeza.

—Yo sé lo que quieres decir —dijo Trixie—. Durante la procesión no hay ninguna tienda abierta, porque tampoco hay gente por ahí. Bueno, es decir, hay mucha gente por ahí, pero no hay mucha gente comprando cosas. Bueno, yo te entiendo, Honey. ¿Y a mí? ¿Me entendéis?

—Yo creo que os entiendo a las dos —dijo Jim—. Lo que decís es que no creéis que haya ningún herido. Espero que tengáis razón. De todos modos, más de uno se habrá arruinado, y más de un trabajador se quedará en la calle e irá al paro, por culpa del incendio.

—¡Los negocios! —exclamó Trixie—. ¡Uf!

Se levantó de un salto y salió corriendo; todos la siguieron con la mirada. Momentos después estaba de vuelta, con la guía telefónica abierta, en la mano.

—West Second Street, 431 —leyó. Después, cerró el libraco de golpe y dijo muy compungida—: ¡Es la dirección de la tienda del padre de Nick Roberts!

—¡Oh, no! —exclamó Honey Wheeler.

Una reunión de los Bob-Whites • 3

—¡Oh, no! —repitió Trixie a la mañana siguiente cuando se sentó a la mesa para desayunar y vio la primera página del Sleepyside Sun.

En primera plana del diario, un titular decía: «Una explosión interrumpe la procesión del Día de los Caídos». Bajo el titular, dos fotos ocupaban la mitad superior de la hoja. En la de la izquierda, los siete Bob-Whites sonreían, felices. A pie de foto ponía «Antes». A la derecha, una multitud aterrorizada bloqueaba el paso a los bomberos. Debajo, se leía «Después».

Bajo las dos fotografías venía un extenso artículo, firmado por Jane Dix-Strauss, que hablaba de la explosión y de la actitud del público, que interfirió en los esfuerzos de la brigada de incendios.

—¡Qué asco! —dijo Trixie mientras dejaba el diario boca abajo en la mesa y se disponía a comer con furia sus copos de maíz tostado.

Mart Belden, que ya estaba acabando su segundo cuenco de cereales con leche, cogió el periódico y lo miró detenidamente.

—Asumo que te refieres a la persistencia en vigilar con ojo crítico el comportamiento de los espectadores —dijo—. Estoy de acuerdo… ¡qué asco! Aunque aplaudo la función admonitoria de la prensa al retratar el asunto de un modo tan descarnado.

—Sí —dijo Brian Belden, que salía de la cocina con unas tostadas untadas con manteca de cacao y un vaso de leche—. Espero que la gente que se vea a sí misma en esa foto se lo piense dos veces la próxima vez que haya un incendio, antes de ir «a ver qué pasa».

—¡Yo no me refería a eso! —exclamó Trixie con impaciencia—. Vosotros estáis diciendo que la gente de la foto de la derecha debería estar avergonzada de aparecer así en primera página. ¿Y qué me decís de la otra? Yo diría que también resulta bastante humillante, ¿no?

Brian examinó la primera página del Sun y dijo:

—Está claro que te refieres a la foto de los Bob-Whites, pero yo no veo nada humillante en ella.

—¿Bromeas? —preguntó Trixie incrédula—. Es la mañana siguiente al mayor desastre en la historia de Sleepyside. Vuestra foto aparece en primera plana, y estáis sonriendo como si todo os importara un bledo. ¿No veis nada malo en eso?

—Bueno, es que en ese momento me importaba todo un bledo —dijo Brian—. Y ésa es la función de la foto. ¿Ves donde pone «Antes»? Nadie va a pensar que estamos sonriendo ahora, Trixie.

—Esta reacción tuya, Trixie, parece una manifestación febril —dijo Mart.

Trixie hizo ademán de responderle pero se limitó a mover la cabeza.

—Muy bien, Mart —dijo después—. Esta vez me has cogido. No tengo ni idea de lo que acabas de decir.

—Mart se refiere a que estás muy preocupada por lo de Nick Roberts y su padre, y no sabes lo que te dices, y creo que tiene razón —explicó Brian a su hermana.

—Ay, Brian, es verdad —dijo Trixie, sin aceptar el hecho de que había sido Mart quien le había leído el pensamiento—. He pasado muy mala noche. Me figuro que he reaccionado histéricamente al ver las fotos, pero es que me molesta que me recuerden que anoche estaba tan contenta, con lo mal que me siento ahora.

—Bueno —dijo Brian—, aun a riesgo de ponerte de peor humor, me imagino que tendré que darte la mala noticia. He oído en la radio que la explosión tuvo lugar precisamente en la Tienda de Trofeos Roberts.

—¿Que lo que explotó fue la tienda de Nick Roberts? —balbuceó Trixie.

—En el sótano —añadió Brian—. La tienda ha quedado destrozada, naturalmente, y el almacén de al lado también. No hubo víctimas… ni siquiera heridos (aparte de un par de bomberos que por poco se asfixian). Lo más admirable es que los bomberos consiguieron que el daño no afectara más que a esos dos edificios, a pesar de todas las dificultades.

—Ninguna de esas buenas noticias ayudará al señor Roberts —señaló Trixie.

—En parte, sí —dijo Brian—. Estoy seguro de que se hubiera sentido mucho peor si alguien hubiera muerto al tratar de sofocar un incendio originado en su tienda. Además, calentarse la cabeza tampoco va a ayudar al señor Roberts. Yo creo que deberías tomarte las cosas con calma, Trixie. Te vas a poner enferma.

—Ya que los problemas te cautivan, ¿me permites sugerirte que contemples la condición del cobertizo de los Bob-Whites? Tales meditaciones crearán esa condición, te lo aseguro —dijo Mart.

—¡Hala! —dijo Trixie, cambiando instantáneamente de humor —. ¡Me había olvidado por completo del cobertizo! Hoy es el día de la reunión… tenemos que ver cómo ha soportado el invierno y qué reformas hay que hacer para el verano.

—Habíamos quedado a las diez —dijo Mart—. Consecuentemente, sería aconsejable que te mostraras más dispuesta a la acción, y menos a la ansiedad.

—Vale —dijo Trixie—. Me daré prisa, pero eso no significa que vaya a olvidarme de Nick y de su familia.

Trixie dejó la servilleta en la mesa y subió corriendo a su cuarto. Momentos después bajó, poniéndose un suéter de cuello de pico encima de su camisa a cuadros. El sol, al filtrarse por las ventanas, daba calor a la casa, pero ella sabía por experiencia que el cobertizo habría acumulado el frío del invierno.

—¿Todavía no estáis listos? —preguntó en broma a sus hermanos.

—Ya lo creo —dijo Brian, levantándose de la mesa y recogiendo los platos—. Saldremos por la cocina, y así podremos dejar las tazas y todo lo demás en la pila. Te sugeriría que hicieses lo mismo; ya sabes que mamá hace bastante liberándote de tus tareas esta mañana.

—Ay, Brian, tienes toda la razón —dijo Trixie, mientras iba a la mesa y recogía el cuenco de cereales y el vaso de leche que había dejado allí.

En la cocina, enjuagó sus platos en la pila y se detuvo a abrazar a su madre, que estaba al lado del horno.

—Gracias por darme la mañana libre, mamá —le dijo—. Esta tarde trabajaré el doble para compensar. Te lo prometo.

—Sé que lo harás —dijo la señora Belden—. Y como lo principal, hoy, es sacar las plantas de semillero al jardín, eso es lo

que tendrás que hacer esta tarde. Así esperaremos unas horas, para que la tierra coja calor.

Trixie gruñó y se llevó una mano a los riñones, pensando en las agujetas que tendría después.

—Oh, no —dijo—. Todos esos tomates, guisantes y cebollas que hay que meter en esos agujeritos, siguiendo unas líneas que se te hacen interminables. ¿Estás segura de que vale la pena tanto trabajo por un jardín?

—Venga, Trixie. ¿Por qué no lo miras de otra manera? Piensa en todo el chile, en la salsa de spaguetti y en los guisantes con tocino que devorarás como una fiera durante meses. Luego me dirás si ha merecido la pena —dijo Helen Belden.

—¡Hum! —exclamó ella relamiéndose—. ¡Y tanto que vale la pena! Seré tu esclava esta tarde.

—Ahora mismo —dijo Brian— lo que tienes que ser es un miembro responsable del club. ¡Vamos, Trix!

Y los tres Belden salieron, después de despedirse, y siguieron el sendero que conducía hasta el cobertizo.

El cobertizo, que se hallaba en la finca de los Wheeler, fue, en un principio, la casa del guardabosques de Manor House. Dejaron de usarlo, y los altos matorrales lo ocultaron durante años, hasta que los Bob-Whites lo redescubrieron y lo convirtieron en su segundo hogar. Habían pasado horas trabajando en esa casa de dos habitaciones, poniendo un suelo de madera donde sólo había tierra, arreglando el tejado, que se había hundido durante una tormenta, y colocando estanterías en las paredes del almacén donde guardaban su equipo deportivo. Las alegres cortinas que Honey había bordado hacían de la sala de reuniones del cobertizo el lugar predilecto de los Bob-Whites, donde celebraban fiestas y elaboraban proyectos.

Como estaba tan apartado de todo, el cobertizo no resistía muy bien el invierno. Todas las primaveras, los Bob-Whites tenían que reparar los daños causados por los vientos huracanados y las heladas. Cada año, además, buscaban el modo de hacer más acogedor el lugar. El problema, sin embargo, era que cada uno tenía una idea distinta de la forma de emplear el poco tiempo y el poquísimo dinero que tenían en las arcas del club. En la reunión de la primavera, los Bob-Whites decidían qué ideas llevarían a la práctica.

Cuando Trixie y sus hermanos llegaron, la reunión ya iba a empezar. Honey y Jim ya estaban allí, así como Di y Dan, que eran los que menos tiempo podían dedicarle al club. A Dan le tenía demasiado ocupado su trabajo o, mejor dicho, sus trabajos. Y Di ya tenía bastante con cuidar de sus dos pares de hermanos gemelos, por mucho que cada par tuviera su niñera. Pero todos sabían lo importante que era esa reunión.

—Eh, Trixie, ¿has visto nuestras fotos en el diario de esta mañana? —preguntó Di.

—Por desgracia —dijo Trixie con gesto mohíno—. Y creo que…

—Ejem —dijo Jim, interviniendo para evitar el sermón que Trixie iba a darles—. Como copresidente del club, declaro abierta la reunión. Que haya orden. ¿Le parece a usted bien, señora copresidenta?

—Muy bien —dijo Trixie, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Pero más vale que no me recordéis lo de la procesión o lo de la foto, ¿vale?

—Gracias —dijo Jim—. El primer y único punto del día es éste: hay que decidir qué proyectos queremos llevar a cabo en el cobertizo este verano. Sugiero que echemos antes un vistazo, para ver si hay algo roto y acordarnos de lo que habíamos pensado en el otoño.

Así lo hicieron y volvieron a tomar asiento, desolados.

—Hay que volver a poner masilla en todas las ventanas —indicó Dan—; entra aire por todas partes.

—La condición del pigmento decorativo es patética —dijo Mart.

—O lo que es lo mismo, la pintura es un desastre —dijo Brian—. Y lo peor es que la pintura no es sólo decorativa. Protege además la madera, lo que significa que tendremos graves problemas si no pintamos el cobertizo este verano.

—Por lo menos por dentro sigue siendo bonito —dijo Trixie, mirando a su alrededor y sintiendo que se estaba muy bien en ese cuarto.

—Una corrección… la sala de conferencias está bien, pero el almacén da pena —dijo Jim—. Yo pensé que habíamos puesto suficientes estantes para guardar nuestros trastos, pero hace falta colocar más.

—Pintura, masilla y estantes —dijo la vicepresidenta, Honey

Wheeler, anotándolo todo en una libretita—. ¿Alguna cosa más que añadir a la lista?

—¿Te parece poco? —preguntó Trixie—. Pintar todo esto y poner masilla en las ventanas me llevará todo el tiempo del mundo… claro, todo el tiempo que me quede después de cuidar de Bobby, ocuparme del jardín y demás tareas.

—Subestimas la importancia de esos encargos de tu madre —dijo Mart—. A través de semejantes oficios es como podremos recaudar fondos para llevar adelante nuestros planes.

—Has hablado como el buen tesorero que eres —dijo Brian a su hermano—. La pintura es cara y la madera para los estantes no es barata, que digamos. Y supongo que, como siempre, tenemos las arcas vacías.

—Por desgracia, tienes razón —dijo Mart—. Con nuestros fondos sólo podemos comprar un poco de masilla. Eso es lo que hay.

—¿Y dónde va a parar todo? —preguntó Trixie asombrada—. Yo me parto la espalda para ganar mi parte y casi todo lo que gano va al tesoro. Y todos los demás trabajáis lo mismo que yo, y aportáis lo mismo, más o menos. Y sin embargo, al final nos quedamos sin un duro al llegar la primavera. ¡Nunca lo entenderé!

—Creo que mi copresidente está solicitando el informe detallado del tesorero —dijo Jim.

—Muy bien —dijo Mart Belden, sacando un cuaderno del bolsillo de su chaqueta—. El pasado 31 de octubre celebramos la fiesta de Halloween en el cobertizo. Para dichas festividades compramos dos galones de zumo de manzana, canela, clavo, y una docena de manzanas para jugar a eso de cogerlas con la boca, además de papel crespón naranja y negro para decorar el cobertizo.

—Durante dichas festividades, la señora Wheeler nos hizo pensar en aquellos menos agraciados que nosotros; como resultado, enviamos cinco dólares a la UNICEF.

—En Navidad votamos a favor de regalar un par de guantes a Regan, y una bufanda de lana a Tom Delanoy, el mozo de cuadras y el chófer de los Wheeler, respectivamente, como reconocimiento por su ayuda y apoyo a lo largo de todo el año. La señora Belden y la señorita Trask recibieron colonia como obsequio, por la misma razón.

—El 14 de febrero, día de San Valentín, celebramos otra fiesta

aquí, para la cual compramos papel crespón rojo y blanco.

—En abril decidimos enviar diez dólares a esa familia que vivía cerca de Tarrytown, y cuya casa fue destruida por unas inundaciones. Eso —concluyó Mart, cerrando el cuaderno— deja el tesoro con un total de seis dólares y diecinueve centavos, en fecha de hoy.

—¡Seis dólares! —exclamó Trixie—. ¡Eso es peor de lo que yo pensaba!

—Bueno, yo, por lo menos, me siento mejor —dijo Dan—. Aprovechamos bastante bien el dinero que teníamos, y nos lo pasamos estupendamente. Eso es lo que importa.

—Es verdad, Dan —dijo Brian—. No creo que tengamos motivos para quejarnos de haber gastado ese dinero. Lo que nos tiene que preocupar es el modo de conseguir algo más.

—¿Se lo pido a mi padre? —dijo Honey sin mucho entusiasmo.

—Por supuesto que no —replicó Trixie al instante, tal y como Honey esperaba—. Las únicas reglas del club son: ayudar a los demás y ganarnos el dinero. Si pedimos prestado, no sería lo mismo.

—Ya lo sé —dijo Honey—. De todos modos, no quisiera pedir nada, aunque a mi padre le encantaría dárnoslo. Estoy mucho más orgullosa de mí misma desde que gano el dinero que me gasto.

—Y bien que lo sudas —dijo Trixie—. Remendando toda la ropa de Bobby y de toda mi familia. ¡Aj! Yo no soporto eso de coser.

—Bah, a mí me gusta muchísimo, así que tampoco me lo paso tan mal como tú, que tienes que trabajar en el jardín e ir detrás de Bobby, procurando evitar que se rompa la cabeza —dijo su amiga.

—Ejem —interrumpió Jim—. Esa admiración recíproca es lo que hace de los Bob-Whites un grupo unido, pero en este momento tenemos otras cosas que discutir. ¿A alguien se le ocurre algo para ganar dinero?

Un silencio extraño siguió a la pregunta de Jim.

—Entiendo que eso es un «no» —dijo Jim, sonriendo a la fuerza —. Bien, me alegro de que hayamos celebrado esta reunión al principio del verano. Aún tenemos tiempo para ganar dinero y reparar el cobertizo. Si alguno tiene algo más que añadir, que lo diga.

—Se me ocurre una idea —dijo Honey.

—¡Qué bien! —dijo Trixie—. ¿Y qué es?

—La señorita Trask y Celia nos han preparado un almuerzo —dijo Honey, sacando una fiambrera de debajo de su silla.

—¡Guau! —exclamó Trixie dando un pellizco travieso a su amiga.

—Una vez más, la atención a mi aparato digestivo aliviará mis problemas financieros —dijo Mart.

—Quieres decir que la comida nos hará olvidar nuestros problemas, igual que anoche —dijo Trixie—. Pues a mí no me sirvió de nada, y en este momento me temo que tampoco, ahora que lo pienso.

—Oh, no —exclamó Brian—. Mira lo que has hecho, Mart. Ya tenemos a Trixie dándole vueltas al asunto de Nick Roberts y su padre.

—¿Y por qué estás preocupada, Trixie? —preguntó Di—. ¿Has

oído algo más sobre su tienda?

—¿Algo más? —repitió ella sorprendida—. ¿Acaso quieres más? Ya no hay tal tienda… el señor Roberts está en la ruina.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Jim, desenvolviendo el sandwich que le acababa de dar Honey.

—Bueno… la tienda voló por los aires, ¿no? ¿Qué va a hacer el señor Roberts sin material, sin inventario… sin nada?

—¿Y tú no has oído hablar nunca de una cosa que se llama seguro? —preguntó Jim—. Lo más probable es que el señor Roberts tuviera la tienda asegurada. De no ser así, el propietario del edificio tendrá, seguramente, todo el edificio asegurado. El señor Roberts volverá a trabajar dentro de poco tiempo.

—¡Por supuesto! —dijo Honey—. ¡Ay, Trixie! ¿No es fantástico? Ahora ya puedes dejar de preocuparte.

Trixie cogió su sandwich y sonrió para dar las gracias a Honey. De algún modo le costaba convencerse de que todo andaba bien respecto a la familia Roberts.

¡Sabotaje! • 4

—¿Te das cuenta? —dijo Trixie a Honey por la tarde, cuando subían en el autobús de la escuela—. ¡Pasado mañana no, al otro, seremos libres… tres meses enteros de libertad!

—Bueno, no tendremos que ir al colegio durante tres meses —dijo Honey, más cauta—. Pero no sé si llamar a eso libertad. A menos que te refieras a que estaremos libres para pasarnos las horas trabajando en el cobertizo, y más aún, rompiéndonos el cráneo buscando el modo de conseguir dinero para pagar los materiales.

—Ay —dijo Trixie desplomándose en su asiento—. Me había olvidado de lo del cobertizo. Quizás debiera concentrarme en ese problema para no echar más leña al fuego de los exámenes de geometría e historia que todavía me esperan.

—Si tus notas dan tanta pena como las mías —dijo Honey—, más vale que no utilices nada como excusa para olvidarte de los exámenes. Si no me pongo a estudiar día y noche de aquí al viernes, me pasaré el verano en algún internado y no serviré de nada a los Bob-Whites.

—Tus notas no son tan malas, Honey —dijo Trixie.

Era cierto que Honey había tenido alguna vez dificultades con sus notas, lo mismo que Trixie. Pero el entusiasmo de los Bob-Whites parecía haber infundido ganas de estudiar a las dos. Ahora, sin ser exactamente las primeras de la clase, habían mejorado mucho.

—Y tampoco quise decir lo que dije del fuego —añadió—. De hecho, con gusto me concentraría en los estudios si así pudiese olvidarme del fuego. Ya estoy harta de oír esa palabra.

Resultaba imposible olvidar esa catástrofe. Había sido un acontecimiento único en la historia de una pequeña ciudad como Sleepyside, y todo el mundo insistía en hablar de ello.

¡Cabuuum! seguía siendo el ruido favorito de Bobby. Compartía

con sus hermanos sus recuerdos sobre la explosión en cuanto tenía la menor oportunidad.

—¿Viste lo rojo que se puso cuando hizo «cabuuum», Trixie? —preguntaba—. ¿Y oíste lo fuerte que sonó?

Y Trixie respondía:

—Sí que lo vi, Bobby, y también lo oí. Pero no fue nada divertido, fue terrible… terrible. Dos edificios quedaron destrozados, y fue un milagro que nadie resultase herido. ¿Entiendes?

Como respuesta a la pregunta de su hermana, Bobby siempre asentía solemnemente y decía:

—Fue terrible, Trixie.

Momentos después, sin embargo, ya lo veía uno por toda la casa gritando entusiasmado lo de «cabuuum».

—Es demasiado pequeño para comprender esas cosas —dijo Brian cuando uno de esos dichosos cabuuums habían hecho saltar a Trixie de espanto—. Pero no te lo tomes tan a pecho. Mañana alguna otra cosa le llamará la atención y se olvidará del incendio.

—Confío en que todos podamos empezar a olvidarlo —dijo Trixie a su hermano.

Los anhelos de Trixie no llegarían a convertirse en realidad. El sábado por la mañana, cuando bajó para desayunar, el curso escolar ya formaba parte del pasado, pero el incendio parecía destinado, más que nunca, a formar parte del futuro de la ciudad.

«¡Sabotaje!». El titular del Sleepyside Sun era como un grito. Trixie encontró a Brian y a Mart inclinados sobre el diario, y se unió a ellos.

—¡Uf! —exclamó al ver las letras enormes, negrísimas—. ¿De verdad creen que el incendio ha sido provocado?

—La policía ha abandonado toda especulación —dijo Mart—. La fuerza de la evidencia está más allá de cualquier contradicción.

—¿Saben que fue provocado? —preguntó Trixie después de escuchar las palabrejas de su hermano.

—En efecto —dijo Brian—. El comisario de incendios ha afirmado que el fuego empezó en el sótano de la tienda del señor Roberts, y fue intencionado.

—La aligación permite a las autoridades hacer esas afirmaciones —dijo Mart.

—¿De qué está hablando? —preguntó Trixie, desesperada, volviéndose hacia Brian.

—«Aligación» es la palabra que utilizan los expertos en incendios para las huellas profundas, como las de la piel del caimán. Éstas aparecen en la madera en el punto donde se originó el incendio. Pero en el sótano de la tienda del señor Roberts encontraron nada menos que seis marcas de ésas, seis puntos de origen. Y eso es más que suficiente para asegurar que el incendio fue provocado —dijo Brian.

—¿Pero cómo van a saberlo? —preguntó Trixie—. ¿Y cómo pueden descubrir esas marcas, si el edificio quedó carbonizado?

—A eso vamos —dijo Brian—. El edificio no quedó carbonizado del todo, aunque poco le faltó.

—El plan del pirómano falló —añadió Mart.

—¿Y cómo es que falló? —preguntó Trixie—. Si empiezas un incendio en seis puntos distintos, yo diría que la cosa acabará quemándose. Y se quemó. ¡Todos lo vimos!

—Perdona —dijo Brian—. Nosotros vimos la explosión. Eso es lo que falló. Aparentemente, el pirómano echó demasiado líquido inflamable, algo parecido a la gasolina, en seis puntos. Si lo hubiese incendiado enseguida, todo habría quedado hecho una ruina, y habría sido imposible averiguar nada. En lugar de eso, parece que se tomó su tiempo, y mientras tanto el líquido se fue evaporando, y los vapores llegaron hasta el techo. Cuando el pirómano prendió fuego, no quedaba mucho líquido que inflamar, pero sí que había un montón de vapor que explotó. Por eso vino luego el «cabuuum» y pudieron encontrar esas huellas.

—¡Es fascinante! —dijo Trixie—. No sabía que los investigadores de incendios pudieran saber tanto.

—Por desgracia, esos especialistas tienen mucha práctica —dijo Mart—. Las estadísticas te ponen los pelos de punta. El periódico dice que los incendios provocados causan una pérdida al país de mil millones de dólares al año.

—¡Mil millones! —exclamó Trixie—. ¿Eso no es un uno seguido de nueve ceros?

—Mi hermanita tiene unos conocimientos matemáticos que yo no sospechaba —dijo Mart.

—Mil millones, sí —reafirmó Brian—. Yo también lo he leído. Y

otra cosa que dice es que el cuarenta por ciento de los incendios que ocurren en este país son intencionados.

—Pero ¿por qué? —preguntó Trixie—. ¿Para qué quiere nadie destrozar las cosas y poner vidas humanas en peligro? Aunque los edificios estén asegurados, es una estupidez prenderles fuego.

—Precisamente la intención del pirómano es salir beneficiado de la protección que proporciona el seguro —dijo Mart—, como terminarás comprendiendo si haces trabajar tu cabecita un poco.

—Ah —dijo Trixie, dándose cuenta de que lo que había dicho verdaderamente era una estupidez—. Quieres decir que la gente prende fuego a las casas para cobrar el seguro.

—Ésa es una de las razones principales —dijo Brian—. A veces la gente se hace un seguro muy por encima del valor de la casa, y luego la quema; así saca más dinero que vendiéndola. Y otras veces prefieren reformar el edificio, en lugar de echarlo abajo. Si provocan un pequeño incendio en una habitación, sacan una buena cantidad de dólares para pagar una gran reforma o, por lo menos, eso piensan.

—Y no todos los pirómanos tienen aspiraciones monetarias —añadió Mart—. Otros lo hacen para vengarse.

Trixie se estremeció.

—¿Pero se puede odiar tanto a una persona como para quemarle la casa o la tienda?

—A mí no me entra en la cabeza —admitió Brian—. Pero el artículo asegura que sí. Claro que la mayoría de las veces los interesados en provocar el incendio pagan a alguien para que haga el trabajo sucio. Y hay una tercera razón que mueve a algunas personas a provocar incendios. Pese a lo que papá dijo la otra noche, hay locos que adoran el fuego, y necesitan ver llamas.

—¡Uf! —dijo Trixie, estremeciéndose de nuevo y arrugando la nariz—. ¡Eso es peor aún que hacerlo por venganza! No sigáis, por favor. ¡Creo que prefiero no saber nada más sobre este tema!

—Hemos cubierto el tema de manera admirable —dijo Mart, guiñándole un ojo a Brian sin que Trixie lo viera.

—Eso mismo me ha parecido a mí —dijo Brian—. ¿No estás de acuerdo, Trixie? Puede que no te haya gustado la información que te hemos dado, pero tendrás que admitir que es bastante completa, teniendo en cuenta la brevedad.

—Eso es cierto, lo reconozco —dijo Trixie, pero su mente estaba en otra parte… exactamente en las tiras cómicas.

—Sí —continuó Brian como por casualidad—. Sabía que estarías de acuerdo en que Jane Dix-Strauss hizo un buen trabajo.

Trixie volvió la cabeza con tal violencia que todos los rizos se le agitaron.

—¡Jane Dix-Strauss! ¡Conque todo eso lo habéis sacado de ella! —exclamó mientras le quitaba a Mari el diario de las manos para echar un vistazo al artículo sobre el incendio.

En efecto, el nombre de la joven reportera encabezaba la historia.

Con cierta expresión de asco, le devolvió, de mala gana, el periódico a su hermano «casi gemelo».

—¡Pero, Trixie, si nos dijiste que la información era excelente! —dijo Brian con cara de inocencia.

—Me engañasteis para que lo dijera —replicó Trixie—. Antes de eso, lo que quise decir es que no quería volver a oír ni una palabra sobre el incendio. Y no entiendo qué beneficio obtiene Jane Dix-Strauss escribiendo todos esos artículos tan deprimentes. ¿Le divierte estropear los desayunos a la gente?

Brian ya no iba en broma cuando dijo a su hermana:

—Y tú qué sabes si a Jane Dix-Strauss le divierte escribir sobre incendios. Tal vez le desagrade tanto como a ti… puede que más. Pero, como periodista de primera que es, tiene que informar sobre los hechos.

—Ser «de primera» no significa que tenga que ser mal educada —repuso Trixie.

Justo entonces sonó el teléfono y Trixie, aliviada por la interrupción, se levantó de un salto para cogerlo.

Jane Dix-Strauss desapareció de su mente al reconocer la voz de Nick Roberts al otro lado de la línea.

—¡Han detenido a mi padre! —le dijo Nick.

Visita a la cárcel • 5

—¡Detenido! —repitió Trixie con un hilo de voz—. ¿Por qué? ¿Cuándo?

—Pues vinieron y se lo llevaron, sin más, hace unos minutos. Dijeron que querían hablar con él respecto al incendio —respondió Nick, a quien también se le notaba tenso. Apenas podía controlarse.

—¡Ay, Nick, eso es terrible! ¡No pueden hacer una cosa así! ¡Tu padre no lo hizo! ¿Hay algo que podamos hacer? —dijo Trixie aunque sabía que su discurso era inútil, pero estaba hecha un lío.

—Necesito un buen abogado —dijo Nick.

—Claro que sí —reconoció Trixie—. Papá ya ha salido para el Banco, pero le llamaré y veremos si conoce a alguien. Luego te llamo.

Bajó la tecla para desconectar la llamada de Nick y empezó a marcar el número del Banco.

—¿Qué pasa? —le preguntaron sus hermanos.

Trixie estaba tan ocupada con el asunto de Nick y de su padre que la voz que sonó a su lado la sobresaltó e inmediatamente se dio la vuelta.

—Era Nick —les dijo—. La policía ha detenido a su padre. ¡Piensan que fue él el que incendió su propia tienda!

—¡Una acusación demencial! —exclamó Mart, disgustado.

Brian parpadeó y sacudió la cabeza.

—No me atrevo ni a decirlo pero, dada la localización del origen de las llamas y las pasadas relaciones del señor Roberts con criminales, temí desde un principio que lo acusaran.

—¡Pero el padre de Nick es inocente! —gritó Trixie.

—Ya lo sé. Pero, obviamente, la policía no está tan segura de que lo sea. ¿Por qué llamó aquí, Nick? —preguntó Brian.

—¡Ay! —exclamó Trixie, dándose una palmada en la frente y mirando con estupor el teléfono que aún tenía en la mano—. Nick

está buscando un abogado. Voy a llamar a papá y preguntarle si conoce a alguno bueno —explicó mientras marcaba el número.

—Conozco a la persona que necesitáis —dijo el señor Belden cuando Trixie, sin aliento, le explicó el problema—. Pat Murphy, un buen abogado que se interesa por la justicia y por la ley. Le llamaré para ver si puede ocuparse del caso. Tú espera ahí.

Trixie colgó y pasó a sus hermanos el mensaje de su padre. Los tres Belden se quedaron mirando el teléfono, en medio de un silencio que pareció prolongarse hasta el final de los tiempos. Cuando por fin sonó el teléfono, los tres dieron un salto, como despertando de una pesadilla.

—¿Papá? —preguntó Trixie al descolgar el auricular.

—Pat Murphy va camino de la cárcel ahora mismo. Pat conoce el caso, naturalmente… y quién no… en Sleepyside. Lo primero que quiere averiguar es si van a procesar o no al señor Roberts. Luego Pat verá si se ponen de acuerdo respecto a la fianza. ¿Se lo dirás tú a Nick?

—Lo haré —dijo Trixie—. Gracias, papá. Eres un solete.

Trixie marcó el número de Nick Roberts.

—Tu padre ya tiene abogado —dijo Trixie cuando Nick descolgó al segundo timbre—. Pat Murphy… uno de los mejores, según papá.

—Gracias —dijo Nick un poco aturdido—. Supongo que yo… me parece… papá dijo que esperase aquí con mamá, pero no puedo. Me voy a ir a la cárcel, también. Mamá se quedará más tranquila si ve que intento hacer algo por mi padre.

—Creo que ésa es una buena idea —le dijo Trixie—. ¿Y si pasamos a recogerte con el coche de Brian?

Al darse cuenta de que se había comprometido a utilizar el auto de su hermano, así como su tiempo, se volvió para mirarlos. Sus hermanos asintieron inmediatamente, antes incluso de que pudiese preguntarles.

—Te veré enseguida —añadió, colgando sin dar tiempo a que Nick contestase.

Al cabo de unos minutos, los tres Belden ya estaban dentro del coche, camino de la casa de Nick Roberts. Esos minutos los habían dedicado a explicar lo ocurrido, apresuradamente, a su madre y a ponerse las chaquetas, porque parecía que iba a llover. A Trixie le hubiera gustado llamar a Manor House. En una situación como ésta

deseaba tener cerca a Honey y a Jim. Pero no era Trixie la que estaba en un apuro, sino Nick Roberts, y tuvo preferencia. Decidió llamar a Honey y a Jim desde la comisaría.

Tan pronto como Brian frenó delante de la casa de Nick, Trixie bajó del auto, fue corriendo hasta la puerta principal y llamó al timbre. Nick le abrió la puerta enseguida. Se le veía perplejo, pálido.

—Avisaré a mi madre de que me voy —dijo en voz baja, y desapareció.

Trixie se quedó esperando. La casa estaba envuelta en un silencio tan antinatural que se le puso la carne de gallina. Había tres personas en esa casa; sin embargo, la vida parecía haberla abandonado. Cuando Nick regresó, Trixie le acompañó al coche.

No tardaron mucho en llegar a la comisaría. Nick preguntó a la recepcionista:

—¿Puedo ver a mi padre? Se llama Nicholas Roberts.

—Lo lamento —contestó ella, que por su tono estaba claro que no lo lamentaba en absoluto—. Tu padre está hablando en este momento con su abogado. Podrás verlo cuando Pat Murphy haya terminado.

Nick lo aceptó con resignación; él y sus amigos ocuparon una fila de sillas de plástico, incómodas, junto a la pared.

Hubo un silencio largo. Entonces Brian preguntó:

—¿A qué viene todo esto, Nick? ¿Tienes idea de por qué sospechan de tu padre?

Nick pareció regresar poco a poco de algún lugar muy distante.

—Anoche, ya se nos ocurrió que podrían llegar a acusar a mi padre —dijo—. Recibimos una llamada del señor Slettom. Él es el propietario de la tienda. Nosotros la teníamos alquilada. En realidad, él es el dueño de los dos edificios que ardieron. El señor Slettom dijo que la policía había estado interrogándole. Añadió que había contado las cosas de forma que, sin querer, se le habían puesto muy feas a mi padre, pero que no pudo evitarlo. Decía que él sólo había dicho la verdad. Por eso llamó, para pedir disculpas.

—¿Y qué clase de preguntas le hizo la policía al señor Slettom? —preguntó Brian.

—Querían saber desde cuándo le había alquilado la tienda a mi padre. Luego le preguntaron si mi padre tema un contrato de arrendamiento largo. Cuando el señor Slettom les dijo que sí, le preguntaron si mi padre había manifestado alguna vez sus deseos de romper el contrato de arrendamiento. Él les tuvo que decir que mi

padre se lo había pedido hacía sólo un par de meses.

—Los negocios iban bastante bien últimamente, ¿sabéis?, y la verdad es que necesitábamos más espacio y un sitio mejor.

—El señor Slettom había dicho a mi padre que intentaría alquilar el local, pero no pudo encontrar a nadie que quisiese hacerlo —continuó Nick—. El alquiler es barato, pero es su única ventaja. El señor Slettom tuvo que explicarle todo esto a la policía, como es natural. Lo del alquiler barato no… pero sí lo demás.

—Pues a mí me sigue pareciendo un hilo demasiado delgado como para colgar de él una acusación de incendio —dijo Mart.

—Y también ha influido el hecho de que mi padre estuvo relacionado con tipos poco recomendables —prosiguió Nick—. ¿Os acordáis? Mi padre no denunció a aquellos canallas que quisieron que trabajara para ellos. La policía jamás entendió que papá pudiera tenerles miedo, pero es que habían amenazado a mi madre. Yo creo que esos viejos recelos, más el testimonio del señor Slettom, han dado lugar a la policía para sospechar de papá.

—Una de las cosas que querían saber es dónde se encontraba mi padre a la hora de la explosión. Papá les dijo que en ese momento estaba conmigo y con mi madre en Main Street, viendo la procesión. Pero tuvo que admitir que había estado trabajando en la tienda hasta pocos minutos antes de que la procesión empezara.

—Lo recuerdo —dijo Trixie—. Quiero decir, recuerdo haberlo visto contigo y con tu madre justo antes de empezar la procesión. Nosotros hicimos algún comentario sobre la suerte que tenía tu padre de tener tanto trabajo…

Trixie calló de pronto, dándose cuenta de lo doloroso que debía ser para su amigo recordar momentos más felices.

Sin embargo, Nick no parecía haberse puesto más triste después de escuchar a Trixie. Puede que le fuera imposible entristecerse más de lo que estaba. En lugar de eso, se limitó a asentir y a seguir diciéndoles:

—La policía dice que a mi padre debió resultarle fácil encender el fuego con una mecha para así ganar tiempo y que se le viera en Main Street unos minutos antes del incendio. Eso explicaría que el combustible tuviera tanto tiempo para evaporarse. También dicen que no es posible que papá no oyese al verdadero incendiario armando bulla en el sótano, si es que él estaba trabajando arriba,

según su declaración.

—¿Y qué? ¿No oyó ningún ruido extraño, tu padre? —preguntó Brian.

Nick sacudió la cabeza.

—Como os he dicho, el edificio está hecho una ruina. Siempre se oyen toda clase de ruidos… el viento que se mete por todas las rendijas, crujidos, golpes. Hasta el corretear de los ratones. Al final te acostumbras tanto que ni los oyes; si no fuera así, sería demasiado horroroso quedarse allí dentro.

—¡Uf! —dijo Trixie—. Ya veo por qué tu padre quería dejarlo. —Al darse cuenta de que, una vez más, había dicho lo peor que se podía decir en aquel momento, se tapó la boca y añadió—: Ay, Nick, yo no quería… quiero decir…

—Ya sé lo que querías decir —dijo Nick con lo que parecía ser una sonrisa—. Tienes razón. Queríamos librarnos de ese arrendamiento. Pero no de esa manera.

—¿Y el señor Slettom no podía haber hecho algo respecto a las grietas y los ratones…? ¡Así quizá hubierais querido continuar con el arrendamiento! —dijo Brian.

—Por muchas reformas que hiciera, la falta de espacio seguiría siendo un problema insalvable —señaló Nick—. Aparte, reformar todo ese edificio sólo habría proporcionado al señor Slettom un buen edificio en un mal barrio. Dudo que pudiera haber subido el alquiler lo suficiente como para cubrir los gastos de la reforma. Estoy de acuerdo contigo en que el edificio no es (o mejor dicho no era) ninguna maravilla, pero cuando nos mudamos aquí nos vino muy bien encontrar un sitio tan barato.

Todos permanecieron callados; Nick había defendido al señor Slettom con mucha lógica. No parecía quedar nada por decir. Un silencio mortal cayó sobre el pequeño grupo, otra vez. De repente Trixie recordó que no había llamado a Honey ni a Jim. Miró en torno suyo, en busca de un teléfono.

De pronto se oyeron unos gritos en el pasillo. Trixie miró hacia donde se oía el alboroto y vio al sargento Molinson caminando hacia ellos. Le perseguía una mujer atractiva, que vestía un traje de lana y llevaba un maletín en la mano.

—¡Esto es absurdo! —exclamó la mujer—. ¡No es justo tener encerrado a ese pobre hombre cuando no tienen ustedes nada en

contra suya!

Al recordar lo que su padre había dicho de enviar a un abogado a quien le gustara tanto la justicia como la ley, para defender al señor Roberts, Trixie murmuró:

—Debe ser Pat Murphy.

Brian asintió, pero sus ojos siguieron observando a la mujer que caminaba al lado del sargento.

—Sólo hay dos formas de probar que ha habido un incendio intencionado. La primera es sorprender al criminal en el acto; la segunda, demostrar que no pudo haber sido otro. En este caso no cabe aplicar ninguna de las dos reglas.

—Él tenía sus motivos… —empezó a decir el sargento Molinson, en tono beligerante.

—¡Los motivos no importan! —dijo Pat Murphy—. ¿Y dónde está la intencionalidad?

El sargento Molinson no contestó; en lugar de eso, y por toda respuesta, se puso todo colorado.

—Yo le diré por qué detuvo usted a Nicholas Roberts —continuó la abogada—. No fue porque tuviera motivos. Fue por presiones de los medios informativos.

De repente, Pat Murphy se volvió y levantó un dedo acusador.

Al mirar hacia donde señalaba, Trixie se quedó de piedra. ¡Era Jane Dix-Strauss, que estaba en el pasillo, con un cuaderno en la mano! Al principio, Trixie no comprendió las palabras de Pat Murphy. Entonces, súbitamente, se dio cuenta de lo que quería decir.

La policía jamás habría detenido al señor Roberts con tan pocas pruebas, si no hubiera sido por ese artículo tan espectacular sobre los incendios provocados —pensó Trixie—. *Tal vez hubiesen sospechado de él. Puede que hasta le hubiesen interrogado. Pero no le hubieran encerrado si Jane Dix-Strauss no hubiera escrito ese artículo. ¡Ella tiene toda la culpa de que el señor Roberts esté entre rejas!*

Todos los ojos se clavaron en Jane Dix-Strauss, y Trixie sintió placer al ver lo incómoda que estaba. Entonces la atención de todos se desvió de nuevo hacia Pat Murphy, porque la abogada volvía a hablar.

—Esa periodista escribió un artículo sobre el incendio, que resultó más provocador que el mismo fuego. Sacó a relucir una serie de hechos que hicieron pensar que Sleepyside estaba a punto de ser destruida por las llamas. Ella alarmó a toda la población, y usted escogió el camino más fácil para calmarles… ¡detener a un hombre inocente!

—¡A mí no me toma el pelo ningún reportero sensacionalista! —gritó el sargento Molinson.

—¡Demuéstrelo! —dijo Pat Murphy—. ¡Suelte a Nicholas Roberts!

—Y usted tampoco va a tomarme el pelo a mí. Yo puedo retener a Roberts cuarenta y ocho horas e interrogarle sin necesidad de presentar cargos. ¡Y eso es lo que voy a hacer! —dijo el sargento, y salió apresuradamente de la sala.

En el lugar del suceso • 6

CUANDO EL SARGENTO Molinson se marchó, Pat Murphy se volvió para ver, por primera vez, a los cuatro jóvenes. Su mirada de antes, dura y decidida, se transformó en otra cálida, y fue hacia ellos sonriendo.

—¿Nick? —preguntó, tendiéndole la mano al joven artista—. Tenías que ser tú… eres igualito a tu padre.

—¿Qué tal está mi padre? —preguntó Nick.

—No diré que está bien… ¿quién podría estarlo en estas circunstancias? —le dijo Pat Murphy—. Pero se está tomando las cosas con calma. Puedes ir a verlo, si lo deseas.

—A eso he venido —dijo Nick—. ¿Cuándo cree que le dejarán en libertad?

Pat Murphy bajó la vista y se golpeó la pierna con el maletín.

—Ya debería estar en la calle, y supongo que yo tengo la culpa de que no lo esté. No debería haberme puesto tan furiosa. El sargento Molinson es un hombre testarudo. Me imagino que retendrá a tu padre unas cuantas horas, para mantener su imagen y no dar a entender que se ha equivocado, y luego lo soltará. Si mañana por la mañana no está en casa, llámame.

—Lo haré —dijo Nick—. Y, por favor, no se sienta responsable de que mi padre siga aquí. Probablemente lo habrían hecho de todos modos.

—Ojalá tengas razón —dijo Pat Murphy—. Bueno, si quieres ir a ver a tu padre, pasa por esas puertas dobles de allí atrás. El oficial te lo permitirá. Pero me temo que sólo tienen permiso los familiares y consejeros legales —añadió volviéndose hacia los Belden.

—Perdone por no haberle presentado a mis amigos —dijo Nick Roberts disculpándose—, Trixie, Mart y Brian Belden. Su padre fue quien la llamó a usted.

—Encantada de conoceros —dijo Pat Murphy—. Vuestro padre

es un buen hombre.

—Él opina lo mismo de usted —dijo Trixie a la abogada—. Quiero decir… esto es…

De pronto se quedó sin saber qué decir. Notó que se estaba ruborizando sin remedio.

—Ya sé lo que quieres decir —dijo Pat Murphy riéndose.

Trixie sonrió a la abogada.

—Ahora tengo que irme. Nick, hablaré contigo más tarde —dijo Pat Murphy mientras le tendía otra vez la mano, y él, a su vez, se la estrechaba agradecido.

Cuando ya estaba junto a la puerta, Jane Dix-Strauss se acercó a ella con el cuaderno en la mano. Pat Murphy miró a la reportera de arriba abajo.

—No hay declaraciones, y menos para usted —dijo—. Es más, antes hablarán las piedras que yo.

Y dicho esto, apartó a la periodista de su camino y salió por la puerta.

—¡Guau! —exclamó Trixie—. Parece que le ha cantado las cuarenta.

—Tu afirmación es correcta —le dijo Mart—. Sin embargo, la periodista parece no haberse venido abajo por el ataque de la abogada.

—Fría como un témpano —reconoció Brian—. Oh, oh… me temo que viene para acá. Nick, será mejor que vayas a ver a tu padre. Nosotros daremos un paseo y volveremos a buscarte dentro de una hora.

Afuera, el cielo estaba encapotado, y hacia frío, para ser la primera semana de junio. Pero no fue sólo eso lo que hizo estremecerse a Trixie al entrar en el coche.

—¿Os imagináis lo duro que sería ir a ver a nuestro padre a la cárcel? —preguntó—. Yo no tendría valor. Pobre Nick… y menos mal que se lo ha tomado con calma.

—No creo que esté tan tranquilo —dijo Brian—. Por fuera sí, pero por dentro debe estar hecho polvo. Las personas que se lo guardan todo dentro sufren más que las que dan rienda suelta a sus emociones.

—Hablando de dar rienda suelta —dijo Trixie—, ¿adónde vamos? Tenemos toda una hora por delante.

—Yo había pensado ir al almacén de madera y comprar los materiales que nos hacen falta para el cobertizo —dijo Brian mientras salían del aparcamiento.

—Ésa es la única actividad menos divertida que estar en la cárcel —dijo Mart soltando un suspiro.

—Os garantizo que nos deprimiremos en cuanto nos digan a cuánto suben las reparaciones —admitió Brian—. Pero por algo hay que empezar.

—¿Y esto os parece deprimente? —preguntó Trixie unos minutos después, al entrar en la ferretería—. A mí me fascina el olor a serrín. Y hay tantas cosas que ver…

—Vamos a empezar por los estantes —dijo Brian, tan práctico como siempre—. ¿Qué os parece? ¿Usamos madera de roble como ésta, o de pino, igual que la otra vez?

—Pino, por supuesto —dijo Trixie—. El roble es carísimo. Aunque eso sí, es precioso.

—Pues sí —dijo Brian—. La madera de pino está aquí detrás.

El dueño del almacén se quedó un poco desinflado al ver que se apartaban de la madera de roble que habían estado mirando. El precio de la de pino, aunque más bajo, seguía siendo escandaloso.

—Por lo menos sabemos a cuánto nos saldrá —añadió—. Vamos a ver la pintura.

—Mirad qué colores tan bonitos —dijo Trixie, señalando la muestra que había colgada en la pared del departamento de pintura —. ¿Vamos a volver a pintar el cobertizo de blanco? Ya sé que el blanco está bien, y que es práctico, pero es que estos otros son tan bonitos…

—Vale, podemos coger otro color para los marcos de las ventanas y para la puerta, pero lo que es el cobertizo, tiene que ser blanco —dijo Brian.

—¡Qué idea tan buena! —exclamó con una mirada llena de ilusión mientras se metía en el bolsillo una cartulina con muestras de todos los colores—. Celebraremos una reunión extraordinaria para elegir el color.

—Y les diremos lo que cuesta la pintura —dijo Brian, apuntando las cuentas en un papel.

—¿Cuánto? —preguntó Trixie.

—Demasiado —dijo Brian, guardándose el papel en el bolsillo—.

Ahora, la masilla. Eso, por lo menos, sí que podemos pagarlo.

—Yo me imaginé que nos daría tiempo a hacer algunas compras esta mañana —dijo Mart—. Así que he traído el dinero del club.

—Bien pensado —le dijo Brian—. Entonces valdrá la pena comprar un poco de masilla, ya que estamos aquí.

Los Belden hicieron su pequeña compra, cosa que les llenó de satisfacción.

—El verano ha hecho su entrada oficial —dijo Trixie—, dado que hemos empezado oficialmente las reformas del cobertizo.

Afuera, sin embargo, no resultaba tan sencillo creer que el verano estaba tan cerca. Caía una fría lluvia de primavera.

Qué lástima que no se pusiese a llover durante la procesión del Día de los Caídos —pensó Trixie—. *El fuego no habría hecho tanto daño. Puede que ni siquiera se hubiera extendido hasta el almacén*.

Esto recordó algo a Trixie. Cuando Brian fue a poner en marcha el motor del coche, Trixie le puso una mano en el brazo.

—¿Nos queda algo de tiempo antes de pasar a recoger a Nick? —preguntó.

—Unos minutos —le dijo Brian—. ¿Por qué?

—No hemos visto la tienda del señor Roberts desde el incendio. ¿Por qué no pasamos ahora por delante?

—Vale —dijo Brian—. Aunque lo más seguro es que no haya mucho que ver.

Al llegar a la antigua tienda del señor Roberts unos minutos más tarde, Trixie se sintió decepcionada: lo que su hermano había dicho era cierto. Habían tapado puertas y ventanas. El edificio de ladrillo no mostraba demasiados signos de deterioro, aparte de un cierto ennegrecimiento alrededor de los marcos de las ventanas. Solamente unos deshechos que aún seguían en la acera y pequeños cristales rotos podían dar upa idea de lo que allí había sucedido.

—¿Creéis que podemos echar un vistazo? —preguntó Trixie.

—Poder, podemos, pero lo que es querer, no queremos. Algunos de nosotros, por lo menos, preferimos quedarnos dentro del coche, calentitos y secos —dijo Brian.

—Una observación admirable —opinó Mart.

—Bueno, entonces, ¿me esperáis aquí hasta que vuelva? Yo sí que voy a echar un vistazo —dijo Trixie.

—Ay, Trixie —exclamó Brian—. Oh, bueno. Pero ten cuidado. A

ver si tropiezas con algún ladrillo suelto o te cortas con algún cristal roto. Y no tardes mucho… Nick nos estará esperando.

—Volveré enseguida —dijo Trixie.

Bajó del coche de un salto y, subiéndose el cuello de la chaqueta, fue caminando junto al edificio. Junto al bordillo había bastantes escombros.

A Trixie le pareció que había algo raro en ese pequeño edificio. Sobre todo por el silencio, que le recordaba al que había encontrado en casa de Nick, esa mañana.

Trixie dobló la esquina y se metió en el callejón. Por detrás, los daños eran más espectaculares. O tal vez el pésimo estado se debía a toda la basura mezclada con los escombros del incendio. Trixie dio un puntapié a un ladrillo.

Entonces observó un brillo metálico. Se agachó para recoger el pequeño objeto que había quedado oculto bajo el ladrillo. Era un botón de oro, de esos que tienen grabado algo en relieve.

—«JSD» —leyó Trixie.

Ay, señor JSD, debe de tener usted una chaqueta deportiva tan poco cuidada como la mía del club —pensó mientras se guardaba el botón en un bolsillo—. Después de mirar un rato más, regresó al auto, con sus hermanos.

—¿Y bien? —preguntó Brian—. ¿Has satisfecho tu curiosidad?

Trixie sacudió la cabeza.

—No era curiosidad. Era algo más… no sé. Creí que me aclararía algo ver el almacén por dentro. Pero no me ha servido de nada. Es tan pequeño, tan poca cosa… ¿Quién iba a decir que causaría tantos problemas?

Brian dio unas palmaditas a su hermana en el brazo; él la entendía.

—Hay cosas que no tienen ningún sentido. Sólo cuando uno se acostumbra a verlas. Y ahora, vamos a buscar a Nick.

Nick les estaba esperando bajo el canalón de la comisaría de policía, protegiéndose de la lluvia. Brian tocó la bocina al acercarse, y Nick fue corriendo hasta el coche y se metió en el asiento de atrás.

—No tenías por qué esperar ahí fuera —le recriminó Trixie—. Habríamos entrado a buscarte.

—No es por eso por lo que os esperé fuera —dijo Nick—. Jane

Dix-Strauss seguía en el pasillo cuando acabé de hablar con mi padre. No tenía ninguna gana de aguantarla, así que me salí. Espero que ella no lo haya notado.

—¡Qué mujer! —exclamó Trixie.

—¿Cómo está tu padre, Nick? —preguntó Brian, cortando la retahíla de comentarios sarcásticos que Trixie se disponía a hacer sobre la periodista.

—Está preocupado, naturalmente —dijo Nick—. Más por mamá y por mí que por él mismo. Yo intenté tranquilizarle, diciéndole que estábamos bien.

—Ah, y os da las gracias por lo de Pat Murphy. Dice que es estupenda —concluyó Nick.

—Sí, a mí también me cayó estupendamente —dijo Trixie.

Brian estaba sacando el coche del aparcamiento, cuando otro, que se iba a meter, estuvo a punto de pegarse contra él. Brian pisó a fondo el freno justo a tiempo para evitar el accidente. El otro coche también paró. Se abrió la portezuela del conductor y salió un hombre bajo y gordito.

—Oh, no —dijo Trixie—. Me figuro que ahora nos tocará aguantar un sermón sobre lo mal que conducen los jóvenes, cuando ha sido él el culpable.

Pero el hombre fue a la ventanilla de atrás, y no a la de delante.

—¡Es el señor Slettom! —exclamó Nick.

Bajó la ventanilla, y el hombrecillo metió la cabeza por el hueco. Trixie volvió la cabeza para ver al hombre cuyos dos edificios acababan de sufrir un incendio. Le fue casi imposible concentrarse en el aspecto del señor Slettom, porque la chaqueta deportiva que llevaba atrajo toda su atención, con sus colores chillones, rojos y verdes. Aparte de la extravagante chaqueta, Trixie pensó que su persona no ofrecía nada interesante. Tenía una cara redonda que todavía parecía más redonda, por la calva; sólo una media luna de cabello rubio le rodeaba el cráneo. Parecía preocupado.

—Me he enterado de lo de tu padre, Nick —dijo, sin aliento—. Vine en cuanto pude. ¿Está bien? ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Necesitas dinero para la fianza?

Nick alargó una mano para detener el flujo de preguntas.

—Gracias, señor Slettom. Le agradezco de veras su ofrecimiento, pero no necesitamos nada. Tenemos un buen abogado, y no nos

hace falta dinero para la fianza porque no hay cargos contra mi padre.

—¿Qué no hay cargos? ¡Y cómo se atreven a retenerlo aquí de esa forma! Aunque, bueno, supongo que es lo mejor… quiero decir… si no hay cargos contra él, tendrá un historial limpio. Ay, Nick, lo siento muchísimo. No puedo dejar de sentirme culpable por haber contado todas esas cosas a la policía, lo del arrendamiento… ¿Seguro que no hay nada que pueda hacer?

—No pero, si surge algo, le avisaré, se lo prometo —contestó Nick.

—Gracias, Nick, gracias —dijo el señor Slettom. Inmediatamente volvió a su coche, se metió y se alejó.

—Desde luego, se le ve con complejo de culpabilidad —dijo Mart cuando, de nuevo, Brian se disponía a sacar el auto del aparcamiento.

—¿Es que tú no tendrías remordimientos si por tu culpa detuvieran a alguien? —preguntó Trixie.

—Sí —dijo Brian—. Debe ser una sensación extraña; tener que decir la verdad, aunque con ello perjudiques a alguien.

—Y eso que tiene razones para estar enfadadísimo, teniendo en cuenta que el fuego se extendió desde la tienda hasta su almacén —dijo Nick—. Pero es un buen hombre. Siempre se ha portado fenomenal con nosotros, desde que tenemos alquilada su tienda. Debería haber dicho «desde que tuvimos alquilada su tienda». No me hago a la idea de que ya no existe.

Nick adquirió un aspecto sombrío; la cruda realidad de los hechos parecía empezar a hundirle.

—Todo va a salir bien, Nick —le dijo Trixie para darle ánimos —. Ya lo verás. Tu padre tendrá una tienda mejor y más grande en poco tiempo.

—Ojalá tengas razón, Trixie —dijo Nick cuando llegaron a la altura de su casa.

Puso la mano en la manivela, abrió la puerta y salió.

—Gracias por todo.

—De nada —dijo Brian, dando marcha atrás—. Y llámanos si pasa algo, ¿me oyes?

Nick asintió y se metió en la casa.

—Es bastante misterioso, ¿no? —comentó Trixie.

—¡Ajá! —gritó Mart—. ¡Al fin llegó la eventualidad que ya anticipaba! ¡Nuestra sabuesa ha olfateado de nuevo su presa!

—Venga, Mart —dijo Trixie—. No hablo de misterios de detectives. Más bien de misterios… misterios misteriosos. ¿Entendéis? El modo de comportarse de la gente… Con lo antipático que estuvo Nick cuando lo conocimos, y resulta que es un chico fantástico. Y el señor Slettom, que tiene todo el derecho para estar a rabiar con el señor Roberts, está dispuesto a ayudarles en lo que haga falta. Y Pat Murphy, que debe de haber pasado más tiempo rodeada de criminales que muchos criminales, también es una persona excelente. Y luego, por otro lado…

—¡Prepárate para una diatriba contra una reportera! —la interrumpió Brian—. ¡Lo presiento!

—Ah, y tanto. ¿Acaso no se la merece? —dijo Trixie.

—Lo de intentar entrevistar a Pat Murphy fue un poco descarado por su parte —reconoció Mart.

—El ser cara dura forma parte de su trabajo —dijo Brian—. Si se mostrase tan impertinente tratando de entrevistar a algún político corrupto, nos encantaría. La única diferencia entre esto y aquello es que conocemos a la persona afectada. De lo contrario, es igual… se trata de una periodista llevando a cabo una investigación exhaustiva.

—Confío en que sea competente al escribir el reportaje de la liberación del señor Roberts —dijo Mart.

—Y yo —añadió Brian—. Pero yo no pondría la mano en el fuego. La detención de un sospechoso es noticia de primera página en Sleepyside, sobre todo si se le acusa de provocar un incendio. Pero soltar a un hombre inocente sólo interesa a los amigos y a la familia, así que eso queda para las últimas páginas. No es noticia.

—Existe una forma de dar publicidad a la liberación del señor Roberts —dijo Trixie.

—Ay, ay, ay —exclamó Brian.

—Bueno, es la verdad —dijo Trixie a la defensiva—. Se trata de que suelten al señor Roberts después de haber detenido al verdadero criminal. Eso sería noticia… como tú dijiste.

—Ya sigo tu lógica, Trix —dijo Brian—. Pero el siguiente paso que veo es que tú piensas encargarte del trabajito de capturar al que provocó el incendio. Y no quiero ni pensarlo. Es demasiado peligroso. ¡Estarías, literalmente, jugando con fuego!

—Yo no he dicho que vaya a capturar al culpable —aseguró Trixie.

—No —admitió Brian—. Pero no quiero oírtelo decir. Promete que no lo intentarás, ¿vale, Trixie?

—Lo prometo —dijo Trixie, muy a su pesar, pero para sus adentros añadió una coletilla a su promesa—: *Eso no me impedirá tratar de averiguar su identidad*.

Trixie tiene un plan • 7

CUANDO EL AUTOMÓVIL se metió por Glen Road, Trixie alargó una mano y se la puso en el hombro a su hermano mayor.

—Brian, ¿puedes dejarme en Manor House? Ya sé que no pilla de camino, pero llegaré antes si me llevas que si voy a patita, y necesito hablar con Honey de todo lo que ha pasado.

—Vale —dijo Brian—. Ya dije antes que es mejor desahogarse. Y estoy seguro de que eso es lo que Trixie va a hacer.

Minutos más tarde, Trixie bajaba del coche, delante de Manor House.

—Gracias, Brian —dijo—. Dile a mamá que llegaré a casa en cuanto pueda para ayudarla. ¡Lo prometo!

Inmediatamente subió corriendo los anchos peldaños y llamó a la puerta.

Celia la invitó a pasar, diciéndole que Honey estaba en el estudio. Trixie le dio las gracias a gritos y fue a buscar a su mejor amiga.

—¡Han detenido al padre de Nick Roberts! —dijo Trixie al verla —. Mart, Brian y yo venimos ahora de la comisaría.

—¡Detenido! —exclamó Honey dejando caer la lana y las agujas en su regazo—. ¡Oh, Trixie, no! ¿Y qué derecho tienen…?

—Según parece, lo tienen… —dijo Trixie apenada.

Brevemente, contó a su amiga lo de la llamada de Nick, lo de la conversación con Pat Murphy, y lo de la entrometida de Jane Dix-Strauss.

—Pat Murphy la puso a caldo; en cambio, Nick tenía tanto miedo de hablar con ella que salió a esperarnos fuera, bajo la lluvia. Pobre chico… si lo llego a saber, no habría perdido el tiempo en la tienda de su padre.

—¿Que fuiste a la tienda de su padre? —preguntó Honey—. Yo pensaba que no quedaría piedra sobre piedra.

—Ah, sí. Bueno, es como si hubiese explotado todo hacia afuera. Puertas y ventanas han quedado destrozadas… las han vallado. Y el callejón está lleno de escombros. No había mucho que ver, después de todo. Ah… a no ser esto que encontré —dijo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el botón. Luego se lo tiró a Honey, que lo cogió en el aire con destreza.

—«JDS» —leyó Honey.

—No, no; es «JSD» —corrigió Trixie.

—No, Trixie. En los monogramas, la última inicial se pone en el centro, más grande, y las dos primeras, una a cada lado. Así que en este botón pone «JDS».

—¡Jane Dix-Strauss! —exclamó Trixie—. Apuesto a que el botón es suyo.

—Es verdad que son sus iniciales —reconoció Honey—. Pero también lo son de mucha gente, ¿no crees?

—Ella tiene una chaqueta con botones dorados muy parecidos a éstos. La llevaba puesta la noche del incendio. No pude ver si en los botones había monogramas o no, pero… ¡Oh, no! —exclamó con los ojos desorbitados—. Jane llevaba una chaqueta con botones dorados la noche del incendio. ¡Y yo he encontrado este botón dorado con sus iniciales en el lugar del siniestro! Honey, ¿recuerdas si le faltaba algún botón cuando habló con nosotros en Main Street?

—No me di cuenta. En realidad, ni siquiera me fijé en los botones. No soy tan observadora como tú… y eso que la ropa me interesa mucho más. Pero Trixie, ¡no irás a creer que fue Jane Dix-Strauss la que provocó el fuego! ¿Por qué razón iba a hacerlo? Aparte, acabas de decir que ella estaba en Main Street cuando empezó el incendio, así que no pudo estar en una tienda fuera de Main Street al mismo tiempo.

—El señor Roberts ha sido detenido por lo mismo, y a él le vimos antes que a ella —señaló Trixie.

—Muy bien. Admito que pudo haber iniciado el fuego, pero ¿para qué? —preguntó Honey—. Si este incendio se produjo cuando hacía lo mismo que tú… investigar —añadió mientras le devolvía el botón a Trixie.

—Supongo que sí —admitió Trixie, cogiéndolo y metiéndoselo en el bolsillo—. Sé que Brian y Mart dirían que sólo estaba cumpliendo con su deber, pero a ella no parece importarle que

alguien se perjudique mientras lo hace. Bueno, ahora tengo que irme. Prometí a mamá que hoy sudaría la gota gorda trabajando en casa, y la mañana se ha pasado volando. ¿Nos vemos en el cobertizo esta noche? Todos los Bob-Whites, digo. Ya sabemos el precio de los materiales que necesitamos para reparar el cobertizo, y ahora tenemos que saber lo que hay que hacer.

—No tengo nada planeado —dijo Honey—. Y creo que Jim tampoco. Hablaremos con la señorita Trask y luego te llamaremos.

—Estupendo —dijo Trixie—. ¿Llamarás también a Dan y a Di? Yo me ocuparé del piscolabis, ya que tú lo trajiste la última vez.

Después se despidieron. Cuando llegó a casa, Trixie avisó a sus hermanos enseguida de que había una reunión y su madre le dio permiso para ir. Luego, se metió de lleno en el trabajo. El primer punto de la agenda era el jardín; parecía que en una semana hubieran brotado millones de hierbajos. Por muy diminutos que fueran, había que arrancarlos, porque las plantas eran todavía más menudas.

Cuando terminó de quitar las hierbas del jardín, Trixie se lavó las manos, que tenía llenas de tierra; almorzó muy deprisa y, cogiendo el trapo del polvo, fue al salón. Como de costumbre, hizo una pausa para admirar el cuadro que su madre había pintado años atrás: un arroyo con arbustos a la orilla, en invierno. Luego se detuvo, también, ante el dibujo a tinta china que Nick Roberts había hecho de Crabapple Farm, y que le había vendido en la feria del arte. El marco negro, muy sencillo, resultaba, sin embargo, apropiadísimo… *lo cual es una suerte* —pensó Trixie—, *ya que no tenía dinero para un marco más caro*.

Le maravilló el talento de Nick una vez más y resolvió hacer cuanto estuviera en su mano para que ese talento no quedara hundido en un mar de problemas.

Después de quitar el polvo, Trixie fregó el suelo de la enorme cocina de pueblo hasta sacarle brillo. Luego arregló su dormitorio y recogió la colada del tendedero.

Finalmente, llegó la hora de la cena. Esa noche, Mart tuvo a alguien que le disputó el campeonato de «grandes tragones».

—¿A qué hay que achacar semejante vehemencia gustatoria? —preguntó.

—El trabajo duro da hambre —dijo Trixie—. ¿Por qué no lo

pruebas, de vez en cuando? Aunque, pensándolo mejor, más vale que no lo hagas… si ahora ya comes lo que comes, si trabajaras nos sería imposible llenarte el estómago.

—Puede que hoy no hayamos trabajado tanto como tú —dijo Brian—, pero tampoco hemos estado de brazos cruzados. Hemos ordenado el garaje y el sótano, y también hemos vallado la entrada a la casa.

—Estoy orgullosa de todos vosotros —dijo la señora Belden.

—¿Y de mí, mamá? —preguntó Bobby—. ¿De mí estás orgullosa?

—Por supuesto —dijo la señora Belden al más joven de sus cachorros—. Yo creo que tengo los cuatro hijos mejores del mundo.

—Lo que yo creo es que son ellos los que tienen la mejor madre —dijo Peter Belden—. Lo que está claro es que es la madre que prepara mejor el pollo frito y… —añadió con cara de ilusión—… ¿tarta de manzana?

—Se supone que iba a ser una sorpresa —dijo la señora Belden —. En esta familia es imposible guardar un secreto.

—¿Y cómo vas a guardar un secreto que huele tan bien? —preguntó su marido.

—Bueno, pues lo has adivinado —dijo la señora Belden—. Decidí celebrar la llegada del verano metiendo en el horno la última de las tartas de manzana que congelé el otoño pasado. A partir de ahora, dependeremos exclusivamente de la fruta del día.

—Mmm —exclamó Trixie—. ¡Lo de la última tarta de manzana me daría pena si no fuera por la torta de fresas y de arándanos y de cerezas que tenemos a la vista!

—Dediquémonos ahora a apartar los vestigios del primer plato, para poder así pasar a la repostería —dijo Mart, levantándose y empezando a quitar los platos de la mesa.

—Dentro de nada nos esperan en el cobertizo —dijo Trixie—. Tendremos el tiempo justo para tomar el postre y lavar los platos.

Serían, al final, Mart y Brian Belden los que tendrían que lavar los platos, porque a Trixie la llamaron por teléfono con el último bocado de tarta en la boca.

—Trixie, soy Nick Roberts —dijo con voz solemne—. Sólo quería que supieras que mi padre está en casa. El sargento Molinson le soltó sin presentar cargos… aunque dejó bien claro que papá no

está libre de sospecha.

—Ay, Nick, cuánto me alegro. De que le hayan dejado libre, no de lo otro —le dijo Trixie—. Apuesto a que él está contentísimo de estar en casa otra vez.

—Bueno —dijo Nick muy despacio—. Nada de esto le ha alegrado, que digamos. Él actúa como si todo hubiera acabado para él… como si le resultase imposible rehacer su vida.

—Oh, Nick, ¿de veras? —dijo Trixie apenada—. Ya sé que ha debido ser un golpe para él, pero la mala racha no va a durar para siempre.

—Sí, ya —dijo Nick—. Yo le dije que deberíamos seguir luchando. La compañía de seguros todavía no quiere soltar el dinero, naturalmente. Pero tenemos un montón de mercancía en el sótano de casa… ya te dije que en la tienda no cabía todo. Ya está todo pagado, y tenemos unos ahorrillos con los que comprar materiales nuevos.

Nick parecía entusiasmarse a medida que hablaba. Pero su entusiasmo desapareció al añadir:

—Papá no quiere ni hablar del caso. No parece que le haya quedado energía para volver a empezar.

Hubo un silencio largo. Trixie no sabía cómo reaccionar.

—Bueno —dijo Nick—. No debería estar molestándote con mis cosas. Sólo te llamaba para avisarte de que papá está en casa y para agradecerte lo de esta mañana.

—Venga, Nick, ¿cómo te atreves a decirme que me estabas molestando? —replicó Trixie, dándose cuenta de que su silencio había sido mal interpretado—. Soy yo la que se preocupa, porque no se me ocurre cómo salir de todo esto. Pero aún me sentiría peor si no quisieras contármelo, Nick.

—Sé que lo dices en serio, Trixie, —dijo Nick.

—¡Desde luego!

—Para mí es muy importante, Trixie, de veras —le confesó, y se le quebró la voz de repente—. Te mantendré informada. Adiós.

Trixie notó que las lágrimas asomaban a sus ojos. Nick agradecía la ayuda de un amigo, pero haría falta algo más que amistad para solucionar el problema de su familia.

Los tres Belden fueron caminando al cobertizo en silencio. Trixie se limitó a decir a sus hermanos que Nick había llamado y que

habían soltado al señor Roberts. El resto se lo guardó para ella solita; no diría nada hasta que todos los Bob-Whites estuviesen juntos en el cobertizo.

Trixie, Mart y Brian llegaron allí al mismo tiempo que Jim y Honey.

—Dan y Di no pueden venir esta noche —dijo Jim—. Dan se ha pasado el día trabajando, y está agotado. Ya sabes que en primavera el señor Maypenny y él no paran… tienen que quitar rastrojos de los caminos, arreglar los bancos estropeados y poner cercos.

—Di va a cuidar de sus hermanos —añadió Honey—. Le prometí que mañana se lo contaría todo.

—Vamos adentro —dijo Jim abriendo la puerta—. Quiero saber qué tal van las cosas con Nick y con su padre.

Los Bob-Whites entraron en el cobertizo, sacaron las latas que Mart había traído en la neverita y se dispusieron a discutir la situación.

—Ya no me preocupan tanto los problemas legales del señor Roberts como esta mañana… Pat Murphy se encargará de eso —dijo Trixie—. Lo peor es que está deprimido, que le ha dado un bajón de moral y no se atreve a dar un paso.

—Es una desgracia que la ciencia no haya inventado una técnica para trasplantar un poco del vigor de mi hermanita a ese hombre —observó Mart, contemplando el rostro encendido de Trixie.

—Es verdad —coincidió Jim—. Trixie tiene energía de sobra para poner en marcha una locomotora, si hubiera algún modo de conectarla.

—A todos nos sobra energía —añadió Honey—. Lo que pasa es que al señor Roberts eso le sirve de bien poco.

Trixie se había quedado pensativa al oír a Mart. Ahora, al cabo de unos segundos de silencio, se puso de pie de un salto y dijo:

—¡Ya está! ¡Lo tengo!

Con las manos crispadas, se puso a dar saltos. Temía ponerse a hablar en ese estado; le saldría un torrente de palabras incomprensibles. Finalmente, respiró hondo y habló:

—Pensadlo. El señor Roberts no tiene problemas de dinero… al menos si consigue mantener a flote el negocio hasta que cojan al incendiario y pueda cobrar el seguro. Lo que necesita es la fuerza para empezar a partir de cero. Nosotros, los Bob-Whites, tenemos

energía de sobra, pero nos falta dinero.

—¿Y? —preguntó Brian, sin entender la relación.

—Y… —dijo Trixie con énfasis—… ¿no creéis que podemos trabajar juntos? Nosotros venderíamos camisetas y gorras a todos los equipos de béisbol de Sleepyside. Y el señor Roberts seguiría en el negocio. Y los Bob-Whites también, por lo menos hasta conseguir el dinero necesario para hacer las reformas del cobertizo, porque nos dará una comisión por las ventas que hagamos.

—Se supone que los Bob-Whites tienen que dedicarse a divertirse y a ayudar a los demás —dijo Honey entusiasmada—. Yo diría que con este proyecto cumplimos con las dos condiciones. ¿Votamos para darle un carácter oficial?

—Aguarda un segundo, hermanita —dijo Jim—. No vamos a contratarnos a nosotros mismos. El señor Roberts tendrá algo que decir al respecto. En cuanto a lo que Trixie ha dicho, bien podría negarse. En fin, yo creo que deberíamos consultarle antes de votar, ¿no?

—Oh, no —dijo Trixie, desplomándose en una silla—. ¡Me da mucha rabia que la realidad se interponga entre mis sueños! Tienes razón, Jim. El señor Roberts tiene la última palabra. Será el cliente más difícil de convencer.

—Hala, Trixie, no hace falta que pases de un extremo a otro. Jim no está diciendo que el plan va a fracasar. Lo único que quiere es hacer las cosas por orden. Mañana llamaremos a Nick y le contaremos lo que hemos pensado. Si a él le parece bien, votaremos, para que sea oficial. ¿Vale? —preguntó Brian.

—¡Quita, quita! —exclamó Trixie oponiéndose a la propuesta en redondo—. Yo no sobreviviría hasta mañana, sin saber si puedo ayudar a Nick o no. Me voy a casa ahora mismo a llamarle y contarle nuestro plan. Vosotros esperadme aquí.

Antes de que nadie pudiera abrir la boca para replicar, Trixie había salido del cobertizo. Sus amigos se miraron sorprendidos sin decir una palabra, mientras se oían sus pisadas cada vez más lejos.

Fue Honey la que rompió el silencio: se echó a reír. Y los demás se contagiaron enseguida.

—Como Ben Franklin dijo, «un punto cosido a tiempo ahorra

nueve» —observó Jim—. Por las prisas que lleva, tendremos este asunto cosido en menos que canta un gallo.

—Y si es verdad que «el que vacila está perdido», Trixie no necesitará nunca una brújula —añadió Brian.

—Hay otro refrán que viene que ni pintado —dijo Mart—. «Los locos entran sin mirar allí donde los ángeles temen pisar».

Cuando la alocada de Trixie entró precipitadamente minutos después, se encontró a sus amigos partiéndose de risa.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo—. Aquí estoy yo, tratando de resolver el futuro de los Bob-Whites y de la familia Roberts, y vosotros con un concurso de chistes.

—No, tonta —dijo Honey, que casi no podía ni hablar—. No era eso. Sólo es que… mmm…

Al darse cuenta de que la explicación no iba a hacerle a Trixie demasiada gracia, Honey, con mucho tacto, cambió de tema.

—¿Pudiste hablar con Nick? —preguntó.

Inmediatamente, la mirada indignada de Trixie se cambió en una más emotiva. Todos supieron lo que iba a decir. De todos modos, esperaron, conteniendo el aliento, a oírselo.

—Hablé con Nick. Y dice que es una gran idea… sobre todo después de explicarle que realmente necesitábamos el dinero de la comisión para arreglar el cobertizo. O sea que para él estaba muy claro que no le ofrecíamos caridad —dijo Trixie.

—¿Y el señor Roberts? —preguntó Jim.

—Nick me dijo que no había por qué preocuparse por eso. Él le convencerá como sea. Dice que si nos pasamos por allí mañana, nos dará una muestra de los colores y estilos disponibles, y nos explicará el sistema que se sigue para poner los precios.

—Entonces… ¿todo está arreglado? —preguntó Honey.

—Falta el voto —contestó Trixie.

—Pues que haya silencio en la sala —dijo Mart, lo que significaba que la discusión había llegado a su fin y que llegaba el momento de la votación.

—A mí no se me ha presentado ninguna moción —dijo Jim en broma—, y menos aún secundada. Sin embargo, creo que podemos pasar sin esas formalidades. Señora copresidente, ¿le gustaría hacer los honores?

—Desde luego —dijo Trixie—. Los que estén a favor de que los

Bob-Whites sean representantes del señor Roberts este verano, que levanten la mano.

Y cinco manos se levantaron automáticamente.

—¿Algún voto en contra? —preguntó Trixie.

La pregunta fue respondida con un silencio absoluto.

—Aprobada la moción —dijo Trixie.

—¡Yupiii! —gritó Honey.

—Tengo otra idea —dijo Trixie—. ¿Y si organizamos un pequeño concurso? La persona que venda más no tendrá que mover un dedo cuando nos pongamos a pintar y poner masilla en las ventanas y…

—¡Buena idea! —exclamó Jim.

—¿Todos a favor? —preguntó Trixie.

Y de nuevo se vieron las manos en alto; todos estaban de acuerdo.

—Vale —dijo Brian—. Manos a la obra.

Nuevas pistas • 8

AL DÍA SIGUIENTE, a la una de la tarde, los Bob-Whites estaban metidos en la furgoneta, camino de casa de Nick. Cuando entraron por el sendero que llevaba a su casa, ya les estaba esperando, en una puerta lateral. Él mismo les abrió la puerta, y bajaron las escaleras.

Nick había hecho un buen trabajo: la tienda provisional que había montado en el sótano estaba francamente bien. Las cajas repletas de camisetas y gorras estaban colocadas en orden junto a las paredes. En un extremo del cuarto había una mesa con lapiceros, papel y pedidos que ya estaban listos para ser enviados.

—Voy a encargar una máquina de rotulación nueva —dijo Nick —. La pondré allí, en el espacio libre que queda.

Trixie notó que decía «yo», y no «nosotros». Aparentemente, el señor Roberts, todavía no estaba precisamente eufórico respecto al plan. Se preguntó entonces si Nick no habría salido a recibirles en la puerta y les habría llevado directamente al sótano para evitar una confrontación directa con su padre. *Se necesita coraje para hacer lo que Nick está haciendo* —pensó, admirándolo.

—Bueno, pongámonos manos a la obra —dijo Nick—. Aquí tenéis un manual de instrucciones para cada uno de vosotros, junto con unos cuantos pedidos. Trabajamos con cuatro colores básicos… rojo, azul, verde y amarillo. También tenemos dos clases de camisetas… de manga corta, y de manga larga. Las gorras son todas iguales, con los mismos colores. Los precios los tenéis en los manuales. Ahora, en cuanto al rotulado, hay tres tamaños, de una, dos y tres pulgadas. El precio viene marcado según el tamaño; cuanto más grandes las letras, más caro, naturalmente. Los precios para las distintas tallas también aparecen en los manuales. ¿Alguna pregunta?

—Lo has explicado con tanta claridad que hasta yo lo he

entendido, Nick —dijo Trixie, mientras cogía su manual.

El chico sonrió; se le veía contento de tener unos amigos a su lado.

—Oye, por lo visto, sois bastante listos —dijo—. Para un trabajo como éste, en que dependemos de los clientes, exigimos un adelanto del diez por ciento al hacer el pedido. Con eso nos aseguramos de que la gente no se arrepienta después. De lo contrario, nos quedaríamos con un montón de camisetas y gorras rotuladas para nadie. El pago en metálico os lo harán al entregar la mercancía.

—¿En metálico? —preguntó Di—. Entonces, ¿no aceptamos cheques?

—Sí, los cheques, sí —se apresuró a decir Nick—. Ahora bien, lo que no aceptamos son tarjetas de crédito. Mi padre no se fía.

—Por cierto, ¿qué tal está tu padre? —preguntó Brian.

—Está bien —contestó, aunque no parecía que fuera cierto porque, al decirlo, frunció el ceño.

—¡Ah! —dijo Trixie—. Casi se me olvida. La noticia de la liberación de tu padre debería haber aparecido en el diario de la mañana.

El gesto de Nick hizo que Trixie se arrepintiera instantáneamente de haber abierto la boca.

—Sí que apareció… desde luego… dos líneas en la página ocho —dijo Nick.

—¿Solamente? —exclamó Honey enfadadísima.

Nick asintió.

—Y lo peor es que se citaba al sargento Molinson, que declaraba que ellos «no tenían suficientes pruebas para presentar cargos». Quien lo leyera pensaría que existe alguna. Papá se ha puesto furioso. Yo le sugerí que se fuera a dar un paseo con mamá, para despejarse un poco.

—Buen consejo —dijo Brian—. Y hablando de marcharse, eso es lo que tenemos que hacer nosotros.

—Secundo la moción —dijo Dan—. Todavía me queda trabajo que hacer esta tarde. Podré empezar a vender mañana, eso sí. Ya tengo toda la información que me hacía falta.

—Todos la tenemos —comentó Honey—. Lo has organizado todo de maravilla, Nick.

—Aún falta una cosa. Las muestras —dijo Nick. Levantó una

caja del suelo y la abrió para mostrar a los Bob-Whites los contenidos—. Hay siete gorras y siete camisetas de manga corta aquí dentro… dos azules, dos verdes, dos rojas y una amarilla. Las gorras son ajustables, claro. Respecto a las camisetas, hay varias tallas; las he calculado a ojo.

—¡Pero qué bien! —exclamó Honey—. Nos las pondremos cuando estemos vendiéndolas, para que la gente sepa cómo quedan puestas.

—¿Y si vendemos por teléfono? —se le ocurrió decir a Jim.

—Entonces nos las pondremos para ganar confianza —dijo Honey.

—Siento no haber podido grabar nada en las camisetas, pero todavía no tengo el equipo necesario —dijo Nick disculpándose.

—Pues yo creo que deberías darte prisa y pedir cuanto antes el equipo nuevo —opinó Mart—. En primer lugar, vas a ver como te llueven los pedidos, y al final llegarán las inundaciones.

—¿Tanto vais a vender? —dijo Nick.

—Ya lo vas comprendiendo —dijo Trixie con una gran sonrisa—. Más vale que nos vayamos. Gracias por todo, Nick.

—Gracias a vosotros —contestó él.

Con un gesto les invitó a pasar delante de él, y luego siguió a los Bob-Whites escaleras arriba.

Mientras Jim, que iba en cabeza, abría la puerta lateral, oyeron palabras en un tono bastante elevado; en la parte delantera de la casa se estaba produciendo una discusión acalorada. Los Bob-Whites vacilaron; miraron hacia atrás, a Nick, que inmediatamente se dirigió hacia el lugar de donde provenía el alboroto, seguido de los demás.

Todos fruncieron el entrecejo al mismo tiempo al ver al señor Slettom y a Jane Dix-Strauss enfrentados, delante de la puerta principal.

—¡O deja usted a esta gente en paz, o… sensacionalista! —decía el señor Slettom, que se había puesto casi tan morado como su chaqueta de cachemira.

—¿Y usted quién es para juzgar mi trabajo? —repuso Jane Dix-Strauss—. Si Nicholas Roberts no desea hablarme, deje que sea él el que me lo diga.

—¿Y a mí me creerá? —terció Nick, acercándose despacio a los

dos—. Soy el hijo de Nicholas Roberts, y le doy mi palabra de que no tiene ninguna gana de verla a usted.

—Muy bien, Nick —dijo el señor Slettom—. No dejes que esta mujer haga más daño a tu padre.

—Yo no le he hecho ningún daño a tu padre —replicó Jane Dix-Strauss—. Han sido las circunstancias. Yo lo que quiero es oír su versión de los hechos. Quiero asegurarme de que también aparece en el periódico.

—Ah, claro —dijo Nick, endureciendo la expresión de su rostro —. Por ejemplo, en la página ocho, igual que hizo con la historia de su liberación. Incluso, haciendo un esfuerzo, podría dedicarle tres líneas, en vez de dos.

—Que suelten a alguien no es noticia. Pero una entrevista a un sospechoso sí que lo sería —dijo acaloradamente Jane Dix-Strauss.

—Entonces admite usted que sospecha de mi padre.

—¡No! —dijo Jane Dix-Strauss—. Pero tú tendrás que admitir que tu padre es sospechoso.

—¡Gracias a usted! —le dijo el señor Slettom.

—¡Por favor! —dijo Nick en voz alta—. De todos modos, mi padre no está en casa en este momento. Señor Slettom, estoy seguro de que le encantaría hablar con usted más tarde, si quiere llamarle. Y, en cuanto a usted, señorita Dix-Strauss, de verdad, no creo que papá le permita entrevistarlo.

—Muy bien —dijo la reportera—. Habrá que sacar la información de alguna otra parte —y, dándoles la espalda, se alejó.

El señor Slettom la vio marcharse, satisfecho.

—Bien hecho, Nick —dijo—. Lástima que no pudiera haberla espantado de aquí antes de que la vieras. Me alegro de que tu padre no esté en casa.

—Bueno, lamento que usted no haya podido verle —dijo Nick.

—No pasa nada —dijo el señor Slettom, quitándole importancia —. Sólo he venido a saludarle y a ver qué tal le iba. Ya lo haré otro día. Hasta luego.

Trixie no había apartado los ojos de Jane Dix-Strauss, que estaba abriendo la puerta de un coche rojo.

¡Esa mujer! —pensó, muy enojada, metiéndose las manos, crispadas, en los bolsillos de la chaqueta—. *¡El botón!* —se dijo a sí misma—. *Tal vez lo utilice para bajarle esos humos*.

Y Trixie fue corriendo hasta el auto, justo cuando Jane Dix-Strauss arrancaba el motor con una mano y bajaba la ventanilla con la otra.

—Perdone —dijo Trixie—. Me parece que tengo una cosa suya.

Entonces le mostró el botón, extendiendo la palma de la mano.

Jane Dix-Strauss lo cogió. Lo miró un segundo, luego clavó sus ojos en los de Trixie.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó, tratando de disimular su asombro.

—En el callejón, detrás de la tienda del señor Roberts. Debajo de un ladrillo. ¿No recuerda haberlo perdido allí? —preguntó Trixie con toda naturalidad.

—No.

Ella había dudado antes de contestarle. Parecía a punto de decir algo. Pero, de pronto su rostro adquirió la frialdad que le caracterizaba.

—Muchas gracias —dijo.

Acto seguido se metió el botón en el bolsillo de su chaqueta y, sin añadir ni una palabra, puso el coche en marcha y se fue.

Trixie se quedó mirando el coche rojo.

¡Se lo ha llevado! ¡Mi única pista, y me la ha quitado de la mano y se ha largado con ella!

Trixie apretó los labios. Estaba furiosa consigo misma.

Naturalmente, ¿y qué otra cosa esperaba que hiciera? Le puse el botón delante de sus propios ojos, y le dije que sabía que era suyo. ¡Pero si la he invitado a cogerlo! ¡Menuda detective estoy hecha!

—¿Qué ha pasado, Trix?

Trixie se volvió al oír la voz de Jim, y vio que todos los Bob-Whites iban hacia ella.

—Eh… nada, quería preguntarle una cosa.

Hubiese querido que el asunto quedase en eso, pero Jim preguntó:

—¿Qué?

—Bah… una de las estadísticas de sus artículos —contestó Trixie apresuradamente—. ¿Os acordáis, Brian, Mart, de que escribió que los incendios provocaban mil millones de dólares de pérdidas al año? Pues me preguntaba si no sobraría algún cero.

—¿Y qué? —preguntó Jim.

—Jane Dix-Strauss jamás escribiría nada que no fuera cierto —dijo haciéndose la inocente.

Confío en que nadie se dé cuenta de que no he contestado a la pregunta de Jim —pensó.

—Vamos, chicos —dijo Dan Mangan con impaciencia—. Tengo cosas que hacer.

Estoy salvada —pensó Trixie, apartándose de sus curiosos hermanos y yendo hacia la furgoneta.

Honey la alcanzó muy pronto.

—¡Le has preguntado lo del botón! ¿No? —dijo en voz baja.

Trixie asintió.

—¡Se quedó de piedra! —susurró a su amiga.

—¿Y admitió haberlo perdido en el callejón? —preguntó Honey.

—No exactamente —dijo Trixie. Como a su mejor amiga no quería ocultarle nada, añadió—: De ninguna manera. Pero se llevó el botón, y ahora no hay ninguna prueba contra ella.

—Ya encontraremos alguna otra —dijo Honey con confianza, cogiéndole a Trixie del brazo—. Si Jane Dix-Strauss es culpable de algo, lo demostraremos.

—¿A qué viene tanto cuchicheo? —preguntó Jim, acelerando el paso para adelantarlas y abrir la portezuela del vehículo.

—Sólo estábamos pensando en el mejor método para vender más camisetas y pintar lo menos posible —dijo Trixie.

No estoy mintiendo —pensó—. *Es sólo una broma*.

—Desde luego, Nick nos lo ha explicado todo perfectamente —dijo Honey.

—Lo que Nick nos contó representa sólo una introducción al arte de la representación —dijo Mart cuando subía a la furgoneta—. Mañana iré a la Biblioteca a sacar varios libros que traten del tema, para contribuir mejor a los intereses del señor Roberts y de los Bob-Whites. Y para evitar en lo posible la agonía del trabajo que nos espera este verano en el cobertizo.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Trixie impulsivamente.

—¿Qué? —preguntó Mart—. ¿Para qué quieres acompañarme a un lugar tan intelectual?

—Venga, Mart. No será la primera vez que vaya a una biblioteca —contestó Trixie—. Si no, Honey y yo nunca hubiésemos averiguado cómo dar con Regan cuando huyó a Saratoga, aquella vez. Pero si no quieres que te vean conmigo, iré yo sola.

—De ningún modo me privaría de la oportunidad de ser visto en tu compañía en esta rara (aunque, tal y como has señalado, no única) ocasión —dijo Mart.

Luego, cambiaron de tema y Trixie creyó que el asunto había quedado zanjado. Esa noche, sin embargo, Brian entró en su dormitorio.

—Eso de leer sobre algo antes de meterte en ello no es propio de tu estilo, Trix —dijo.

No estaba bromeando; más bien tenía curiosidad.

—¿Cómo es que has abandonado la costumbre de decir enseguida «a por ello»?

—Pues, como dijo Mart, hay mucho que aprender —dijo Trixie.

Al ver que su hermano mayor continuaba mirándola a los ojos, confesó:

—Ay Brian, de pronto se me puso la carne de gallina. Cuando vi a Jane Dix-Strauss, me puse a pensar y… bueno, por su culpa, el señor Roberts es el sospechoso número uno. ¿Quién va a querer comprarle algo? Supuse que leyendo un poco sobre esa materia

recobraría confianza.

—Ésa me parece una razón excelente para ir a la Biblioteca —dijo Brian—. Ojalá tengas suerte.

Como el permiso de conducir de Mart sólo le permitía conducir acompañado de un adulto, tuvieron que ir a Sleepyside en bici. Y no es que a ninguno de los dos les molestara esto, ya que era un día radiante de junio, y la brisa les refrescaba lo suficiente para que el sol no los quemara.

En el interior de la Biblioteca, Trixie siguió a Mart hasta el índice de materias.

—He aquí un título que nos interesa —dijo Mart—. «Ventas». Hay dos subcategorías muy apropiadas, «Ventas con éxito» y «Carreras universitarias y ventas».

—¿Quieres decir que todos esos libros tratan de ventas? —preguntó Trixie—. ¡Pero si deben ocupar un montón de estantes!

—Y tanto —dijo Mart—. Obviamente, nunca se te ha ocurrido pensar en el papel tan crucial que la venta juega en nuestra sociedad. Mira la silla en la que estás sentada, la mesa en la que has apoyado los codos, el archivo, las tarjetas, sin hablar de los libros; están en esta biblioteca exclusivamente porque alguien los ha vendido y algún otro los ha comprado.

—Guau, tienes razón —dijo Trixie—. Nunca había pensado en eso. Yo pensaba que cuando alguien necesitaba algo salía y lo compraba, igual que hago yo.

—Eres una ingenua —dijo Mart—. Tú «sales y lo compras», ¿no? Y dime, ¿a quién preguntas los precios, los colores o los estilos?

Trixie suspiró, confirmando su derrota.

—A un vendedor —admitió.

—Precisamente. ¿Y esa persona nunca te aconseja que te lleves lo más caro, o esto que está de oferta, o un par de medias que hagan juego con los zapatos nuevos?

Trixie asintió sin hablar; Mart ya sabía lo que habría contestado.

—Ahí está el arte de la venta. Una carrera provechosa y, verdaderamente, todo un arte. Y eso es lo que hemos venido a aprender. Ahora —dijo levantándose de la mesa con su lista de libros en la mano—, mientras veo si podemos contar con estos libros, ¿por qué no echas un vistazo a las revistas especializadas? Puede que allí haya algo más breve, pero más actual.

Trixie obedeció y fue al estante ocupado por «La Guía del Lector de las Revistas Periódicas». Mart había dicho que quería obtener información más actual de las revistas, así que, sin prestar atención a los números de otros años, acudió a los volúmenes de los últimos meses. Buscó en el índice «Ventas, Vender» y, como subcategoría, «Promoción de Artículos». Había cinco o seis artículos que le parecieron provechosos. Anotó el nombre de la revista, la fecha, el volumen y la página del artículo en la tarjeta de la Biblioteca. Se la presentó luego a la bibliotecaria, que le indicó que esperase unos minutos.

Trixie esperó, impaciente, ante el mostrador. Como le pareció que podían malinterpretar tanta impaciencia, optó por sentarse junto al archivo de referencias. Sacó uno de los volúmenes verdes de «La Guía del Lector» y lo hojeó al azar.

Investigar no es tan duro —pensó—. *Al menos, si el tema es interesante. Ahora me explico cómo Jane Dix-Strauss obtuvo toda esa información sobre los incendios tan deprisa*. Al recordar eso, pasó al primer volumen y buscó el título de «Incendios provocados». Un mes antes le habría sorprendido la cantidad de artículos escritos sobre el tema. Ahora ya sabía muy bien que era un delito muy común. De alguna forma, sin embargo, un artículo le llamó la atención.

—«Anatomía de un Incendio», por Jane Dix-Strauss —leyó Trixie en voz alta—. ¡Pero… la revista que publicaba el artículo era bastante famosa! No cabía duda de que la Biblioteca tendría un ejemplar. Trixie rellenó otra tarjeta y se la presentó de nuevo a la bibliotecaria.

Cuando le entregaron la revista, Trixie se marchó precipitadamente, y casi se olvida de coger las revistas que había pedido antes. Encontró una mesa apartada y buscó el artículo que la nueva periodista del Sun había escrito hacía un par de años.

Trixie tuvo la sensación de haber leído el artículo antes. Datos y opiniones coincidían con los que Jane Dix-Strauss había anotado en su artículo sobre el incendio de la procesión de las antorchas.

Lo que más le interesó a Trixie fueron las entrevistas que Jane Dix-Strauss había mantenido con personas involucradas en los incendios. Algunos estaban en la cárcel por ello. Otros, en cambio, confesaban haber provocado incendios, ¡pero al mismo tiempo se

jactaban de que jamás los habían capturado!

Trixie reunió todas las revistas y fue adonde estaba Mart. Ante él tenía un montón enorme de libros sobre ventas, y los estaba hojeando rápidamente, tratando de escoger unos pocos, porque le sería imposible llevarse todos ésos en la bicicleta.

—¡Mart, mira esto! —dijo Trixie, poniéndole la revista delante.

Mart leyó en silencio un momento.

—Ejem —dijo al fin—. Muy interesante. Como de costumbre, has estado husmeando. Yo diría que has hecho un buen trabajo: ahora sabemos cómo se las ingenió Jane Dix-Strauss para reunir tantos datos en tan poco tiempo.

—No te enteras, Mart —le dijo Trixie indicándole que bajara la voz—. No creo que este artículo resuelva el misterio; al contrario, origina otro. Mira… Jane Dix-Strauss escribió este artículo, para esta revista, hace dos años. ¡Y menuda revista! ¿Cómo te explicas que haya caído en un periodicucho como el Sleepyside Sun? ¡Y encima, en toda la historia de nuestra ciudad no había ni un solo caso de incendio provocado… y pocas semanas después de llegar ella, mira por donde, se produce uno! ¿No es una coincidencia un poco rara?

—Pues sí —dijo Mart—. ¿Y has averiguado algo del tema que nos ha traído aquí… de las ventas?

Trixie dejó caer las otras revistas encima de la mesa, delante de su hermano.

—¿Tienes cambio? —le preguntó—. Quiero sacar una copia de este artículo.

—Distraídamente, porque ya se había concentrado en los artículos que traían las revistas sobre las ventas, Mart metió la mano en el bolsillo y le dio unas monedas a su hermana. Cuando ella volvió con el artículo fotocopiado, él ya había devuelto la mayoría de los libros y todas las revistas. El resto se lo metió en la mochila.

—Con lo que he seleccionado, ya tenemos por donde empezar. ¿Nos vamos? —propuso.

—Como quieras —contestó Trixie, que tenía unas ganas tremendas de enseñarle el artículo a la única persona en el mundo que podía sentir lo mismo que ella.

Vendedora y sabuesa • 9

—¿Y bien, Honey? —preguntó Trixie cuando su amiga leyó el artículo—. ¿A ti te parece una coincidencia?

—No —dijo Honey—. Pero tiene que serlo. De lo contrario… quiero decir, no creerás que Jane Dix-Strauss en persona hizo arder todo eso, sólo para tener algo para escribir. ¿O sí?

—Bueno —admitió Trixie.

La pregunta directa, sincera, de su amiga hizo que comprendiese lo absurdo de sus sospechas.

—Supongamos que fuera verdad… ¿Qué podemos hacer nosotras? —preguntó Honey.

Trixie no contestó concretamente a Honey. La respuesta la dedicaba a todas las sospechas sin pruebas, indemostrables, que la habían acosado durante todo el día.

—Todo lo que podemos hacer es vender camisetas —dijo desolada.

Para sorpresa de Trixie, lo de vender camisetas se convirtió en algo fascinante durante aquel verano. Brian hizo la primera venta, y fue bastante buena. El campamento de verano en el que Mart y él habían trabajado de monitores encargó doscientas camisetas; en todas había que grabar el nombre del campamento y su símbolo.

—Ajá —dijo Brian, anotando el pedido en la tarjeta de encargos que Nick les había dado—. Puede que se me canse la muñeca de escribir tanto, pero valdrá la pena… ¡la de horas de pintura que me quitaré de encima!

Trixie iba a decirle algo… y eso que aún no sabía qué, cuando sonó el teléfono.

Me salvó la campana —pensó al ir a cogerlo.

—Hola, soy yo —dijo Jim.

Estaba tan contento que Trixie supo enseguida lo que iba a decir.

—¡Tengo un pedido! ¡Los Grandes Volantes quieren treinta camisetas con sus correspondientes gorras! No está mal, ¿eh?

—Nada mal —contestó Trixie con desgana—. Pero ¿quiénes son ésos?

—Los Grandes Volantes son un equipo de béisbol que mi padre patrocina —dijo Jim—. Los Grandes Volantes[2] de Matthew Wheeler… ¿Coges el chiste?

—Lo cojo —dijo Trixie sin mucho entusiasmo.

—Y yo el pedido —le dijo Jim—. Pero no debo dormirme en los laureles. Un pedido no bastará para librarme de pintar el cobertizo.

Trixie regresó al salón para comunicar a sus hermanos las buenas nuevas de Jim.

—Pero no creo que sea justo —dijo—. Los pedidos de Jim y los tuyos vienen de amigos. No deberían contar.

—¿Y por qué no? —preguntó Brian.

—Pues porque… es más cuestión de caridad que del arte de la venta —dijo Trixie.

—¿Y tú crees que la gente del campamento me ha comprado doscientas camisetas si no las necesitaban, sólo porque yo fui monitor allí? —repuso Brian.

—La relación personal es decisiva a la hora de vender el producto —dijo Mart—. De hecho, ésa es una de las reglas fundamentales de la profesión, según los libros que he consultado. Allí se recomienda al vendedor novato que haga una lista de las personas que conoce. Ahí cabe incluir a los que sean del mismo club, del mismo vecindario, y hasta… o quizás especialmente… a los que compran cosas. Los agentes de seguros tratan de hacerles uno a los que le venden el coche, y éstos a los que le vendieron la casa, y así hasta el final.

—Ah, pero yo no tengo ni seguro, ni coche, ni casa, conque… ¿de qué me sirve tu teoría? Yo no conozco a nadie —dijo Trixie.

—Venga, venga —dijo Brian—. ¿La sabuesa de Trixie? Tú conoces a más gente que todos los demás juntos. Lo que pasa es que te da miedo salir a vender.

—¿Miedo? ¿Yo? —preguntó Trixie indignadísima. Pero entonces bajó la vista y dijo—: Tienes razón. Estoy un poco asustada. No puedo evitar pensar que la gente me cerrará la puerta o se reirá de mí en mi propia cara.

—De ningún modo —dijo Brian—. ¿Te digo cuál es tu problema? Que no miras por dónde viene la pelota.

—¿Eh?

Trixie arrugó la nariz y miró a su hermano mayor. Había aceptado ese consejo para aprender a jugar al béisbol y al golf. Pero ¿qué tenía que ver eso con las ventas?

—En este caso —explicó Brian— la pelota es el producto… las camisetas y las gorras de Nick. ¿Tú crees que son buenos productos?

—¡Por supuesto! —dijo Trixie.

—¿Y los precios son razonables? —preguntó Brian.

—Sí, desde luego —dijo Trixie.

—¿Y crees que Nick entregará el pedido puntualmente? —continuó Brian.

—¡Estoy segurísima! —dijo Trixie.

—Entonces, si llamas a alguien y le ofreces un producto bien hecho, a buen precio, y que recibirán en cuanto lo necesiten, ¿quién te va a cerrar la puerta? —concluyó Brian—. A eso me refería con lo de no quitar el ojo a la pelota. El miedo te entra cuando piensas más de la cuenta en ti misma y poco en lo que intentas vender.

—Ya lo entiendo, Brian. ¡Gracias! —dijo con una sonrisa.

Trixie dio la espalda a sus hermanos y fue al teléfono; lo cogió sin pensar más y marcó un número que le era familiar.

Al cabo de unos minutos estaba de regreso, resplandeciente.

—Bueno, ya está —dijo—. Tengo mi primer pedido.

—Estupendo, Trixie —dijo Brian espontáneamente—. ¿De quién es?

—De Bruce Becker, del Banco de papá —contestó ella—. Es el capitán de su equipo de béisbol. El año pasado me di cuenta de que tenían los uniformes un poco viejos. Cuando llamé para preguntarle si les interesaban unas camisetas de manga corta me lo agradeció efusivamente. ¡Esto de vender está chupado!

Trixie miró a sus hermanos, esperando su felicitación, pero ellos parecían más enfadados que orgullosos.

—Nuestra hermanita la sabuesa ha llegado al corazón del secreto del arte del vendedor —dijo Mart—. Ningún cliente estará a salvo de sus garras a partir de ahora.

—Eso me pasa por irme de la lengua —comentó Brian—. Por lo menos podría haber esperado a explicárselo todo después de llamar a Bruce Becker. Lo tenía en mi lista.

—Ay, Brian, lo siento —dijo Trixie—. Debería habértelo

preguntado antes de llamar al Banco. ¿Quieres que te anote a ti el pedido?

—Ni hablar, Trixie. La venta es tuya, el pedido también. Todo vale en las ventas y en la guerra —comentó Brian—. No digas a nadie a quién vas a llamar. Eso sí, deberíamos decirnos a quién hemos llamado ya, si no queremos volver loco a cualquiera con lo de las camisetas.

—Lo que tú digas —dijo Trixie alegremente al sentarse a la mesa para anotar el pedido.

Los Bob-Whites consiguieron muchos pedidos en los días siguientes. Siguiendo el consejo de Mart, pensaron en un montón de gente que podría necesitar sus productos.

—Parte del éxito está en que es una buena época —dijo Trixie a Nick una noche, cuando le entregó los pedidos—. Ahora empieza la temporada para casi todos los deportes, y los equipos comprueban lo estropeados que tienen los uniformes del año anterior. Y tampoco creo que sea ésta la única razón. Yo diría que muchos de ellos hacen sus encargos para ayudar a tu padre, Nick. Casi todos me preguntan qué tal le va y me dicen que se alegran de que el incendio no le haya dejado en la ruina.

—La gente se está portando muy bien con nosotros —reconoció Nick—. Hasta recibimos llamadas directas, para encargarnos camisetas y gorras. Incluso el señor Slettom nos ha pedido camisetas para el equipo de béisbol que su tienda patrocina.

—¡Qué bien! —dijo Trixie y, sin aguardar su respuesta, añadió —: ¿Y qué tal lo lleva tu padre, Nick?

—Está mejor, creo —dijo Nick—. El trabajo le tiene apartado de las preocupaciones. Además, respecto a todos esos pedidos… él se siente muy responsable a la hora de cumplir con sus clientes, como para dejar que le distraigan sus problemas.

—Eso es justo lo que queríamos, ¿no? —dijo Trixie—. Bueno, más vale que no tenga ocupada la línea mucho más. ¡A lo peor hemos perdido algún encargo de cien camisetas en este rato!

Trixie oyó reír a Nick antes de colgar. Se volvió y dio un paso, pero en ese momento sonó el teléfono.

—¿Dígame?

—¿Oiga? —contestó una voz desde el otro extremo del hilo—. ¿Sois vosotros los que estáis vendiendo esas camisetas?

—Sí —dijo enseguida Trixie.

—Muy bien, yo quisiera hacerte un pedido de treinta camisetas, y que ponga «Torneo Clásico Carlson de la Herradura». ¿Podré tenerlas para el 4 de julio?

—¡Cielos! —exclamó Trixie—. Pero ¿tiene usted idea de cuánto le va a costar?

—Pues no —dijo la voz—. Por eso te llamo a ti.

Trixie vaciló un segundo. ¡Menuda vendedora estaba hecha! Ahora, fuera cual fuera el precio, al cliente le parecería desorbitado. Muy nerviosa, se aclaró la garganta y se puso a hacer cálculos rápidamente. La cantidad resultante era astronómica; al comprador así le pareció cuando oyó el precio.

—¡Qué lástima! —dijo—. Yo que quería hacer algo especial para el torneo de este año… Pero no puedo pagar tanto dinero. Es una cosa de familia.

Al ver que el cliente hablaba con toda franqueza, Trixie se olvidó de sus nervios.

—Quizá haya algo que podamos hacer —dijo—. ¿Y unas gorras? Son menos caras.

—Yo quería que llevaran algo escrito —dijo el hombre.

—Podemos grabar lo que usted quiera en las gorras —le dijo Trixie.

—No creo que quepa «Torneo Clásico de la Herradura» —señaló el posible comprador.

—Es verdad —admitió Trixie—. Pero podríamos abreviarlo… algo así como «CC» y el año. Los participantes del torneo sabrán a qué se refiere y, cuando se la pongan después y la gente les pregunte, siempre podrán explicárselo.

—Parece una buena idea —dijo el señor entusiasmado—. ¡Anótalo!

—¡Perfecto! —dijo Trixie muy contenta.

Trixie relató a Honey el incidente esa tarde, mientras iban en bici a Sleepyside.

—Ya nos avisó Brian el primer día —concluyó—. Si llego a entender lo que mis clientes andan buscando y cómo mi producto puede ayudarles a resolver el problema, no me pongo nada nerviosa.

—De todos modos, estuviste muy bien al ofrecerle lo de las

gorras, sabiendo que las camisetas le saldrían carísimas —dijo Honey.

—Tú sí que llevas buena marcha —dijo Trixie—. ¡En este momento vas en cabeza en el concurso!

—Bah, pura suerte —dijo Honey con su acostumbrada modestia —. Me puse a llamar a todos los del colegio que me pareció que estarían en algún equipo. Pero cuando de verdad di un buen tirón fue cuando esa mujer me hizo un pedido de setenta y cinco camisetas de manga corta para su reunión familiar. En todas pondrá «El orgullo de ser un Bartikowski», y claro, con todas esas letras, ya soy la primera.

—¡Uf! —dijo Trixie—. Confío en que nadie pida la talla más pequeña. No cabría tanta letra en la camiseta. Habría que poner las letras que sobrasen en un pañuelo, y coser el pañuelo a la camiseta.

La idea hizo que las dos amigas se echasen a reír, hasta tal punto que tuvieron que parar las bicis y descansar un rato. Cuando reemprendieron el camino, Trixie dijo:

—Creo que esta noche todo esto me parecerá real por primera vez. Cuando vayamos a casa de Nick, veré mis primeros pedidos. Y luego haré mi primera entrega.

—Todo va sobre ruedas —añadió Honey—. ¿Verdad que la idea de Bruce Becker es fantástica? Me dijo que llevara las camisetas al campo de béisbol justo antes del partido, para que sea una sorpresa.

Trixie y Honey tuvieron que ir a una buena velocidad para ir a casa de Nick, recoger las camisetas y llegar a tiempo al campo de béisbol. Le entregaron a Bruce Becker las dos bolsas; él reunió a su equipo y, con gesto ceremonioso, sacó una de las camisetas.

Todos aplaudieron la idea y todos lucharon por su camiseta. Hubo un jaleo de mil demonios hasta que cada cual encontró su talla. Luego se quitaron las viejas camisetas y se pusieron las nuevas.

A los pocos minutos, el equipo resplandecía con su uniforme azul.

—Bueno, Trixie, si nuestro juego llegara a ser tan brillante como nuestro aspecto, no podemos perder —le dijo Bruce Becker.

Trixie y Honey se quedaron a ver el partido. Y, efectivamente, los Banqueros de Sleepyside derrotaron al otro equipo sin ninguna dificultad.

Al final del encuentro, los Banqueros se pusieron a gritar «camisetas», «camisetas», «camisetas»; Trixie casi se muere de risa.

—Bueno, ya está —dijo Trixie, de regreso para casa—. Mi primera venta, mi primera entrega y mis primeros clientes satisfechos.

—Si todo nos sale tan bien, no vamos a querer dejar de vender en la vida —dijo Honey.

Las dos volvieron en sus bicis por la ciudad, hacia Glen Road. La tarde era cálida y apenas soplaba la brisa.

De pronto, Trixie golpeó el manillar de su bicicleta.

—Honey, se me acaba de ocurrir una idea. Tú no has visto la tienda del señor Roberts desde el incendio. ¿Y si nos pasamos por allí, de camino a casa?

—¿Crees que es una buena idea, Trixie? —preguntó Honey—. Está empezando a anochecer, y la tienda no está en la mejor zona de la ciudad, precisamente.

—Todavía no está oscuro —dijo Trixie—, y no tardaremos ni un minuto.

—Bueno —tartamudeó Honey. Era curiosa y también incapaz de resistirse, por mucho tiempo, a los deseos de su mejor amiga—. De acuerdo —dijo finalmente.

Pocos minutos después, las dos chicas contemplaban el edificio incendiado.

—Parece mentira que siendo tan pequeño haya producido una explosión tan grande —dijo Honey.

—También ha creado grandes problemas —añadió Trixie—. La otra vez que estuve aquí, Brian dijo que hace falta tiempo para acostumbrarse al fuego. Pero conmigo no hay manera. Cada vez me parece más irreal y más ridículo.

—¿Ridículo? —repitió Honey—. No veo qué le encuentras de ridículo a esto.

—No es que el incendio fuese ridículo —dijo Trixie—. Me refiero al lugar del incendio. Este edificio es demasiado pequeño para que merezca la pena cobrar el seguro. Está en una zona tan mala que nadie querrá reformarlo. Y está demasiado destartalado como para que alguien quiera vengarse. ¿Quién se iba a molestar en quemarlo?

—No lo sé —admitió Honey. Al ver que Trixie se bajaba de su

bici y ponía el caballete, añadió—: ¿Qué haces?

—Voy a echar otro vistazo —dijo Trixie—. Tú dijiste que si existiese alguna otra prueba contra Jane Dix-Strauss, la encontraríamos. Para ello, habrá que buscarla, ¿no?

—Pero tú dijiste que no nos entretendríamos demasiado —recordó Honey a su amiga—. Está oscureciendo muy deprisa. Nick dijo que había ratones cuando había gente en el edificio. Ahora que está deshabitado, probablemente haya ratas… puede que hasta murciélagos —añadió Honey estremeciéndose—. Por favor, Trixie. Podemos volver mañana, cuando sea de día.

—Qué tontería, Honey —dijo Trixie—. Para llegar hasta aquí hay que dar un buen rodeo. Además, ya tenemos bastante jaleo con las ventas y con el trabajo de casa. No nos daría tiempo. Sólo quiero echar otra ojeada. ¿Te vienes conmigo, o esperas aquí?

Honey frunció el ceño.

—Ninguna de las dos cosas —dijo—. Quiero irme a casa.

—Y nos iremos —dijo Trixie—. Sólo serán diez minutos… ni uno más, lo prometo. ¿Me acompañas?

—No —dijo Honey.

La cabezonería de su amiga le había puesto de mal humor, y además estaba asustada.

Trixie notó que estaba furiosa, pero no supo cómo evitarlo. Una fuerza irresistible la arrastraba a ese edificio desierto, destartalado.

—Volveré enseguida —dijo tratando de no echar más leña al fuego.

Con mucha cautela, Trixie fue hasta el callejón, que estaba detrás del edificio. Iba a doblar la esquina, pero de pronto se quedó paralizada; sintió que tenía el corazón en la boca: en el callejón había dos personas.

Se refugió en la sombra del edificio y las observó. Estaban frente a frente, hablando, aunque Trixie no podía oír lo que decían. La persona de la izquierda era un hombre… un hombre corpulento, alto y fornido. Llevaba una cazadora, con el cuello subido tapándole la cara.

La persona de la derecha era una mujer. Trixie ahogó un grito al reconocerla. Forzó la vista para asegurarse.

¡La mujer que había allí, detrás de la tienda del señor Roberts, era Jane Dix-Strauss!

¿Saldando cuentas? • 10

TRIXIE pestañeó y volvió a mirar. Ya no le cabía la menor duda. Incluso entre tinieblas, la figura esbelta y los cabellos rizados y oscuros de la reportera resultaban inconfundibles.

Antes de que Trixie tuviera tiempo para preguntarse qué hacer, Jane Dix-Strauss elevó de pronto la voz, y la brisa que soplaba hacia donde estaba Trixie permitió que pudiera oírla.

—Vale —dijo—. Entonces, ya está. Si necesito alguna otra cosa, te llamo.

Mientras hablaba, la periodista se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un objeto.

Un trozo de papel plegado —pensó Trixie—. *O tal vez… sí, claro… un sobre*.

El hombre murmuró algunas palabras inteligibles. Como le daba la espalda, a Trixie sólo le llegaba el sonido de su voz, pero no las palabras. Él cogió el sobre y se lo guardó en un bolsillo interior de su cazadora.

Trixie observaba todo como si estuviera presenciando la escena de alguna obra de teatro. Poco a poco, se dio cuenta de que aquí nadie representaba ningún papel. Todo era real, y eso significaba que ella estaba espiando, cotilleando. Creyó que por educación debía toser o hacer algún ruido, para que esas dos personas supieran que estaba allí. Parecía justo. Pero, al pensar en sus encuentros previos con Jane Dix-Strauss, la idea de que esa joven e impulsiva mujer apreciara su buen tacto le pareció ridícula. Lo más probable es que se pusiera a insultarla por indiscreta. Puede que hasta exigiera saber cuánto tiempo llevaba ahí y qué había visto u oído.

O a lo mejor quiere saldar cuentas conmigo también —pensó Trixie.

Esa idea la asustó. En alguna parte de su cerebro había surgido la asociación de ese sobre con dinero.

¿Será eso? —se preguntó—. *¿Estará pagándole Jane Dix-Strauss a ese hombre por algún trabajito? ¿Pero qué clase de trabajito?*

Todas estas cavilaciones hicieron que Trixie se olvidara de hacerse notar por los otros dos. Y muy pronto el problema desapareció.

—¡Trixie! —oyó de pronto en un tono muy bajito, desde la acera de delante del edificio—. ¡Trixie, ya está muy oscuro! ¡Vámonos!

Trixie permaneció inmóvil; sus oídos atendían a la llamada de Honey, pero sus ojos seguían clavados en Jane Dix-Strauss y en el hombre misterioso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la mujer.

Trixie esperó lo justo para ver a los dos volviéndose hacia ella. Ahora… de nada le serviría seguir allí. La iban a pillar. Tan deprisa y tan sigilosamente como pudo, regresó al lado de Honey.

—Tenemos que salir de aquí —dijo a su amiga.

Luego cogió su bici y quitó el caballete con torpeza, después de engancharlo tres veces con el pedal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Honey.

—No puedo explicártelo ahora —dijo Trixie, montándose en la bici y pisando el pedal—. Pero date prisa… hay que largarse de aquí cuanto antes.

Honey no hizo más preguntas. En un instante se subió a la bici. Las dos se fueron deprisa, inclinadas sobre el manillar para aumentar la velocidad.

Trixie fue la primera en llegar a Main Street, y después se dirigió a Glen Road. Ya era noche cerrada. Para no correr riesgos, Honey se puso detrás de su amiga, junto al arcén. Eso era lo correcto… Trixie lo sabía muy bien. Por una vez, sin embargo, Trixie hubiese preferido que su amiga se olvidara de las normas básicas de seguridad y se pusiese a su lado… ¡si no le contaba enseguida lo que había visto le daba algo!

Las chicas fueron directas a Crabapple Farm. Subieron corriendo las escaleras, confiando en que Mart, Brian o Bobby no les salieran al paso. Y al cabo de unos segundos se encontraron a solas en el dormitorio de Trixie, con la puerta cerrada.

Honey se dejó caer en la cama y dijo a su amiga:

—Bueno, Trixie, suéltalo. ¿Qué te pasó en ese callejón?

—No te lo vas a creer, Honey —dijo Trixie, echándose boca abajo al lado de su amiga.

Entonces cerró los ojos y reconstruyó la escena mentalmente.

—Al ir a doblar la esquina, me quedé parada; había dos personas en el callejón. Una de ellas era un gigantón; la otra era más pequeña: una mujer que ya conocía. Y que tú conoces también.

Trixie abrió un ojo para ver la impresión que iban haciéndole a su amiga sus palabras. Ahora que estaba fuera de peligro, disfrutaba contando lo sucedido.

—¿Quién? —preguntó Honey con impaciencia.

—La reportera estrella del Sleepyside, ¿quién si no? —dijo Trixie.

—¿Jane Dix-Strauss? —preguntó su amiga estupefacta.

—Exacto —dijo Trixie.

—¿Y qué hacían allí atrás? —preguntó Honey.

—Bueno, al verlos, creí que sólo estaban charlando, pero no pude oír lo que decían. Pero entonces…

Al llegar a este punto del relato, Trixie se incorporó, para narrarlo con gestos explicativos.

—Jane Dix-Strauss dijo: «Entonces, ya está. Si necesito alguna otra cosa, te llamo». Luego sacó algo del bolsillo… un sobre, y se lo entregó a ese individuo, que se lo guardó.

Cuando Trixie acabó, el silencio inundó la habitación.

—¿Y entonces? —preguntó Honey al fin.

Trixie la miró asombrada.

—Pero Honey, ¿no lo entiendes? ¡Le estaba pagando el trabajito!

—¿Pagándole? —repitió Honey, no muy convencida.

—¡Pues claro! —prosiguió Trixie—. Jane Dix-Strauss está en el callejón de detrás del edificio incendiado, con un tipo misterioso. Le pasa un sobre. A mí no me parece una cosa tan normal… bien podría habérselo enviado por correo. Tenía que ser algo que ella quisiera que se mantuviera en secreto… como un pago por algo. ¿Y qué iba ella a estar pagando detrás de la tienda del señor Roberts?

—Unas fotografías —se le ocurrió decir a Honey.

—¡Fotografías! —dijo Trixie—. ¿Con lo oscuro que estaba? Además, Jane Dix-Strauss saca sus propias fotos. ¿No te acuerdas

del susto que nos dio con su flash en la procesión del Día de los Caídos?

—Bueno, entonces, ¿qué?

Honey estaba llegando al límite de su paciencia.

—Yo creo que estaba pagando al pirómano —dijo Trixie en un murmullo.

—¿Qué?

Honey apenas pudo articular esa palabra.

—Bueno, piensa un poco —le sugirió Trixie—. Jane Dix-Strauss ya es una experta en incendios provocados. Nada más llegar aquí, hay un incendio en Sleepyside. Como resultado, la nueva reportera consigue un artículo en primera página sobre su tema favorito y se convierte en la estrella del periodismo local, de la noche a la mañana.

—Entonces, ¿tú crees que pagó a alguien para que prendiese fuego a la tienda del señor Roberts? —preguntó Honey, todavía no muy convencida.

—Ya sabemos que ella conoce a varios incendiarios —dijo Trixie —. Citó a un grupo de ellos en aquel artículo.

—Y también citó a un montón de bomberos y de policías —le recordó Honey—. A lo mejor estaba hablando con alguno de ellos.

—¿Y para qué iba a citarse de noche con un policía o con un bombero… y en ese callejón? —replicó Trixie—. Además, los bomberos y los policías trabajan para el Gobierno. No pueden recibir pagos de ningún periodista… eso sería soborno.

—Pero ¿cómo sabes tú que había dinero en ese sobre? No puedes estar segura —insistió Honey, que siempre sería fiel a su amiga, aunque le dolía no poder estar del todo de acuerdo con la versión de ella.

—Bueno, pues si no había dinero, ¿qué podía ser?

—Y yo qué sé —dijo Honey intrigada—. Puede que fuera una lista de preguntas que le estaba haciendo al oficial sobre el incendio.

—Entonces, ¿qué necesidad tenía de decir «si necesito alguna otra cosa, te llamo», si ya le había dado el sobre? A mí me pareció que el contrato debería concluir en eso y no quedar nada pendiente.

—Pero si el hombre fuese el incendiario —dijo Honey—, el contrato habría acabado hace varias semanas… en cuanto se

declaró el fuego, ¿no? ¿Cómo es que ha esperado tanto para pagarle?

Ahora le tocó a Trixie devanarse los sesos.

—Puede que Jane Dix-Strauss se haya negado a pagarle hasta ahora —dijo finalmente—. Él hizo mal su trabajo, ¿sabes?

Trixie se puso de rodillas encima de la cama, mientras iba elaborando su teoría.

—Yo creo que el fuego tenía que parecer accidental, y así, al demostrar Jane Dix-Strauss que había sido provocado, se convertía en la heroína de la ciudad. Entonces, cuando este hombre complicó las cosas, ella le dijo que no le pagaba. Pero entonces él la amenazó con darle una paliza o incluso matarla.

—Eso es posible, me figuro —admitió Honey—. Pero ¿y qué hay del botón que encontraste en el callejón? Si pagó a alguna otra persona para que prendiese fuego al edificio, ¿cuándo perdió el botón? ¿O es que el botón ya ha dejado de tener importancia?

Trixie hundió el rostro en la almohada. Los esfuerzos por convencer a Honey la habían agotado.

—Se lo contaremos a algún otro —propuso Honey—. Que yo no te crea no quiere decir que nadie vaya a hacerlo.

—Venga, Honey. Tú siempre eres la primera en creerme. Y a veces eres la única. Si tú no coincides en mi versión de los hechos, ¿crees que Jim iba a hacerlo? ¿O Brian? ¿O Mart? —dijo arrugando la nariz al mencionar a este último.

Pese a la seriedad de la situación, Honey se echó a reír.

—Aún si salieras con una teoría que dijese que el cielo es azul, Mart pediría más pruebas —comentó.

Trixie se rió también, sacudiendo la cabeza al mismo tiempo.

—Y Brian y Jim no son mucho mejores. Y con los adultos es muchísimo peor. Sólo les preocupa el que sea peligroso o no… en lugar de si es verdadero o falso.

—Cuando la verdad es que a veces les damos motivos de preocupación —reconoció Honey. Después de otra pausa preguntó —: ¿Y ahora qué, Trixie?

Trixie volvió a encogerse de hombros. De pronto, se incorporó de un salto.

—¡Ya lo tengo!

—¿El qué?

—Supongamos que tengo razón… que Jane Dix-Strauss pagó a un tipo para que provocase un incendio y así poder escribir el artículo más sensacional de la historia. Este incendio dejará de ser noticia tarde o temprano. ¿Qué pasará cuando todo el mundo se olvide de él?

—No creerás que va a provocar otro incendio, ¿verdad? —preguntó Honey desesperada.

—Otro incendio… o algo por el estilo —dijo Trixie.

—Pero Trixie, ¿cómo se te ocurre?

—Ah, no sé —respondió—. Si Jane no hubiese dicho eso de «si necesito alguna otra cosa, te llamo»…

Cuando Honey se marchó a su casa, minutos después, las dos amigas no habían decidido el plan a seguir.

A menos que el quedarse cruzado de brazos sea un plan de acción —pensó Trixie.

Permaneció en su cuarto con la puerta cerrada. No se fiaba ni siquiera de ella misma… temía no poder aguantarse y contárselo a sus hermanos, y a la vez no estaba dispuesta a soportar su desconfianza, que sería mucho mayor, y más sarcástica, que la de Honey.

Por una vez le alegró que llegara la hora de acostarse. Estaba segura de que dormiría como un tronco después de la carrera en bici. En lugar de eso, su sueño fue irregular. Se pasó la noche medio dormida, o mejor dicho, medio despierta, o mejor aún, medio despertándose de sueños que apenas conseguía recordar. Cuando ya amanecía, soñó con la noche del Día de los Caídos. Se vio de nuevo entre la multitud de Main Street. Volvió a oír las sirenas de los bomberos, vio otra vez las llamas elevándose hacia el cielo y vio que el camión de los bomberos luchaba por acercarse al incendio sin conseguirlo. En su pesadilla dio la espalda al camión de los bomberos y se tapó los oídos. De nada le sirvió… las sirenas se le metían en el cerebro.

Trixie despertó sobresaltada, y sintió un gran alivio al verse en su dormitorio, con la luz del sol entrando por la ventana.

Sólo ha sido una pesadilla —pensó tratando de tranquilizarse.

Entonces, de pronto, notó que no había sido solamente un sueño. Ahora que estaba despierta… ¡seguía oyendo las sirenas!

«Iremos a la policía» • 11

TRIXIE apartó la sábana, saltó de la cama, se puso los vaqueros y una camiseta, se mojó un poco la cara, se peinó apresuradamente y bajó corriendo las escaleras.

El ruido de las sirenas aún no había cesado. No le sorprendió, por tanto, ver a sus padres y a sus dos hermanos mayores escuchando la radio al llegar abajo.

—¿Qué ha sido? —preguntó—. ¿Qué…?

—¡Chitón! —ordenó Brian, advirtiéndole de que se callara.

—«… Es el segundo incendio de tal magnitud en Sleepyside en menos de un mes» —estaba diciendo el locutor de la radio.

—¡Oh, no! —dijo Trixie, dejándose caer en una silla y tapándose la cara con las manos.

Entonces le pareció que la voz del locutor sonaba todavía más odiosa.

—«… Se cree que el fuego empezó a las siete y media de la mañana, cuando no había nadie en la tienda, por lo que afortunadamente no hay que lamentar desgracias personales. Una patrulla de la policía descubrió el fuego y llamó a los bomberos, que llegaron inmediatamente al lugar del siniestro, pero las llamas se habían extendido con gran rapidez, provocando graves daños en el inmueble».

—¿Qué tienda? —preguntó Trixie, quitándose las manos de la cara.

Por toda respuesta recibió un «cierra el pico» de Brian, aunque el locutor le proporcionó la información deseada.

—«… La destrucción ha sido total, según el señor James D. Slettom, propietario de la tienda de electrodomésticos siniestrada» —dijo el locutor.

Trixie se estremeció.

—¿El señor Slettom? —repitió—. ¿Está hablando del señor

Slettom? ¿El mismo que tenía la tienda del señor Roberts?

De nuevo el locutor de radio le dio la respuesta.

—«… de forma que ésta es la segunda vez en un mes que una propiedad del señor Slettom ha sido pasto de las llamas. Sigan conectados a la emisora, donde les iremos dando información de los datos que nos vayan llegando».

Luego empezó un anuncio, y Mart se levantó a apagar la radio. La señora Belden se metió en la cocina a preparar el desayuno. El señor Belden subió a afeitarse y a terminar de prepararse para ir al trabajo… ya que con el asunto del fuego había interrumpido lo que estaba haciendo. Brian abrió la puerta para coger el diario de la mañana.

—Por lo menos este incendio habrá pillado por sorpresa a Jane Dix-Strauss, y el Sun no podrá sacar un artículo hasta mañana —dijo—. Eso debería hacerte feliz, Trixie.

Por primera vez, esa mañana, recordó la escena a la que había asistido la noche anterior: Jane Dix-Strauss y ese tipo misterioso, detrás de la tienda del señor Roberts. También recordó las preguntas de Honey: «Si ese hombre fuera el incendiario, ¿para qué iba a esperar tanto tiempo Jane Dix-Strauss antes de pagarle?».

Ella hasta entonces no había encontrado respuesta a esa pregunta. Pero esta mañana la explicación le pareció más clara que el agua. *¿Y si no le estuviera pagando por aquel incendio?* —dijo para sus adentros.

Trixie soltó un gritito sólo de pensarlo. Al ver que sus hermanos se volvían para mirarla, ella lo disimuló con un bostezo.

—Esas sirenas me han despertado en lo mejor de un sueño —dijo.

—Ya quisiera yo tener el privilegio de gozar de tan prolongados placeres —dijo Mart con gran ceremonia—. Pero yo, naturalmente, tengo problemas más apremiantes que atender. Espero, sin embargo, compensar mis esfuerzos cuando toque pintar el cobertizo.

Trixie le sacó la lengua. Se daba cuenta de que no era un argumento demasiado convincente, pero a esas horas de la mañana tenía la mente embotada y llena de cosas.

—Claro, vosotros dos os acostasteis muy temprano ayer, mientras que Honey y yo estuvimos dándole a los pedales.

Entonces aprovechó para contar a sus hermanos lo de la entrega de camisetas a los Banqueros de Sleepyside.

—Les encantaron las camisetas, así que muy pronto vamos a tener compradores por todos los lados —dijo haciéndose la interesante.

—Mmm —exclamó Brian, sentándose a la mesa que su madre les había preparado—. No es mala técnica. La tendré en cuenta. Yo me preguntaba dónde os habíais metido Honey y tú. Me alegro de que estéis trabajando en esto, en lugar de enredaros en algún misterio.

Trixie procuró concentrarse en remojar los cereales en la leche. Si Brian supiera que eso era exactamente lo que habían estado haciendo… No sabía si contárselo a él o a otra persona. Ella misma había prometido hacerlo, caso de que se produjera un nuevo incendio.

Pero sólo si el incendio hubiera sido provocado, cosa que no sé —reflexionó—. *Y eso es lo que Mari y Brian me dirían. Así que se quedarán sin saberlo… hasta que no conozca el caso*.

Al mediodía, Trixie ya sabía más de lo que quería saber. Los investigadores habían averiguado que el incendio había sido provocado. Al reconstruir el siniestro, vieron que alguien había entrado en la tienda forzando la puerta de atrás, había esparcido todos los documentos e inventarios de la oficina, y después los había prendido fuego.

Pero las noticias de la radio fueron todavía más graves.

—«… El señor Nicholas Roberts, que ya fue interrogado acerca del incendio anterior, siendo más tarde puesto en libertad, fue visto en las inmediaciones de la tienda de electrodomésticos Slettom a primera hora de esta mañana —anunció el locutor—. La policía está interrogando de nuevo a Roberts. Según fuentes fidedignas, Roberts no ha negado haber estado en esa zona, aunque sí niega haber provocado el incendio. La secretaria del señor Slettom le llamó y le pidió que acudiera a la tienda antes de la hora de apertura al público, según sus propias declaraciones. Parece que ella le dijo que, a pesar del incendio que había destruido su tienda, tema que firmar todavía un documento para cancelar el arrendamiento. El señor Slettom y su secretaria niegan haber llamado a Roberts, así como haber convocado esa reunión».

—Supongo que no creerán que el señor Roberts se inventó esa

historia, ¿verdad? —preguntó Trixie a sus hermanos.

Por una vez, Mart se quedó sin habla, y Brian prefirió no aventurar una opinión sobre lo que la policía pudiese pensar o no. Antes de que pudiera comentar nada, Helen Belden le avisó de que le llamaban por teléfono.

Sólo tardó unos momentos, pero al volver estaba pálido como la cera.

—Era uno de mis clientes —dijo con voz entrecortada—. Llamó para cancelar el pedido de veinticinco camisetas.

—Oh, no, Brian —dijo Trixie automáticamente. Al darse cuenta de que su hermano se había tomado demasiado a pecho la pérdida de una venta tan pequeña, preguntó—: ¿Y te dio alguna explicación?

—¿Y tú qué crees? —dijo Brian—. Según él, Nicholas Roberts era culpable, y no quería tratos con un delincuente.

—¿Qué? —exclamó Trixie—. ¡Pero eso es ridículo!

—Pues sí —dijo Brian—. Eso mismo le dije yo. Pero él no conoce al señor Roberts, ni a Nick, y no entiende dónde está la ridiculez del asunto.

La conversación volvió a interrumpirse… Esta vez requerían a Mart al teléfono. A Trixie se le hizo un nudo en la garganta.

Por favor, por favor, que no sea lo mismo —pensó—. *Un pedido nuevo, o alguna invitación a una fiesta… cualquier cosa antes que otra cancelación.*

Por desgracia fue otra cancelación. Trixie y Brian lo supieron incluso antes de que Mart dijera nada porque entró en el salón con la cabeza gacha y se desplomó pesadamente en su silla.

—¿Quién y cuántos? —preguntó Brian, algo más tranquilo.

—La zapatería de Shorty. Veinte camisetas y veinte gorras —dijo Mart sin más.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Trixie.

—No me hagas repetir la conversación —le dijo Mart—. Básicamente, lo mismo que a Brian.

Trixie suspiró y se levantó de un salto cuando el teléfono volvió a sonar. Imaginó que le tocaba a ella antes de que su madre la llamara.

—¡Trixie!

Y Trixie acudió al teléfono.

—Soy Jan Carlson —dijo la voz—. Pedí unas gorras para el concurso de hípica.

—Ya lo recuerdo —dijo Trixie.

Trató de mantener la calma, pero no le iba a facilitar las cosas.

—Lo he estado pensando, y me parece demasiado caro. No es más que una reunión familiar, después de todo. ¿No podría…?

Quisiera cancelar el pedido —concluyó precipitadamente.

—Vale —dijo Trixie—. Considérelo cancelado.

—Yo… lo siento —dijo el hombre.

Trixie se vio obligada a admitir que parecía sincero, pero encima no iba a consolarle.

—Adiós —dijo, colgando inmediatamente.

Regresó a la mesa decidida a contar a sus hermanos lo que había presenciado la noche anterior, en el callejón de detrás de la tienda del señor Roberts. Pero antes de que pudiera hablar, Brian tuvo que atender de nuevo el teléfono.

Trixie y él se levantaron al mismo tiempo.

—Muy bien —dijo—. Esto se va acabar.

Y, sin más explicaciones, salió de la casa dando un portazo, sacó la bici del garaje y fue tan deprisa como pudo hasta Manor House. Le abrió Celia y subió de dos en dos los escalones que llevaban al dormitorio de Honey.

—Vamos, Honey —dijo—. ¡A la policía!

Honey se incorporó en la cama, frotándose los ojos.

Ha estado llorando —pensó Trixie. En voz alta le preguntó—: ¿Ha llamado alguien para cancelar los pedidos?

Honey asintió.

—Dicen que el señor Roberts es culpable y que no quieren hacer tratos con un tipo así.

A Honey le temblaba la voz. Estaba desolada.

—A nosotros nos ha pasado lo mismo —le dijo Trixie—. Por eso quiero ir a la ciudad y contar a la policía que anoche vi a Jane Dix-Strauss en el callejón.

Trixie esperaba que su amiga protestara, como la noche anterior. Sin embargo, hoy Honey parecía más dispuesta a darle la razón.

—Vamos —dijo firmemente, mientras acompañaba a Trixie hasta la puerta.

Las dos fueron en las bicis hasta Sleepyside sin cruzar ni una palabra. Ambas querían llegar lo antes posible, y Trixie también quería pensar en lo que tenía que decir.

Dejaron las bicis enfrente de la comisaría y entraron. Trixie miró a su alrededor, en la sala de espera, y vio al señor Slettom allí sentado. Llevaba puesta otra chaqueta de colores chillones, pero se le veía triste, incómodo. Apoyada contra la pared, no muy lejos,

estaba Jane Dix-Strauss.

Ay, ay, ay —pensó Trixie—. *Yo que había cruzado los dedos para que no hubiese nadie aquí, y sobre todo ella*.

Quiso dar media vuelta y largarse de allí, pero se obligó a ir resueltamente hasta la secretaria.

—Me gustaría hablar con el sargento Molinson —dijo.

—¿Tu nombre? —le preguntó.

—Trixie Belden —dijo.

—Le diré que estás aquí —dijo la mujer.

Marcó un número de dos cifras y dio el recado.

—Dice que esperes —dijo a Trixie.

Trixie se quedó un momento de pie, apoyada en el alto mostrador. Prefería no darse la vuelta. Su ensayo mental para esta escena no había incluido el tener que esperar en una sala con la mujer a la que estaba a punto de acusar de contratar a un incendiario… y con el hombre a quien le habían quemado las tiendas.

Honey, que en esta clase de situaciones se sentía como pez en el agua, cogió por el brazo a Trixie.

—Ven —dijo, conduciendo a su amiga a la fila de sillas que había en la pared de enfrente del señor Slettom.

Se sentaron con las manos sobre el regazo y la cabeza baja. Era como si creyeran que, al no mirar a nadie, conseguirían de alguna forma volverse invisibles. Una voz a su lado indicó que su propósito había fracasado.

—Vosotras sois amigas del joven Nick Roberts, ¿verdad? —preguntó la voz.

Al mirar hacia arriba Trixie vio que el señor Slettom se había levantado para hablar con ellas.

—Qué lástima —dijo el señor Slettom sacudiendo la cabeza.

—¿Qué lástima que seamos amigas suyas? —preguntó Trixie confundida.

—No, no, no… qué lástima que Roberts provocara este segundo incendio. Del primero podía haber salido bien parado, pero ahora ha ido demasiado lejos.

—Entonces… ¿usted piensa que el señor Roberts es culpable? —preguntó Trixie con cierto miedo.

—Bueno, está claro, ¿no? —replicó el señor Slettom—. Ya sabéis

que yo creí en su inocencia la primera vez. Si hasta le ofrecí dinero para pagar la fianza, o lo que le hiciera falta. Pero ahora…

El señor Slettom se calló un momento. Estaba muy afectado.

—Ha ido demasiado lejos, eso es —afirmó rotundamente.

—¿Y por qué cree usted que iba a incendiar su tienda? —preguntó Trixie.

—Ojalá lo supiera. Puede que me haya cogido manía. Algunas personas se ponen así, ya me entendéis, cuando han trabajado en exceso, o han pasado por alguna depresión… Buscan a alguien a quien acusar, alguien en quien vengarse por todo lo que les ha pasado.

—Pero si el señor Roberts ya no tenía ningún problema cuando se produjo el primer incendio —comentó Trixie.

—A menos que el no poder mudarse a otra parte fuera la gota que colmara el vaso, si me permitís la expresión —señaló el señor Slettom.

—¿Es eso lo que va a decir a la policía? —preguntó Trixie.

—Por supuesto que no —dijo el señor Slettom indignado—. Puede que no me haga gracia que Nicholas Roberts prenda fuego a mis tiendas, pero tampoco voy a hundirle en el fango más de lo que ya está. Informaré a la policía sobre los hechos, y nada más. Y desde luego a esa señora no le diré ni una palabra —añadió mirando despectivamente a la periodista.

—Tenéis todos los motivos para estar preocupados —dijo el señor Slettom, otra vez triste.

—Bien, bien, bien —dijo otra voz—. ¡A quién tenemos aquí! ¡Si es la Agencia de Detectives Belden-Wheeler, que ha venido a visitarnos! ¿A qué debemos el honor?

Trixie se volvió; era el sargento Molinson, que salía de su despacho.

—Tenemos algo que decirle —dijo.

—Bueno, ¿y qué es? —preguntó.

Trixie miró, nerviosa, al señor Slettom, y luego a Jane Dix-Strauss, que la estaba mirando fijamente.

—¿Podríamos… podríamos hablar en privado?

—Trixie Belden, tengo entre manos dos incendios provocados sin resolver, unas mil llamadas que contestar, y un millón de cosas más, así que no puedo perder todo el día charlando con un par de

jovencitas aficionadas a los misterios. Decidme de qué se trata o marchaos de aquí —ordenó el sargento Molinson.

El sargento no solía estar tan antipático. Hoy, sin embargo, estaba de mal humor. Trixie sabía que tendría que hablar delante de todos o callar. Se aclaró garganta y dijo:

—¿Sabía usted que Jane Dix-Strauss ya había escrito un artículo larguísimo sobre incendios provocados antes de venir a Sleepyside?

—No, no lo sabía, y me alegro de que hayas resuelto el misterio de su excelente reportaje sobre el caso —dijo el sargento Molinson que, claramente, se estaba burlando de ella—. Y ahora, ¿alguna cosa más?

Trixie vaciló, a punto de rendirse. Entonces sintió a Honey a su lado, y esto le dio valor.

—Hace un par de semanas encontré un botón con las iniciales de Jane Dix-Strauss en el callejón, detrás de la tienda del señor Roberts. Luego, anoche, la volví a ver en ese mismo lugar. Había un hombre con ella, muy alto y muy fuerte; ella le entregó un sobre y dijo que le llamaría si necesitaba alguna otra cosa.

El discurso de Trixie estaba siendo torrencial. Cuando terminó, se había quedado sin aliento, y sentía la sangre correrle por las venas, en las sienes.

El sargento Molinson miró a las dos jóvenes detenidamente. Luego dio media vuelta y le gritó a Jane Dix-Strauss:

—¿Estuvo usted en ese callejón anoche?

Trixie saltó al oír eso. Entonces entendió que el sargento Molinson quería cogerla por sorpresa, para conseguir una respuesta espontánea.

Pero no funcionó el truco. A Jane Dix-Strauss no la alteró en lo más mínimo la actitud del sargento. Con calma, se apartó de la pared y se acercó al policía y a las dos chicas.

—Creo que esta jovencita se equivoca —dijo con firmeza.

—Pero si yo…

Trixie empezó a protestar, pero el sargento levantó una mano indicándole que se callara.

—¿Tú también la viste detrás de la tienda del señor Roberts? —preguntó el sargento a Honey.

—No —admitió Honey—. Pero sí que vi el botón —añadió, por si servía de algo.

—Mirad, chicas —dijo el sargento Molinson, muy cansado—. Yo quiero ayudar a vuestro amigo Nick Roberts, pero éste no es el modo de hacerlo. Si me decís que encontrasteis un botón de la señorita Dix-Strauss, os tendré que creer. No me extrañaría que hubiera ido allí a husmear, igual que tú —añadió dirigiéndose a Trixie—. Pero si ella dice que te equivocas, le creeré a ella. Y no tengo tiempo que perder —concluyó.

Después se encerró en su despacho, dejando a Trixie furiosa.

—Ven, Honey —dijo.

Las dos salieron de la comisaría, negándose a mirar en torno suyo por miedo a tener que enfrentarse al rostro apenado del señor Slettom o al gesto de triunfo de Jane Dix-Strauss.

Volvieron a casa en bici y se separaron al llegar a Crabapple Farm.

—Me figuro que más me valdrá ir a lo mío —dijo Trixie—. Ahora me sobra tiempo… ¿Para qué molestarse en vender camisetas?

—¿Vendrás a casa cuando termines? —preguntó Honey—. Quédate a dormir… hace siglos que no lo haces. La señorita Trask lo mencionó esta misma mañana.

Trixie recordó lo sola que se había sentido la noche anterior, al no poder contárselo todo a sus hermanos. Ahora era peor aún… no estaba dispuesta a publicar a los cuatro vientos la humillación sufrida en la comisaría.

—Vale —dijo a Honey—. Me pasaré después de la cena, si mamá me deja.

La señora Belden, que se había enterado de la cancelación de los pedidos, accedió enseguida a dejar que Trixie pasara la noche con Honey. La tarde pasó lentamente, pero pasó, y Trixie fue a Manor House.

De mutuo acuerdo, aunque ninguna de las dos dijo nada, esquivaron el tema del incendio, el del futuro del señor Roberts, y la venta de gorras y camisetas. Pero todo parecía llevarlas a esos temas… hasta el color que Honey había pensado para el cobertizo y el diseño que había dibujado para los nuevos estantes.

—¡Quedará precioso! —dijo Trixie—. Si es que conseguimos el dinero —añadió en voz baja.

Al llegar la hora de irse a dormir, todas esas ideas reprimidas

asaltaron a Trixie. La respiración pausada de Honey le indicó que su amiga dormía, pero ella fue incapaz de seguir tan buen ejemplo. En lugar de eso, se revolvía entre las sábanas. Finalmente, pasadas las doce, renunció al sueño y se levantó a mirar por la ventana. La noche era hermosa, estrellada. Trixie sintió que la calma volvía a su mente agitada.

¡Pero la calma se esfumó y el corazón le dio un vuelco, cuando vio que una sombra se metía en las cuadras de los Wheeler y cerraba la puerta después!

El auténtico sospechoso • 12

EN MENOS DE DIEZ SEGUNDOS, todo había terminado… la sombra había desaparecido, la puerta estaba cerrada y volvía a reinar el silencio. Lo que Trixie había visto le parecía ya un recuerdo lejano. Empezó a preguntarse si no habría imaginado toda la escena.

No puedo estar segura —pensó—, *pero sólo hay un modo de estarlo*.

Sin hacer ruido, de puntillas, buscó su ropa, que estaba en una silla. Se puso los vaqueros y la camiseta, y cogió sus zapatillas de deporte. La necesidad de hacerlo todo con sigilo la obligó a salir despacísimo de la habitación, recorrer el pasillo y bajar del mismo modo las escaleras.

Al cabo de lo que le parecieron horas, Trixie llegó a la puerta principal. Asió el mango de bronce firmemente y lo bajó con cuidado hasta sentir que la puerta cedía. Entonces la abrió, lista para detenerse tan pronto como la puerta chirriase. No lo hizo.

Por supuesto que no —pensó Trixie—. *Con todos los criados, si chirriase una puerta, no tardarían ni cinco minutos en descubrir la causa en Manor House*.

Trixie salió y cerró la puerta. Luego se paró a ponerse las zapatillas, manteniendo el equilibrio primero sobre un pie, luego sobre el otro.

Ay, ay —pensó—. *También podría haberme sentado para ponérmelas. Pero claro, eso me habría entretenido, y tengo tanta prisa… lo malo es que así he tardado el doble, manteniendo el equilibrio. ¿Aprenderé alguna vez?*

Por fin atravesó el trecho que la separaba de las cuadras sin más percances, sin haber despertado a nadie… y sin que la sombra abriese la puerta para salir.

Trixie se detuvo un momento para hacerse a la idea de lo que se iba a encontrar al otro lado de la puerta. Sabía que había un cuarto separado de donde guardaban los caballos. La puerta solía estar

cerrada, así que no había modo de saber si había o no había alguien detrás de la puerta. También, en ese cuarto, había un pequeño armario, en el que Regan metía sus herramientas de carpintero y lo que usaba para reparar el cuero. Ése era otro escondite perfecto.

Se limpió las manos, que tenía húmedas, restregándolas en el pantalón antes de coger el mango de la puerta de las cuadras. Confió en que el intruso estuviese en el cuarto de detrás de la puerta y en que no se hubiese escondido aún. Si actuaba deprisa, lo pillaría por sorpresa.

Teniendo eso presente, abrió la puerta de golpe y pulsó el interruptor de la luz, que sabía que estaba a la izquierda. Al dar la luz saltó a un lado.

Hubo un gritito, la paja crujió… alguien se volvió, ofreciendo a Trixie su rostro sorprendido, asustado.

—¡Jane Dix-Strauss! —dijo Trixie en un murmullo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La joven reportera se llevó la mano al pecho y dejó escapar un

largo suspiro.

—En este momento estoy tratando de recuperar el pulso. ¡Menudo susto me has dado!

Trixie no podía dar crédito a sus oídos. Jane Dix-Strauss parecía asustada al volverse, pero ahora su voz no denotaba ningún miedo.

—Me figuro que te gustaría que te dejara sola para poder provocar otro incendio —dijo Trixie—. Digo yo, si tu amigo está muy ocupado y no puede ayudarte.

El comentario, destinado a enfurecer a Jane Dix-Strauss, pareció divertirle. La periodista sonrió y dijo:

—Mi amigo, como tú le llamas, no va a hacer ninguna hoguera aquí esta noche. Ni yo tampoco. Pero el verdadero malhechor si que lo hará, a menos que tú le espantes.

—¿Insinúas que le has tendido una trampa al señor Roberts? —preguntó Trixie.

—No, en absoluto —dijo la reportera—. El señor Roberts no es el culpable. Eso lo he sabido desde el principio.

—Y entonces, ¿por qué escribiste ese artículo acusándole?

—Yo escribí los hechos, porque en eso consiste mi trabajo como periodista. Y los hechos con que contábamos acusaban al señor Roberts. Yo busqué otros indicios… los que pudieran probar su inocencia.

—Si hubiese podido hablar con el señor Roberts —continuó—, habría hecho las preguntas y conseguido las respuestas que acusaran al auténtico sospechoso. Pero su hijo me dijo que me largara de allí… ¿recuerdas?

—¿Y quién es el auténtico sospechoso? —preguntó Trixie, desconfiando aún.

—Ah, ¿no lo sabes? —replicó Jane Dix-Strauss—. ¡Si fuiste tú la que me diste la prueba definitiva!

—¿Tu botón? ¿Y cómo puede demostrarse por tu botón que alguna otra persona es quien provocó el incendio? —preguntó Trixie, hecha un lío.

—Yo no dije que fuera mi botón —dijo Jane Dix-Strauss—. Y no lo es, por eso es tan crucial.

—¿Y de quién si no? —dijo Trixie, montando en cólera—. Estaba grabado JDS. ¿Quién más…?

Se interrumpió en mitad de la frase y abrió los ojos como platos.

Jane Dix-Strauss asintió; Trixie lo había adivinado.

—Ahora ya sabes de quién se trata. Y con gusto te explicaré el qué, cuándo, dónde y por qué, como decimos los periodistas. Pero no ahora. Si te encuentra aquí, todo el plan se vendrá abajo. ¿Por qué no te marchas, por favor?

Trixie vaciló. Ya no recelaba tanto de Jane Dix-Strauss, pero su desconfianza no había desaparecido por completo. Y su pasión por el misterio seguía siendo tan incontrolable como siempre. Al fin dijo:

—Yo no me voy.

—Grrr —exclamó Jane Dix-Strauss metiéndose las manos en los bolsillos de su chaqueta, por miedo a que se le escapara alguna bofetada—. Muy bien, quédate… pero que no se te vea, ¿vale?

Trixie miró en torno suyo y resolvió meterse en el armario del rincón. Desde allí no vería nada, pero por lo menos podría oírlo. Para ello dejó la puerta entreabierta.

La reportera, de pronto, asomó la cabeza por la abertura.

—Una cosa más —dijo bruscamente—. Quédate donde no se te vea hasta que yo no te diga lo contrario. Voy a intentar conseguir pruebas que podamos usar en el tribunal. Yo sé cuál es esa prueba; tú no. Si sales a deshora, el incendiario quedará libre. Y no querrás eso, ¿verdad?

Trixie sacudió la cabeza y la periodista se alejó. Apagó la luz, y Trixie se encontró en medio de una oscuridad total. De vez en cuando oía el relincho de algún caballo, de los que guardaban al otro lado de la pared, y le llegaba también el olor de las cuadras.

La oscuridad, el relativo silencio, parecieron durar una eternidad. Finalmente, Trixie oyó el ruido de una puerta que se abría. Luego se percibió una luz… no la luz cegadora de las bombillas del cuarto, sino otra, más suave.

Debe de haber traído una linterna —pensó—. *Ay, ¿será de verdad él?*

—Conque al final ha venido —dijo la voz de un hombre.

Verdaderamente parece él, por la voz —pensó Trixie—, *pero no puedo estar segura*.

Sintió que el corazón se le ponía en la garganta; estaba nerviosísima, se moría de curiosidad. Entonces vio que un hilo de luz se filtraba en la oscuridad del armario.

¡Hay un agujero entre las tablas! —pensó emocionada.

Siguió el hilo de luz hasta su origen, cerca del suelo. Se agachó y acercó el ojo al agujero. Primero vio la espalda delgada de Jane Dix-Strauss. El hombre que acababa de entrar estaba enfrente de ella, y Trixie no podía verlo.

—Sí que he venido —dijo Jane Dix-Strauss—. ¿Acaso creía usted que iba a dejar pasar la oportunidad de entrevistar al causante de los incendios de Sleepyside?

Hubo un silencio en las cuadras. Trixie podía sentir la furia creciendo en el hombre, ante la impertinencia de la reportera. El hombre se volvió y Trixie pudo verlo.

Entonces se llevó una mano a la boca, para no gritar.

¡Sí que es! ¡Es el señor Slettom! —exclamó para sí.

—No recuerdo haber admitido que fuese yo el que provocara el incendio —dijo el hombre.

—No, es verdad —le dijo Jane Dix-Strauss—. Su secretaria llamó diciendo que usted tenía una información para mí. Supuse que, dado que había insistido en darme la información en plena noche, y en un lugar apartado, esta información vendría… digamos de primera mano.

—Se cree muy lista, ¿eh? —preguntó el señor Slettom sin aguardar la respuesta.

—Y usted también —dijo Jane Dix-Strauss—. Eso de echarle la culpa al señor Roberts fue muy astuto.

—Sí, bueno… eso sí que lo siento —dijo Slettom—. No podría permitir que lo detuvieran, ni que lo juzgaran. Es un buen hombre, y tiene un hijo y una mujer estupendos. Ya le digo, me puse nervioso. Temí verme obligado a confesar que había provocado esos incendios.

—Y ahí es donde aparezco yo, ¿no? —dijo Jane Dix-Strauss.

El señor Slettom había estado yendo de un sitio para otro mientras hablaba, de modo que Trixie no había podido verlo continuamente. Ahora se separó y miró a la periodista, sorprendido.

—También adivinó eso, ¿eh? —preguntó—. ¡Uf, es muy lista!

—Veamos lo lista que soy —dijo—. A usted le entró el pánico al oír a esa chica, Trixie, hablar con el sargento Molinson, esta mañana. Cuando dijo que había encontrado mi botón en el callejón de detrás de la tienda, usted sabía, naturalmente, que el botón era

el suyo, señor James D. Slettom. Y también sabía que yo sabía que el botón no era mío, y que muy pronto averiguaría de quién era.

—Pero la acusación de Trixie le dio una idea. Haría sospechar de mí otro poquito, igual que antes con el señor Roberts. Así le soltarían, y a mí no me metería en ningún lío muy serio. ¿Es así o no?

—Pues sí, casi exactamente —dijo en un tono en el que se adivinaba una cierta admiración—. Usted es demasiado nueva por aquí para saberlo, pero esa nena, Trixie, tiene la reputación de ser una detective muy buena. El sargento Molinson no la creyó hoy pero, cuando la encontrara a usted en la escena del tercer incendio, reconsideraría su opinión.

—¿Y no le preocupan las acusaciones que pueda hacerle yo? —preguntó Jane Dix-Strauss.

—Pues no —dijo Slettom muy despacio—. Mire, no creo que vaya usted a acusarme de nada. Supongo que ahí es donde ha fallado usted… eso de no meterla en ningún lío serio. Voy a tener que meterla en un lío muy gordo, uno del que no pueda escapar.

—¡No irá a matarme! —exclamó Jane Dix-Strauss con una frialdad que dejó a Trixie asombrada.

—Bueno, dicho así no suena muy bien. Digamos que no voy a salvarle el pellejo cuando el incendio empiece.

Desde su escondite, Trixie vio que Slettom levantaba de pronto el brazo y luego lo bajaba violentamente. Sonó un golpe seco, como si a Jane Dix-Strauss la hubieran golpeado con algo en la cabeza. La reportera pareció perder el conocimiento y cayó al suelo, donde Trixie no alcanzaba a verla.

Slettom se quedó un momento mirándola. La expresión de su cara hizo que a Trixie le diera un vuelco el corazón. Era una expresión siniestra, triste y alegre a la vez. Luego se agachó, y Trixie no pudo seguir viéndolo.

Al no poder ver lo que ocurría, Trixie aguzó el oído. Hubo unos ruidos familiares pero que sin embargo no logró identificar. Entonces Slettom se puso de pie, y Trixie vio que miraba de nuevo a Jane Dix-Strauss.

—Lo siento —dijo—. De verdad. Es la mejor forma… la única, aunque supongo que usted no lo entenderá así. Nicholas Roberts tiene una familia que le necesita. Y yo también. Usted no. Usted no

tiene familia ni amigos. Todo eso lo sé, ¿ve? Yo también he hecho mis averiguaciones. Todo lo que usted tiene es su trabajo, y ya habrá quien la sustituya cuando usted no pueda. Así que todo saldrá a pedir de boca.

Luego, vaciló un momento, como si realmente esperara que ella le diera su consentimiento.

El silencio hizo que Trixie se concentrase aún más en la situación. Notó el dolor en las piernas, de estar tanto tiempo agachada sin moverse. Y también notó un olor… algo que antes no había notado. Súbitamente, se dio cuenta de lo que era.

¡Fuego! ¡Ha prendido fuego a la paja!

La idea la asaltó justo cuando el cuarto volvió a la oscuridad. El pánico y la confusión se apoderaron de ella. ¿Se habría marchado Slettom? Distraída como había estado, no había oído cerrarse la puerta. ¿Debería ir corriendo a la puerta? ¿Convendría pedir ayuda? ¿Y si Slettom seguía allí? ¿Y si se hubiera quedado en medio de la oscuridad, para asegurarse de que el fuego no se apagaba, para asegurarse de que Jane Dix-Strauss no escapaba al destino que le había preparado? Trixie no iba a dejar que Slettom la cogiese a ella también.

Si llegara a sorprenderla, él se ocuparía de que tuviera el mismo final que la infeliz Jane Dix-Strauss. Y le vendría muy bien para su historia… Jane Dix-Strauss había tratado de impedir que Trixie hablara y, accidentalmente, ella había corrido la misma suerte.

Trixie fue de una idea a otra atropelladamente, y siguió allí, en el armario, agachada. Aguzó el oído; todo lo que oyó fue el chasquido de las llamas, que parecían extenderse. Dentro de poco no habría forma de controlarlo, en esas cuadras llenas de paja.

Tengo que arriesgarme —pensó. Se levantó y le entró miedo… Allí arriba, lejos del suelo, el olor del humo era mucho más fuerte. Abrió la puerta del armario y salió. Podía ver las llamas creciendo en un montón de paja, cerca de la puerta de las cuadras. Las llamas iluminaron las cintas del humo que subía, rizado, hacia el techo. Y también vio a Jane Dix-Strauss, inmóvil.

Una vez más, Trixie tenía que actuar… Slettom había prendido el fuego, naturalmente, cerca de la puerta. Si perdía demasiado tiempo tratando de levantar a la periodista, tal vez no conseguirían salir de allí. Ahora, si salía para pedir ayuda, lo más seguro era que

no pudiesen entrar… por lo menos a tiempo para salvar a la mujer, que yacía inconsciente. Podía intentar apagar el fuego ella sola, pero si fracasaba, dos vidas se perderían, así como las de los caballos.

—Iré a pedir ayuda —dijo en voz alta. Entonces se estremeció al oír su voz.

Se dio cuenta de que, en realidad, se había dirigido a Jane Dix-Strauss. Era una promesa, aun cuando la periodista no pudiese oírla.

Durante una fracción de segundo, Trixie sintió como si se hubiera quedado paralizada. El fuego se acercaba a la puerta rápidamente. Entonces decidió que lo mejor era salir corriendo de las cuadras, hasta Manor House, lo más deprisa posible. Se encomendaría a todos los santos para que alguien escuchara sus gritos.

No quiso gritar mientras corría hacia la casa. Esperaría hasta llegar a un punto desde donde pudieran oírla.

Al llegar a la casa, vio que se abría la puerta principal y que aparecían dos personas en el escalón de arriba.

—¡Jim! ¡Honey! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Fuego! ¡Socorro!

Dejó de correr y se volvió hacia las cuadras. Sus amigos se quedaron mirándola; se habían quedado de piedra.

—¡Deprisa! —insistió—. ¡Llamad a la policía! ¡A los bomberos! ¡Vamos!

No aguardó la respuesta; necesitaba ayuda, y ya la tenía. El siguiente paso era salvar a Jane Dix-Strauss.

Y Trixie volvió corriendo a las cuadras que estaban envueltas en llamas.

Explicación del misterio • 13

LAS LLAMAS ya llegaban por las rodillas dentro de las cuadras, y el humo se había espesado tanto que Trixie apenas podía ver nada. Le lloraban los ojos al tratar de ver algo a través de la cortina de humo. Finalmente, tropezó con Jane Dix-Strauss, en el suelo.

Trixie aspiró profundamente. Por sus cursillos de primeros auxilios sabía que era peligroso mover a la mujer… pero el humo y el fuego eran peligros mucho mayores. La cogió por debajo de los brazos y empezó a arrastrarla.

Tardó en llegar a la puerta lo que parecieron horas. Entonces, en su espalda, sintió la caricia del aire fresco.

—¡Lo conseguimos! —dijo en voz alta.

Un quejido de Jane Dix-Strauss le sirvió de repuesta.

Trixie sintió una profunda alegría al ver que la periodista estaba viva. También le alegró que las llamas no se hubieran esparcido demasiado. Después de dejar a Jane Dix-Strauss fuera de las cuadras, volvió a entrar corriendo, cogió una manta que había en un estante, y se puso a combatir las llamas. Le daba a la manta con todas sus fuerzas, descargándose así de todo el miedo, la ira y la frustración que había acumulado en el rato que había estado escondida.

Ni siquiera se dio cuenta del tiempo que llevaba luchando contra las llamas cuando vio un movimiento por el rabillo del ojo. Al volver la cabeza vio que Honey estaba a su lado, con otra manta, intentando lo mismo que ella.

Al otro lado de la puerta, los caballos relinchaban, llenos de espanto, y daban coces desesperadas contra las paredes.

Si no apagamos pronto el fuego, se van a matar —pensó Trixie.

A lo lejos sonaba una sirena… la de los bomberos. Miró a Honey, que con un gesto le indicó que también ella la había oído. Pero ninguna dejó de darle a la manta por eso, hasta que apareció

un bombero con sus botas altas, su chaqueta larga y su casco.

—Muy bien —dijo—; ahora nos toca a nosotros. Vosotras marchaos, chicas.

Y cogiendo a las dos amigas del brazo, las sacó de las cuadras.

Sólo entonces se dio cuenta Trixie de lo cansadísima que estaba, y de lo mucho que le dolían los brazos. Al mirarse las manos vio que tenía las palmas desolladas por la tela áspera de la manta.

Jim llegó corriendo hasta ellas y las abrazó a las dos.

—¿Estáis bien? —preguntó.

Ellas asintieron. Trixie abrió la boca para hablar, pero el humo se le había metido en la garganta. Volvió a intentarlo, pero todo lo que salió fue una especie de susurro ronco:

—¿Jane está bien?

Jim frunció el ceño, y Trixie temió lo peor, pero él dijo:

—Creo que sí… o al menos lo estará. La metimos en casa. El médico llegará enseguida.

—Has trabajado mucho —dijo Trixie— llamando a los bomberos y llevando a Jane adentro.

—Eso es lo de menos —dijo Jim—. Mi mayor éxito viene por allí —añadió señalando hacia la carretera.

Al mirar, Trixie vio lo que antes no había visto… tres coches patrulla, además del camión de bomberos. El sargento Molinson se encontraba entre los policías que había por allí. Y lo más importante, sin embargo, era que en el asiento de atrás de uno de los coches había un hombre.

—¿El señor Slettom? —preguntó Trixie asombrada.

—¡El señor Slettom! —exclamó Honey al mismo tiempo que su hermano asintió—. ¿Y qué está haciendo aquí? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Absolutamente todo —dijo Trixie.

—Espero que tengas razón —dijo Jim, sonriendo pese a la gravedad de la situación—. De lo contrario me habré metido en un buen follón. Cuando pediste ayuda, vi que había alguien en las inmediaciones de las cuadras. Me figuro que habrá salido corriendo al oírte gritar. Apuesto a que le horrorizó descubrir que había otro testigo. Debe de haber estado esperando por aquí, confiando en poder deshacerse de ti también.

—Le llamé, y él echó a correr. Conque yo salí corriendo detrás,

me tiré encima, y lo retuve hasta que llegó la policía.

—¡Eres un valiente! —dijo Honey con orgullo.

Jim sonrió a su hermana. Entonces volvió a ponerse serio.

—¡Y vosotras os habéis pasado de valientes! —dijo.

—No me enteré de que habíais ido a apagar el fuego hasta que cogí a Slettom. Y entonces ya no había nada que hacer hasta que llegaran los bomberos y la policía.

—Bueno, en todo caso, todo ha salido bastante bien —dijo Trixie dando un suspiro.

—Conque sí, ¿eh? —preguntó una voz grave. Los tres amigos, al volverse, vieron que el sargento Molinson iba hacia ellos—. ¿Y si entráis conmigo en la casa y me lo contáis?

Trixie se sorprendió al verse a sí misma tiritando por el aire frío de la noche.

—Lo de entrar en casa me parece una idea estupenda —dijo. Y dio media vuelta y se puso en marcha, la primera.

A la señorita Trask se le veía preocupadísima, y aun con la bata y las zapatillas parecía tan eficiente como cuando vestía sus trajes a medida. Fue ella quien los recibió en la puerta, los llenó de abrazos, y los invitó a entrar en el estudio. Allí dentro, Jane Dix-Strauss estaba tendida en un sofá, sosteniendo en sus manos un tazón humeante, azul. Una tetera, más tazas, y unas galletas estaban en una bandeja, allí cerca.

—¿Estás bien? —le preguntó Trixie.

Jane Dix-Strauss iba a asentir con la cabeza, pero entonces se incorporó y habló:

—Parece que me dejó K.O. en el segundo asalto, como diría un periodista deportivo. Pero estoy viva… gracias a ti.

—Me alegro de haber estado allí, para ayudarte —dijo Trixie, sirviéndose una taza de té bien caliente y cogiendo dos galletas de la mesa.

—Así que la sabuesa de Trixie estuvo en el meollo del asunto, como de costumbre —dijo el sargento Molinson—. ¿Y si me cuentas lo que pasó?

—Por esta noche ya han tenido bastante —intervino la señorita Trask.

Parecía dispuesta a echarle una bronca monumental a todo el Departamento de Policía de Sleepyside, y no sólo al sargento

Molinson.

—¿Por qué no las deja tranquilas hasta mañana por la mañana?

—A mí no me importa hablar —dijo Jane Dix-Strauss—. De hecho, me parece una buena idea. Si sufro alguna conmoción, me conviene mantenerme despierta.

—A mí tampoco me importa —dijo Trixie—. Puede que hablar me tranquilice un poco… ahora estoy con los nervios de punta.

—Muy bien —dijo la señorita Trask a regañadientes—. Pero déjelas hablar a ellas, sargento… no las interrogue.

—Sí, señora —respondió el sargento Molinson dócilmente.

Pareció que se relajaba, cuando sonó el timbre y la señorita Trask fue a abrir la puerta.

—Y ahora —dijo, procurando recobrar parte de su dignidad—. ¿Quién quiere empezar?

—Yo misma —dijo Jane Dix-Strauss—. Yo sospechaba…

Unos gritos en el salón la interrumpieron.

—¿Trixie? ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Brian y Mart irrumpieron en el estudio, deteniéndose de pronto al ver al sargento y a la periodista.

—Oímos las sirenas —dijo Brian, algo más tranquilo—. Intentamos llamar por teléfono, y nadie lo cogía, conque mamá y papá nos enviaron aquí para asegurarse de que todo iba bien.

—Estamos bien —dijo Trixie sonriendo—. Es que hubo un incendio en las cuadras.

—Ahora ya está apagado —le informó Brian—. Los bomberos ya estaban guardando sus trastos cuando entramos en la casa.

—Bueno, entonces todo ha salido a pedir de boca —dijo Trixie —. Sentaos. Jane Dix-Strauss está a punto de contarnos cómo llegó a sospechar que el señor Slettom era el incendiario.

—¿El señor Slettom? —preguntó Brian, tan asombrado como Honey hacía unos minutos.

—Escuchad, y aprended —dijo Jim, indicándoles unas sillas vacías.

—Entretanto —dijo la señorita Trask secamente—, llamaré al señor y a la señora Belden para decirles que según Trixie «todo ha salido a pedir de boca».

Los hermanos de Trixie tomaron asiento y miraron, expectantes, a Jane Dix-Strauss. La joven mujer aclaró la garganta y volvió a

empezar.

—Sospechaba del señor Slettom casi desde el principio. El incendio del Día de los Caídos me hizo pensar enseguida en otro del que había oído hablar cuando investigaba para el artículo de una revista.

—¿Veis adónde voy a parar? El señor Slettom empezó el fuego en el sótano de la tienda del señor Roberts, para que fuera el sospechoso. Pero el verdadero propósito del incendio era destruir por completo el edificio de al lado, que el señor Slettom utilizaba como almacén.

—Y creo, sargento, que, si puede encontrar algún inventario que no haya sido destruido en el segundo incendio, comprobará que el señor Slettom decía tener una cantidad exagerada de electrodomésticos nuevos en aquel almacén. Los valorarían en miles de dólares, y el seguro le solucionaría la vida.

—Entonces, ¿esos electrodomésticos nuevos no existen? —preguntó el sargento Molinson.

—No —dijo Jane Dix-Strauss—. Eran viejos, casi inservibles.

—Así que el plan estaba en quemar el almacén y cobrar el seguro según el inventario falso —dijo Jim.

Jane Dix-Strauss asintió.

—El almacén iba a arder de manera que los electrodomésticos quedasen irreconocibles… sólo un montón de chatarra ennegrecida. Nadie hubiera podido determinar si eran nuevos o viejos, si estaban en funcionamiento o inservibles. Pero el plan no funcionó porque Slettom lo hizo mal; en lugar de destruir el edificio, el fuego salió hacia afuera. Los viejos electrodomésticos del almacén todavía eran identificables. Y eso le obligó a provocar un segundo incendio.

—¿Quieres decir que el señor Slettom quiso quemar más electrodomésticos para poder sacarle más dinero a la compañía aseguradora? —preguntó Mart.

—No. Más que quemar los electrodomésticos, lo que quería era quemar los inventarios —dijo Jane.

—¡Ah, claro! —exclamó Brian, que se inclinó hacia adelante para hablar—. El señor Slettom se había metido en un buen lío. Él ya había destruido los inventarios de los electrodomésticos viejos, porque no quería que los investigadores de la compañía de seguros los descubrieran. Pero como el almacén no quedó destruido, era el inventario falso el peligroso, porque, según este inventario falso, había electrodomésticos nuevos y, en cambio, en el almacén los que había eran todos viejos.

—¿Y por qué no tiró a la basura el inventario falso, sin más? —preguntó Trixie.

—No, porque no tenía nada con que reemplazarlos —le explicó Brian—. Y no tenía nada, porque ya había destruido los verdaderos. Y claro, era preciso inventar alguna excusa que le disculpara de no tener ningún inventario.

—Así que se le ocurrió montar otro espectáculo de fuego —concluyó Trixie.

Jane Dix-Strauss asintió de nuevo.

—Eso es lo que yo temía que acabase haciendo. Pero tampoco podía hacer nada. El demostrar la culpabilidad de un incendiario requiere algo más que simples sospechas y un motivo. Hace falta probar la circunstancia exclusiva, lo que significa que él fue el único que pudo haber provocado el incendio; o intención, lo que significa

que el fuego fue provocado a propósito. Yo pensaba terminar averiguando uno de los dos, por eso seguí buscando pruebas. Ahora, la prueba definitiva se me escapó. La que la encontró fue Trixie.

—El botón —explicó Trixie cuando todas las miradas se centraron en ella.

—¡Entonces sí que era una prueba! —exclamó Honey con orgullo.

—¿Os importaría elucidar la historia del botón infamante? —preguntó Mart.

Entonces Trixie contó a Jim y a sus hermanos en dos palabras lo del botón dorado que habían encontrado detrás de la tienda del señor Roberts, con las iniciales JSD, y también les contó cómo habían relacionado a la periodista con él, acusándola de haberlo perdido.

—Yo sabía, naturalmente, que el botón no era mío en cuanto Trixie me lo enseñó —dijo Jane—. La verdad es que no me van nada los botones dorados, y menos con iniciales.

—Al señor Slettom le va todo lo que tenga colores chillones —dijo Trixie—. Tendría que haberme fijado en eso.

—Claro que yo tenía una gran ventaja —dijo Jane—. Slettom y yo teníamos las mismas iniciales, y una se fija en esas cosas enseguida.

—En fin, cuando Trixie me dijo que había encontrado el botón debajo de un ladrillo, caí en la cuenta de que Slettom lo habría perdido antes del incendio, cuando empezó el derrumbamiento.

—Y entonces el señor Slettom provocó el segundo incendio de modo que el señor Roberts parecía más culpable que nunca, y yo irrumpí en la comisaría acusándote a ti, Jane —dijo Trixie, arrepentida.

—¿Que tú qué? —preguntó Brian.

—Nuestra sabuesa está adquiriendo la costumbre de llevar a cabo sus acciones en el mayor de los secretos —dijo Mart.

—Tenía demasiada prisa como para entretenerme en explicároslo antes, y además me daba vergüenza —dijo disculpándose.

—Pero sirvió de algo —dijo Jane Dix-Strauss—. Tu acusación fue lo que nos trajo hasta aquí esta noche.

—Vas a tener que explicar esa parte con más detalle a aquéllos a

quienes no confiaste lo que sabías —dijo Jim.

—Mira, delante de mí y de Slettom, Trixie dijo al sargento que yo había escrito un artículo sobre incendios provocados hace dos años, además de que había encontrado un botón con mis iniciales en el callejón de detrás de la tienda del señor Roberts. Y también le contó que me había visto hablando en ese mismo callejón con un hombre misterioso la noche anterior al incendio de la tienda de Slettom.

—El sargento no prestó ninguna atención a nada de esto, pero Slettom sí. Slettom se desesperó al darse cuenta de que yo sí que sabría de quién eran las iniciales del botón. Al mismo tiempo, le proporcionaba un plan. Podría hacer que sospechara de mí, igual que habían hecho antes con el señor Roberts. Ordenó a su secretaria que me llamase esa noche, igual que llamó al señor Roberts la noche del segundo incendio. La secretaria dijo que era Honey Wheeler y que ella y Trixie Belden tenían más pruebas de que yo era la incendiaria. Amenazó con denunciarme a la policía, a menos que viniese a estas cuadras a hablar de ello.

—¿Y cómo se le ocurrió citarte en estas cuadras? —preguntó Brian.

—¿Y dónde si no? —repuso Jane—. Si dos chicas de catorce años planean una cita secreta, no van a decir «Ven a casa y mi madre te enseñará mi cuarto». Y tampoco se van a arriesgar a alejarse demasiado de la casa. Esa parte, al menos, parecía lógica.

—Pero un poco mal acabada —opinó el sargento Molinson.

—Eso pensé yo —afirmó Jane—. La secretaria tampoco supo fingir muy bien la voz de una chica de catorce años. Pero el señor Slettom no es un criminal profesional, y creo que podemos asumir que estaba lo bastante desesperado como para intentar cualquier cosa. Si no hubiese salido bien, habría intentado algún otro proyecto.

—Y él tenía otra buena razón para creer que saldría bien —dijo Trixie—. Después de todo, a ti no te importaba el que la historia fuese real o inventada. Lo importante era aparecer. Cualquiera que te conociese sabría que te presentarías después de una llamada así. Si sospecharas que algo andaba mal, con más ganas acudirías a la cita.

Jane Dix-Strauss se echó a reír.

—Veo que ya tengo cierta reputación aquí, en Sleepyside —dijo.

—Si sabías que no era yo la que te llamó, entonces sospecharías que te había tendido alguna trampa —dijo Honey—. ¡Hace falta valor!

—A la luz de lo sucedido, yo diría que fue una locura —confesó Jane—. Sabía que era una trampa, pero no esa clase de trampa. Pensé que Slettom se limitaría a prender fuego en cuanto me viera entrar en las cuadras y avisar a la policía para que me encontrasen por allí. No creí que la cosa fuera tan en serio. De haberlo creído, jamás habría ido sola.

—¿Y por qué no trajiste al grandullón que habló contigo en el callejón? Él te habría protegido. Por cierto, ¿quién era? —preguntó Trixie con una naturalidad exagerada.

Jane Dix-Strauss miró largamente al sargento Molinson. Entonces, con un suspiro, dijo:

—Si no hay más remedio, lo confesaré. Al final saldrá de todos modos, así que…

—Tenías más razón de lo que pensabas, Trixie. Ese hombre era un incendiario, y el sobre contenía dinero.

Hubo un coro de exclamaciones de sorpresa, y Jane calló hasta que cesó el murmullo.

—Él era una de las fuentes que cité en mi otro artículo sobre incendios. Cuando vi que no estaba claro lo del primero, le llamé para que me diera su opinión, y le pagué por la información de su… experiencia profesional, llamémosla así.

—Y me figuro que el nombre de esa persona forma parte de la información confidencial —dijo, resignado, el sargento Molinson.

—En efecto —dijo Jane en un tono tranquilo, pero su mirada era desafiante.

—Entonces mintió usted al negar que Trixie la hubiera visto detrás del edificio —dijo el sargento.

—No mentí. Yo no dije que Trixie me hubiera visto detrás del edificio. Lo que dije fue que Trixie estaba cometiendo un error, como así era. Acusarme a mí con Slettom a diez pasos de allí fue un error gordísimo.

—Tan gordo que pudo costarte la vida —dijo Trixie, arrepentida.

—Bah, por favor —dijo Jane—. Tampoco fue para tanto. Las he

pasado peores.

—Apuesto a que sí —dijo Trixie admirándola—. Eso es también lo que me hizo sospechar de ti. Has escrito artículos para revistas famosas. ¿Cómo es que has venido a trabajar para una tan pequeña como el Sun?

—¡Yo tengo que comer! —repuso Jane—. Ah, sí, he publicado cantidad de historias importantes… una o dos al año. Eso es un éxito para cualquier periodista, pero nadie se hace rico así. Finalmente, decidí buscar un poco de seguridad. Por eso vine aquí.

—¡Seguridad! —exclamó el sargento Molinson—. Ir cazando incendiarios como una loca no es nada seguro, que digamos.

Jane Dix-Strauss se echó a reír de nuevo.

—Sí, me imagino que a eso es a lo que yo llamo seguridad, aunque le garantizo que no sería la seguridad ideal para la mayoría de las personas.

—Espero que sea ideal para ti —dijo Trixie—. Quiero decir, de verdad me gustaría que te quedases en Sleepyside.

—Hasta ahora me gusta bastante este sitio —dijo Jane—. Aunque me da la impresión de que no siempre va a estar movidito como últimamente.

—Bueno, si lo que busca es acción, ha dado con la gente más apropiada —dijo el sargento Molinson—. Trixie y sus amigos siempre están en el centro de todo lo que pasa por estos contornos.

—Bah, está exagerando —dijo Trixie con modestia.

—Sí, claro —dijo Jim—. El que Trixie quedara atrapada contigo en esas cuadras en llamas, esta noche, o el que te salvara la vida, o el que volviera a entrar para apagar el fuego… todo eso no pasa todos los días… aunque sí cada dos o tres meses.

Trixie se volvió para sacarle la lengua a Jim, pero en lugar de eso bostezó.

—Bueno, en todo caso —dijo, ya casi en las nubes—, todo ha salido de maravilla. Como siempre, ¿no?

—Es verdad —reconoció Honey—. Han cogido al verdadero culpable, lo que significa que soltarán al señor Roberts y podremos vender montones de camisetas y construir un montón de estantes.

—¿Camisetas? ¿Estantes? Me temo que ahora sí que me he perdido —dijo Jane.

Brevemente, luchando contra el sueño, Trixie le explicó su plan

de vender camisetas y gorras para así ayudar al señor Roberts y a sí mismos.

—Menuda periodista estoy hecha —dijo Jane—. No tenía ni idea de que estaba pasando algo así. Parece una historia de primera página… y lo será, en cuanto me pueda sentar delante de la máquina y escribirla.

—¿De verdad? —preguntó Honey—. ¿Escribirás eso en el Sun?

—Desde luego. Y tengo una foto que irá muy bien con la historia, ahora que, me acuerdo.

Honey se echó a reír.

—Es cierto. Recuerdo el susto que nos diste con el flash, y lo mal que le sentó a Trixie.

—Eso es agua pasada —dijo Trixie—. Ahora hay que pensar en el futuro. Si Jane escribe ese artículo… ¡menuda propaganda! ¡Venderemos cientos y cientos de camisetas! No tendremos que pintar o hacer estantes. Haremos que empapelen y llenen de alfombras el cobertizo, y que nos hagan una chimenea y…

—¡Por favor! —dijo Brian—. Más vale que te llevemos a casa y que te metas en la cama. Siempre estás soñando.

—No —protestó Trixie, pero dejó que Brian la pusiera en pie y la sacara de allí.

En la puerta, los Belden saludaron al médico, que llegaba con su maletín.

—Cuide de Jane —le dijo Trixie—. Tiene que escribir una historia muy importante.

—Y, por supuesto, le presento a la estrella de la historia —dijo Brian señalando a Trixie.

—Yo no soy la estrella —dijo Trixie—. Las estrellas somos todos los Bob-Whites.

Y así es como será —pensó al salir con sus hermanos a la noche de verano—, *por los siglos de los siglos*.

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[1] N. del T.: El Día de los Caídos es el 30 de mayo en los Estados Unidos, y se celebra en honor de todos los americanos caídos en guerra. < <

[2] N. del T.: Volante es Wheel en inglés. < <